

S E R A F I T A

H O N O R A T O D E
B A L Z A C

A LA SEÑORA EVELINA DE HANSKA,
NACIDA CONDESA RZEWUSKA

Señora, he aquí la obra que usted me ha pedido; dedicándosela a usted tengo la dicha de poderle testimoniar el respetuoso afecto que ha consentido que yo le demostrase. Si después de haber intentado rescatar este libro de las profundidades del misticismo se me acusara de impotencia, tras haber querido alcanzar con él las luminosas poesías de Oriente, la culpa recaería sobre usted. ¿Acaso no ha sido usted quien me alentó en este combate, parecido al de Jacob, diciéndome que por imperfecta que fuera la obra por usted soñada, como lo fue por mí desde la infancia, seguiría teniendo algo de valor? Pues bien, he aquí ese algo. ¿Por qué esta obra no podría estar reservada a nobles espíritus selectos, como el de

usted, que se protegen de la mezquindad mundana con la soledad? Ellos son los que podrían enriquecerla con los melodiosos compases que le faltan y que, puesta en las manos de tino de nuestros poetas, la hubiera transformado en la gloriosa epopeya que Francia espera; pero los poetas la aceptarán como una dé las balaustradas esculpidas por un artista embargado por la fe, sobre la que los peregrinos se apoyan para meditar sobre el fin del hombre, al tiempo que contemplan el coro de una bonita iglesia.

Muy respetuosamente soy, señora. su devoto servidor,

DE BALZAC

París, 23 de agosto de 1835.

I

SERAFITUS

Viendo sobre un mapa las costas de Noruega, ¿quién no se maravillaría ante su fantástica silueta, largo encaje de granito, donde rugen incansablemente las olas del mar del Norte? ¿Quién no ha soñado con el majestuoso espectáculo que nos ofrecen esas costas sin playas, las caletas, las ensenadas, y las pequeñas bahías, más bellas las unas que las otras, que no son sino abismos impenetrables? ¿No se diría que la naturaleza se ha complacido en dibujar, con estos imborrables jeroglíficos, el símbolo de la vida Noruega, dando a sus costas la configuración de la espina de un inmenso pescado? Pues es la pesca lo esencial de su comercio y ofrece

a los hombres, anclados a las áridas rocas como una mata de líquen, casi toda su subsistencia. Allí, donde sobre catorce grados de longitud apenas viven setecientas mil almas. Gracias a los peligros sin gloria y a las nieves eternas que los picachos de Noruega reservan a los viajeros, cuyo solo nombre da ya escalofríos, sus cautivadoras bellezas han conservado su virginidad y se armonizan con los hechos humanos, vírgenes también, por lo menos para la poesía, que allí se desarrollaron y que aquí se relatan.

Cuando una de aquellas bahías, simple grieta para los eiders, es lo bastante ancha para que el mar no se hiele totalmente, aprisionado entre las piedras que golpea día y noche, los nativos dan a este pequeño golfo el nombre de fiordo, palabra que casi todos los geógrafos del mundo han tratado de naturalizar en sus respectivas lenguas. Pese al parecido que entre ellos tienen, cada uno de estos canales ofrece características particulares: en todos ellos el mar invade sus hendeduras, pero por todas partes las rocas se han agrietado de muy distinta manera y sus tumultuosos precipicios desafían la caprichosa terminología de la geometría: aquí, la roca se nos presenta dentada como una sierra; allí, sus plataformas están demasiado empinadas para que en

ellas descansen la nieve o puedan echar raíces los airosos abetos del Norte; y, más allá, las conmociones del globo han redondeado coquetas sinuosidades, modelando hermosos valles, cuyos rellanos están poblados por árboles de negro plumaje. Estamos tentados de llamar a este país la Suiza de la mar. Entre Drontheim y Cristianía, se encuentra una de esas bahías, llamada el Stromfiord. Si el Stromfiord no es precisamente el más hermoso de aquellos paisajes, tiene por lo menos el mérito de ser el compendio de las magnificencias terrestres de Noruega y haber sido el teatro de retazos de una historia en verdad celeste.

La forma global de Stromfiord es, a primera vista, la de un embudo desportillado por el mar. El corredor que el mar había labrado allí reflejaba la exacta dimensión de la lucha entre el Océano y el granito, potentes creaciones de la Naturaleza: lo uno por inercia y lo otro por su movilidad. Y, como testimonios del combate, ahí están algunos escollos, con formas fantásticas, impidiendo el paso de los barcos. Los intrépidos niños de Noruega pueden saltar de una roca a la otra, como si tal cosa, sin inmutarse si bajo sus pies hay, en determinados lugares, abismos que rebasan las cien varas de

profundidad. Aquí, un frágil y tembloroso pedazo de gneiss une dos rocas. Allí, los cazadores o los pescadores han colocado unos troncos de abeto a modo de puente, para enlazar dos estrechas plataformas, y bajo el cual rugen las olas. Aquella peligrosa garganta serpentea hacia la derecha hasta que se topa con un picacho, de unas trescientas varas sobre el nivel del mar, y cuya base forma un banco vertical de una media legua de longitud y en la que el inflexible granito no empieza a agrietarse más que a unos doscientos pies encima de la mar. Si ésta irrumpe con violencia en las hendeduras, la fuerza de inercia de la montaña la rechaza con idéntica violencia, obligándola a replegarse hacia otras orillas a las que el vaivén de las olas ha dado suaves siluetas. El fiordo se termina con un bloque de gneiss coronado de bosques, por donde se despeña, en cascadas, un río, el cual, cuando se funden las nieves, forma una capa de agua muy extendida, por la que el río vomita viejos abetos y antiguos alerces, apenas emergidos entre las tumultuosas aguas. Violentamente arrojados a las profundidades del golfo, estos árboles reaparecen pronto en la superficie, se juntan, formando islotes que acaban embarrancando en la orilla izquierda, donde los habitantes del

pueblecito que está asentado al borde del Stromfiord los recogen rotos, quebrantados, algunas veces enteros, pero siempre desnudos y sin ramas. La montaña del Stromfiord, cuyos pies aguanta los asaltos del mar y cuya cima cabalgan los vientos del norte, se llama Falberg. Su cresta, siempre cubierta de un manto de nieve y de hielo, es la más aguda de Noruega, donde la proximidad del polo norte produce, a unos mil ochocientos pies de altura, el mismo frío que en las montañas más altas de la tierra. La cima de este macizo roqueño que por el lado del mar cae casi verticalmente, por el lado opuesto, hacia el este, desciende gradualmente y acoge las cascadas del Sieg, con sus valles escalonados en los que el frío no deja crecer más que los brezos y sufridos árboles. La parte del fiordo, por donde se escapan las aguas, orilleando los bosques, se llama el Siegdalhen, palabra que podríamos traducir así: "vertiente del Sieg", que es el nombre del río. La curva que da cara a las plataformas del Falberg se llama el valle de Jarvis, y es un paisaje muy bonito, dominado por colinas cargadas de abetos, de alerces, de abedules y de algunos robles y hayas, formando así la más rica y la más hermosa de las alfombras que la Naturaleza del Norte ha tendido

sobre aquellas ásperas rocas. A simple vista se puede distinguir la línea donde se encuentran las tierras calentadas por el calor solar y en las que aparecen los cultivos y se diversifica la flora noruega. En dicho lugar, el golfo es bastante ancho para que el mar, rechazado por el Falberg, venga a expirar, murmurando al pie de las laderas, a una orilla bordada de fina arena, sembrada de mica, de lentejuelas, de esbeltos cantos, de pórfidos, de mármoles de mil tonalidades, que el río ha traído de Suecia, de escombros marinos, de conchas, de flores de mar, que acarrean las tempestades, y que vienen del polo norte o del mediodía.

Al pie de las montañas de Jarvis se encuentra el pueblo, que se compone de unas doscientas casas de madera, en donde vive una población caída allí, como los enjambres de abejas en un bosque y que, sin pena ni gloria, liban su vida en la salvaje naturaleza que los rodea. La anónima existencia de este pueblo se explica fácilmente: muy pocos hombres se atrevían a arriesgarse por los arrecifes para llegar hasta el mar y darse a la pesca, que es lo que hacen, en gran escala, los noruegos que viven en parajes costeros menos peligrosos. En verdad el pescado del fiordo da casi de comer a sus habitantes; los

pastos de los valles les dan la leche y la mantequilla, y buenas tierras les permiten cosechar centeno, cáñamo, y legumbres que los campesinos saben defender contra los rigores del frío y el ardor pasajero, pero temible, de su sol, con una habilidad muy característica en el noruego. La escasez de vías de comunicación, ya sea por tierra, donde los caminos suelen ser impracticables, ya sea por mar, por donde sólo pueden entrar pequeñas embarcaciones, impide que se puedan enriquecer vendiendo sus maderas. Por otro lado, para limpiar el canal del golfo y abrir un paso hacia el interior de las tierras harían falta sumas de dinero muy importantes. Las carreteras de Cristianía a Drontheim se apartan todas del Stromfiord y cruzan el Sieg por un puente situado a varias leguas de su punto de caída. La costa, entre el valle de Jarvis y Drontheim está poblada por infranqueables bosques, y el Falberg, para redondear su aislamiento, se encuentra también separado de Cristianía por una serie de inaccesibles precipicios. El pueblo de Jarvis quizás hubiera podido comunicarse con el interior del país y con Suecia por el Sieg; pero, para ponerse en relación con la civilización, el Stromfiord deseaba un hombre de talento. Y este hombre, en efecto, iba a aparecer: fue un

poeta, un sueco religioso, que murió admirando y respetando las bellezas de este país, como una de las más hermosas obras del Creador.

Ahora, los hombres a los que el estudio ha dotado de una visión interior y cuya rápida percepción lleva hasta su alma, como en un cuadro, los paisajes más contrastantes del globo, pueden abarcar el conjunto del Stromfiord con suma facilidad. Solamente ellos podrían, quizás, adentrarse por los tortuosos arrecifes de la garganta, donde se debate la mar, y dejarse llevar por sus olas a lo largo de las plataformas eternas del Falberg, donde las blancas pirámides se funden con los espesos nubarrones de un cielo teñido de gris perla casi permanentemente; y admirar la escotada laguna que forma el golfo, y escuchar las cascadas por donde se precipita el Sieg, partido en múltiples arroyuelos, sobre un pintoresco tapiz de hermosos árboles, diseminados confusamente y medio escondidos entre fragmentos de gneiss; y, por fin, descansar, con los risueños cuadros que presentan a nuestros ojos las colinas bajas de Yarvis, donde se yerguen los más ricos vegetales del Norte, por familias, por miríadas: aquí, la de los gráciles abedules; allá, las columnatas de centenarias y musgosas hayas, y por todos lados, el contraste de

sus variados verdes, las blancas nubes coronando los negros abetos, los páramos de brezos purpura-dos y matizados al infinito, es decir: todos los colores y todos los perfumes de esta flora que tantas maravillas esconde. ¡Extended las proporciones de estos anfiteatros, impulsaos hasta las nubes, perdeos entre las rocas, donde descansan los perros de mar, pero vuestro pensamiento no abarcará la riqueza, ni la inmensa poesía de este lugar de Noruega! ¿Vuestro pensamiento podría ser tan grande como el Océano que amojona, podría ser tan caprichoso como las fantásticas sombras que dibujan sus bosques, sus nubes, y sus cambiantes luces? ¿Ven ustedes, más allá de las praderas que bordean las playas, hacia el ondulado repliegue que hay al pie de las altas colinas de Jarvis, las dos o trescientas casas cubiertas naever, con esos techos construidos con corteza de abedul, esas casas tan frágiles, achatadas, y que se asemejan a gusanos de seda sobre una hoja de morera que el viento hubiera depositado ahí? Por encima de esas humildes y pacíficas viviendas destaca una iglesia construida con una simplicidad que se armoniza con la miseria del pueblo. Un cementerio sirve de cabecera a la iglesia y al otro lado está el presbiterio. Algo más allá, sobre un cerro, hay una

casa, la única que está construida con piedra y por lo que, la gente del pueblo, la llama "el castillo sueco".

Treinta años antes del día en que da comienzo esta historia, un hombre rico vino desde Suecia y se estableció en Jarvis, con la intención de hacer prosperar su fortuna. Aquella casita, construida con la idea de alentar a los nativos a imitar al sueco, tenía una solidez admirable y notable a causa del muro que la rodeaba, cosa poco usual en Noruega, donde incluso para acotar terrenos se usan vallas de madera. La casa quedaba protegida, así, contra la nieve, pese a que estaba sobre un otero y en medio de un inmenso patio. Las ventanas estaban protegidas por unas marquesinas enormes, que descansaban sobre gruesos abetos labrados, que dan a las edificaciones del Norte esa inconfundible fisonomía patriarcal. Desde ellas se podía admirar la salvaje desnudez del Falberg, y comparar la gota de agua del espumoso golfo al infinito mar que lo acunaba, o escuchar el vasto derramamiento del Sieg, cuya laguna, vista de lejos, parecía inmóvil, al caer en su copa de granito, bordada por tres leguas de glaciares del Norte, en una palabra: el inmenso paisaje en el que iban a su-

ceder los sobrenaturales y simples acontecimientos de esta historia.

El invierno de 1799 a 1800 fue uno de los más crudos en el recuerdo de Europa; el mar de Noruega fue apresado en los fiordos, en los que, habitualmente, la violencia de la resaca impedía que se helara. Un viento, cuyos efectos lo asemejaban al levante español, había barrido el hielo del Stromfiord, empujando las nieves hacia el fondo del golfo. Hacía mucho tiempo que los habitantes de Jarvis no habían podido ver reflejados los colores del cielo, en pleno invierno, sobre el ancho espejo de las aguas del mar; era un curioso espectáculo que muy raramente se daba al pie de aquellas montañas, cuyas formas habían ido siendo niveladas por sucesivas capas de nieve y en las que aristas y precipicios no eran sino simples pliegues al lado de la inmensa túnica que la naturaleza había extendido sobre aquel paisaje, que se nos presentaba entonces resplandeciente y monótono a la vez. Las grandes cascadas formadas por el Sieg, súbitamente heladas, describían una enorme arcada bajo la cual hubieran podido pasar los habitantes, al resguardo de los torbellinos, si alguno de ellos se hubiera atrevido a husmear por las afueras del pueblo. Pero los peli-

gros de la menor salida retenía en su casa a los más intrépidos cazadores, que temían perderse y terminar cayendo en un precipicio o alguna grieta. Nadie animaba, pues, con su presencia, el inmenso desierto blanco donde la única voz que de vez en cuando se oía era la de la brisa del Polo Norte. El cielo, casi siempre grisáceo, daba a los lagos el color del acero. A veces un viejo eider surcaba impunemente el espacio, abrigado por su plumón, el mismo sobre el que se forjan los sueños de los ricos, que ignoran los peligros con que dicho plumón se adquiere; mas, como el beduino, que surca solo los desiertos de África, el pájaro pasó completamente desapercibido; la atmósfera aterida, privada de sus comunicaciones eléctricas, no retransmitía ni su febril aleteo, ni sus alegres gritos. ¿Qué mirada hubiera podido resistir el resplandor de aquel precipicio, piqueteado de fulgurantes cristales, o los tenaces reflejos de la nieve, apenas irisada en las alturas por los pálidos rayos de un sol que, a ratos, parecía un moribundo que estuviera avergonzado de seguir viviendo? A menudo, cuando un montón de nubes grises, cruzando como escuadrones sobre las montañas y los abetos, escondían el cielo bajo un triple velo, la tierra, falta de luces celestes, se ilumi-

naba ella misma. Aquí, por lo tanto, se daban cita los majestuosos fríos que de costumbre sentaban sus reales en el Polo Norte, y cuyo principal rasgo era el silencio real en el que viven los monarcas absolutistas. Todo principio extremo lleva en sí la apariencia de una negación y los síntomas de la muerte: ¿acaso la vida no es el combate entre estas dos fuerzas? Aquí, nada daba testimonio de vida. Una sola potencia, la fuerza improductiva del hielo, reinaba en ama y señora de todo. El rumor de la alta mar apenas se oía en aquella silenciosa cuenca, donde la naturaleza se afana, en las tres breves y alegres estaciones del año, para ofrecer a aquel paciente pueblo las flacas cosechas necesarias para su subsistencia. En las copas de algunos pinos talludos se recortaban festones de nieve, y las inclinadas barbas que pendían de sus ramas completaban el luto de aquellas cimas. Cada familia se sentaba frente al hogar, con la casa cuidadosamente cerrada, con bizcochos, mantequilla, pescado seco, y otras provisiones almacenadas para resistir los siete meses de invierno. Apenas se distinguía el humo de sus chimeneas. Casi todas las casas estaban medio enterradas en la nieve y preservadas contra ella por medio de largas tablas de madera, que partían del techo de la casa y

se apoyaban sobre sólidas estacas colocadas alrededor de ella, con lo cual quedaba rodeada de un camino cubierto. Durante estos terribles inviernos, las mujeres tejían y teñían las telas de lana o de lona, con las que se confeccionaban su vestimenta, mientras los hombres leían o se entregaban a profundas meditaciones, que engendraron las no menos profundas teorías, los sueños místicos del Norte, sus creencias, sus completísimos estudios sobre un punto concreto de la ciencia que sondeaban incansablemente; costumbres medio monásticas, que obligan al alma a reaccionar contra sí misma, a encontrar su propio alimento espiritual, y que hacen del campesino noruego un ser exótico entre los europeos. Tal era, pues, la situación en el Stromfiord, a mediados del mes de mayo del primer año del siglo XIX.

Una mañana, con un sol resplandeciente, que sembraba el paisaje de lucecillas, como efímeros diamantes, provocadas por la cristalización de la nieve y del hielo, dos personas pasaron sobre el golfo, lo atravesaron y volaron a lo largo de las plataformas del Falberg, hacia cuya cima subieron, de friso en friso. ¿Eran dos personas o se trataba de dos flechas? Cualquiera que las hubiera visto a tal

altura las hubiera tomado por dos eiders tomando altura, emparejados, a través de las nubes. Ni el más supersticioso de los pescadores, ni el más intrépido de los cazadores no hubiera podido creer que eran dos seres humanos los que andaban por los estrechos senderos de granito, por los que la pareja se deslizaba con esa increíble soltura que sólo poseen los sonámbulos cuando, olvidando las leyes de la gravedad y los peligros del menor traspiés, se van de paseo por los tejados y se mantienen en equilibrio protegidos por no se sabe qué fuerza desconocida.

-Detente, Serafitus -dijo la pálida muchacha-, y déjame recuperar. Recorriendo las murallas de este precipicio, no he hecho más que mirarte a ti. ¿Qué hubiera sido de mí, si no? En el fondo no soy más que una personilla muy frágil. ¿Te canso?

-No -respondió el otro sobre cuyo brazo se apoyaba la muchacha. Sigamos andando, Minna, porque este lugar no es el más apropiado para descansar.

De nuevo se oyó el crujir de las tablas, que llevaban atadas a los pies, al resbalar sobre la nieve, y luego llegaron al primer zócalo que el azar había labrado sobre aquel abismo. La persona que Minna llamaba Serafitus se apoyó sobre su pie derecho pa-

ra levantar la tabla, larga aproximadamente de una vara, estrecha como el pie de un niño, y que llevaba atada a su borceguí con dos correas hechas con piel de perro de mar. Dicha tabla, de dos dedos de espesor, estaba forrada con piel de reno, cuyo pelo, al erizarse sobre la nieve, detuvo a Serafitus; retiró suavemente su pie izquierdo, cuyo patín debía medir sus buenas dos varas de largo, giró rápidamente sobre sí mismo, tomó en sus brazos a su miedosa compañera, pese a los molestos patines que llevaba, y la sentó en un bloque de piedra, tras haberla limpiado de nieve con su pelliza.

-Aquí estarás más segura, Minna, y podrás respirar tranquilamente.

-Ya hemos escalado un tercio del Gorrito de Hielo -dijo ella, mirando el pico al que dio el popular nombre con el que se le conoce en Noruega-. No creo -añadió.

Pero, como estaba muy cansada y no podía hablar, sonrió a Serafitus, quien, sin responder, tenía la mano puesta sobre su corazón, escuchaba las irregulares palpitations, tan precipitadas como las de un pajarillo atemorizado.

-Aunque no corra palpita a menudo así -le explicó ella.

Serafitus inclinó su cabeza, sin desdén ni frialdad, y pese a la gracia con que hizo el gesto, casi suave, éste delataba una negativa y que, hecho por una mujer, hubiera sido de una embriagadora coquetería. Serafitus abrazó a la muchacha con vivacidad. Minna interpretó aquella caricia como una respuesta y siguió mirándolo. En el instante en que Serafitus levantó su cabeza, echando hacia atrás, con ademán casi impasible, los dorados bucles de su cabellera, para destapar su frente, vio transparentar la felicidad en los ojos de su compañera.

-Sí, Minna -dijo él, con una voz paternal, que tenía algo de encantador en un adolescente-. Mírame y no bajes la vista.

-¿Por qué?

-¿Quieres saberlo? Pues, prueba a ver.

Minna fijó rápidamente la mirada en sus pies y dio un grito, como un niño que se hubiera topado con un tigre. El horrible sentimiento de los abismos se había apoderado de ella y al desviar su mirada había bastado para contagiarla de tan angustiosa impresión. El fiordo, al tanto de su presa, tenía una voz potente con la que aturdiría a sus víctimas y se interponía entre ellas y la vida. Luego, a lo largo de su cuerpo, por el espinazo, le corrió un escalofrío,

glacial primero, pero que pronto vertió sobre sus nervios un insoportable calor, recorrió sus venas y quebró sus extremidades, con descargas eléctricas parecidas a las que propina el pez torpedo. Muy frágil para resistirse, Minna se sintió atraída por una fuerza desconocida hacia abajo, donde creía ver a un monstruo que le arrojaba veneno y cuyos ojos despedían un magnetismo que la encantaba, con la boca abierta, como si ya estuviera triturando a su víctima.

-Muero, Serafitus mío, y no he amado a nadie más que a ti -dijo la muchacha, haciendo maquinalmente además de precipitarse en el vacío.

Serafitus sopló dulcemente sobre su frente y sobre sus ojos. De pronto, Minna sintió desaparecer su profundo malestar, disipado por aquel cariñoso aliento que penetró en su cuerpo, inundándolo como de balsámicos efluvios.

-¿Quién eres tú? -dijo ella, con un sentimiento de dulce terror-. Pero, ya lo sé: eres mi vida. Y ¿cómo puedes mirar hacia el abismo sin morir? -añadió ella, tras una breve pausa.

Serafitus dejó a Minna asida al granito y como si fuera una sombra se posó sobre la plataforma, desde donde vertió su mirada hacia las profundidades

del fiordo, como desafiándolo; su cuerpo se mantuvo inmóvil, su frente permaneció blanca e impasible, como la de una estatua de mármol: abismo contra abismo.

-¡Si me quieres, vuelve, Serafitus! -gritó la muchacha-. Si peligras, mis dolores reviven. ¿Quién eres tú, que a tan temprana edad tienes esa fuerza sobrehumana? -le preguntó, cobijándose de nuevo en los brazos del muchacho.

-Pero si tú miras espacios aún más inmensos, sin temor alguno -respondió Serafitus.

Y aquel singular personaje, con la mano le mostró la aureola azul que las nubes dibujaban, dejando un espacio encima de sus cabezas y en el que se veían las estrellas, en pleno día, en virtud de leyes atmosféricas aún inexplicadas.

-¡Qué diferencia! -dijo ella, sonriendo.

-Tienes razón -respondió él-, hemos nacido para alcanzar el cielo. La patria, como la cara de una madre, no asusta nunca a un niño.

Su voz vibró en las entrañas de su compañera, que había enmudecido.

-Vamos, ven -agregó él.

Entonces, la pareja se deslizó resueltamente por los estrechos senderos que surcaban la montaña,

devorando las distancias y volando de una plataforma a otra, con la rapidez del caballo árabe, ese pájaro del desierto. En breve espacio de tiempo llegaron a una alfombra de césped, de musgo y de flores, sobre la que nunca se había sentado nadie.

-¡Qué hermoso soeler! -exclamó Minna, dando al prado su auténtico nombre-. Pero, ¿cómo puede encontrarse a semejante altura?

-Aquí se detiene, es cierto, la vegetación de la flora noruega -le precisó Serafitus-, pero estas flores y esta hierba viven aquí gracias a esas rocas que las protegen contra el frío polar.

Y cogiendo una flor se la tendió a la muchacha.

-Toma -le dijo-, ponla en tu pecho, Minna. Es una suave creación que no ha podido admirar ningún humano; guárdala como el recuerdo de esta mañana única en tu vida. Porque ya no volverás a encontrar un guía para llegar a este soeler.

Dándole aquella planta híbrida, que sus ojos de águila le habían hecho descubrir entre silenos acaulares y saxifragáceas, la obsequiaba con una maravillosa creación evangelical. Minna la tomó con diligencia infantil. Era de un verde transparente y brillante, como el de una esmeralda, con hojitas enrolladas en forma de cucurucho, ligeramente teñidas

de caoba clara en su base y cuyas puntas estaban cortadas verticalmente con una delicadeza infinita. Las hojitas estaban tan prensadas que se confundían y parecían rosetones. En aquella hermosa alfombra despuntaban, por doquier, estrellas blancas, bordadas de un hilillo de oro, de donde surgían anteras purpuradas, sin pistilo. Un aroma, en el que se mezclaba el olor de las rosas y el cáliz de los naranjales, salvaje y fugitivo, impregnaba la misteriosa flor de un no sé qué celeste y que Serafitus contemplaba con melancolía, como si de aquel aroma se desprendieran quejumbrosas ideas que sólo él podía comprender. A Minna el fenómeno se le antojó un capricho de la naturaleza, que se dedicaba a rodear aquella pedrería llena de frescura con la molicie y el fuerte perfume de las plantas.

-¿Por qué será única? ¿Acaso no volveré a conocer ninguna mañana más como ésta? -preguntó la muchacha a Serafitus, que se sonrojó y desvió bruscamente la conversación.

-¡Sentémonos, gira y admira el paisaje! Quizás a tal altura ya no te dé por hablar. Los abismos son tan profundos que no alcanzarás a distinguir su misterio; ya no son sino una perspectiva en la que se unen la mar, las olas de nubes, el color del cielo; el

hielo del fiordo es una bonita turquesa; y en los bosques de abetos te parecerá que ves leves pinceladas de bistre; para nosotros, Minna, los abismos deben estar siempre adornados así.

Serafitus lanzó aquellas palabras con aquella unción, en el tono y en el gesto, que sólo conocen aquellos que alcanzan las más altas cimas de la tierra, unción involuntariamente contraída, pues el más orgulloso de los maestros se ve obligado a tratar al guía como a un hermano y no vuelve a creerse superior hasta que desciende a los valles, donde viven los hombres. Serafitus se había arrodillado a los pies de Minna y le estaba quitando los patines. La niña se maravillaba del imponente espectáculo que Noruega le ofrecía, al abarcar con la mirada aquellos macizos roqueños, cuyas heladas cimas tanto la emocionaban, sin que pudiera encontrar palabras con que expresar su admiración.

-No hemos llegado hasta aquí únicamente con recursos humanos -observó ella, juntando las manos-. Debo estar soñando, sin duda.

-Llamáis hechos sobrenaturales a todo aquello cuyas causas no comprendéis -respondió él.

-Tus respuestas -dijo ella- son siempre muy profundas. Pero a tu lado todo es más fácil para mí. ¡Ah, me siento libre!

-Lo que ocurre es que ya no necesitas llevar patines.

-¡Oh! -exclamó Minna-. Hubiera querido sacarte los tuyos y besarte los pies.

-Guarda esas palabras para Wilfrido -replicó Serafitus con dulzura.

-¡Wilfrido! -repitió Minna, colérica primero y apaciguada después, cuando fijó su mirada en el muchacho-. ¡Tú no te enfadas nunca! -añadió ella, tratando vanamente de cogerle la mano-. ¡Siempre eres intachable, de una perfección descorazonadora!

-¿Te parece que soy insensible a todo?

Minna vio, atemorizada, cómo se posaba sobre ella la mirada lúcida del muchacho, adivinando su pensamiento.

-Está probado que nos entendemos muy bien -respondió ella, con esa gracia propia de las mujeres amorosas.

Serafitus movió ligeramente la cabeza, mirándola triste y dulcemente a la vez.

-Tú, que lo sabes todo -volvió a decir Minna-, dime por qué la timidez que me dominaba, allá

abajo, a tu lado, se ha disipado subiendo aquí arriba; por qué me he atrevido a mirarte cara a cara, por vez primera, mientras que antes sólo osaba mirarte a escondidas.

-Será porque aquí nos hemos despojado de las mezquindades de la tierra -respondió, al tiempo que se quitaba su pelliza.

-Nunca estuviste tan guapo -dijo Minna, sentándose en una roca cubierta de musgo, y como encantada contemplando al ser que la había conducido hasta aquel picacho inaccesible.

Nunca, en efecto, Serafitus había estado tan favorecido como entonces. Y ello se debía al resplandor que el aire puro de la montaña y el brillo de la nieve dan a las caras. Y quizá, también, por esa reacción interior que libera al cuerpo de una prolongada tensión. Puede ser que fuera producida, a la vez, por la aurífera claridad del sol contrastada con la sombra que proyectaban las nubes, en que la pareja había zambullido sus cuerpos. Y es posible que a todas estas causas se pudiera añadir los efectos de uno de los más bellos fenómenos que pueda ofrecer la naturaleza humana. Ya que, si un fisiologista experto hubiera examinado aquella criatura, cuya fiera mirada y altiva frente parecían las de un mu-

chacho de diecisiete años; si hubiera indagado los recursos de aquella vida llena de vitalidad, bajo una piel tan blanca como jamás se viera en un hijo del Norte, hubiese tenido que creer en la existencia de un fluido fosforescente, que atenuaba el relieve que los nervios imprimen a la epidermis, o a la presencia de una luz interior que coloreaba a Serafitus como se iluminan interiormente los objetos de alabastro. El muchacho se había sacado los guantes y con sus finísimas manos desataba los patines de Minna, con una fuerza como la que el Creador ha puesto en las diáfanas pinzas de un cangrejo. El fuego que despedían sus ojos luchaba con los rayos de sol, a los que parecía darles luz, en lugar de recibirla de ellos. Su cuerpo, delgado y frágil como el de una mujer, aparentaba ser una de esas naturalezas débiles pero que en realidad tienen una fuerza semejante a la de sus deseos. De estatura corriente, Serafitus se crecía y parecía disponerse a despegar hacia las alturas. Sus cabellos, rizados por la mano de una hada, que flotaban animados por el aire, completaban la ilusión de su aérea actitud; pero este comportamiento, sin esfuerzo, era más bien el resultado de un fenómeno moral que de una costumbre corporal. La imaginación de Minna se hacía cómplice de esta terca aluci-

nación, bajo cuya influencia hubiera sucumbido cualquiera, y que daba a Serafitus el aspecto de un personaje de ensueño. Minna no pedía, en modo alguno, imaginar silueta tan majestuosamente viril, y que, bajo una mirada masculina, hubiera eclipsado, por su gracia femenina, a las mejores cabezas de Rafael. Este pintor de cielos reflejó siempre en sus obras una alegría tranquila, una amorosa suavidad de líneas a cuantas bellezas salían de sus manos; pero, a menos de contemplar a Serafitus, ¿qué alma podría crear la tristeza mezclada de esperanza, que desaparecían levemente bajo el velo de los inefables sentimientos que se transparentaban en su cara? ¿Quién sería capaz, aun con toda la fantasía de que es capaz un artista, de vislumbrar las sombras que proyectaba un misterioso terror sobre aquella inteligente cabeza que parecía interrogar los cielos y compadecer la tierra? Aquella cabeza le aplastaba desdeñosamente, como una sublime ave de presa cuyos gritos desgarran el aire, al tiempo que se mostraba resignada, como una tórtola, cuya voz vierte toda su ternura en las entrañas del silencioso bosque. La tez de Serafitus tenía una blancura deslumbradora, sobre la que destacaban aún más sus rojizos labios, sus negras cejas y sus sedosas pesta-

ñas, únicos trazos que contrastaban con la palidez de su cara, cuya perfección no impedía que sus resplandecientes sentimientos se reflejasen sin violencia alguna, con esa majestuosa y natural gravedad que solemos admirar en los seres superiores. Todo, en aquella marmórea figura, respiraba la fuerza y el descanso. Minna se levantó para tomar la mano de Serafitus, con la esperanza de atraerlo hacia ella y depositar un beso en su frente inspirado más bien por la admiración que por el amor; pero una mirada del muchacho, que penetró en ella como un rayo de sol atraviesa un prisma, enfrió a la pobre muchacha. Ella sintió como se abría un abismo entre ellos, volvió la cabeza y lloró. De pronto, una potente mano la cogió por el talle y una voz muy suave le dijo:

-¡Ven!

Minna obedeció, posó su cabeza, súbitamente despejada, sobre el pecho del muchacho, el cual, acompasando su paso al de ella, dulce y atento, la llevó hacia una plazoleta desde la que podían admirar la radiante decoración de la naturaleza polar.

-Antes de mirarte y de escucharte, dime, Serafitus, ¿por qué me rechazas? ¿Acaso estás enfadada conmigo? ¿Cómo ha sido, dímelo? No quisiera te-

ner nada mío, y que las riquezas terrestres fueran tuyas, como ya lo son las riquezas de mi corazón; que la luz no me llegara más que por tus ojos, así como mi pensamiento nace del tuyo; así no temería ofenderte devolviéndote los destellos de tu alma, las palabras de tu corazón, la luz de tu luz, como devolvemos a Dios la contemplación con la que él alimenta nuestros espíritus. ¡Quisiera ser en todo como tú! ¡Ser tú!

-Está bien, Minna, pero espera, pues un deseo constante es una promesa que formula el porvenir. Pero, si quieres ser pura, mezcla la idea del Todopoderoso a los afectos de aquí abajo. Entonces amarás de verdad a todas las criaturas y tu corazón se elevará por encima de todo.

-Haré lo que tú quieras -respondió ella, levantando los ojos y mirándole tímidamente.

-Yo no podría ser tu compañero -dijo Serafitus, tristemente.

Y, reprimiendo algunos pensamientos que le asaltaban, extendió los brazos hacia Cristianía, que destacaba como un punto sobre el horizonte, y le dijo:

-¡Mira!

-Qué pequeños somos -respondió ella.

-Sí, pero nos volvemos grandes por el sentimiento y por la inteligencia -agregó Serafitus-. En nosotros, Minna, empieza el conocimiento de las cosas; lo poco que aprendemos sobre las leyes del mundo visible nos hace descubrir la inmensidad de los mundos superiores. No sé si ya será hora de que te hable así, pero lo hago porque quisiera comunicarte la llama de mis esperanzas. Quizás un día estemos juntos en ese mundo en el que el amor no muere nunca.

-¿Y por qué no vamos ya ahora y nos quedamos en él para siempre? -preguntó ella, con una voz casi imperceptible.

-Aquí nada es seguro -replicó él, con desprecio-, ya que la felicidad pasajera de los amores terrenales son lucecillas más duraderas, así como el descubrimiento de una ley de la naturaleza permite a seres privilegiados el tener un presentimiento de la realidad inmensa. ¿Acaso nuestra frágil felicidad no es la muestra de una felicidad mayor, como la tierra, que es un fragmento del mundo, es testimonio del universo? Nosotros no podemos medir la órbita incalculable del pensamiento divino, del que nosotros no somos más que una parcela tan diminuta como Dios es grande, pero lo que sí podemos

es presentir su grandeza, arrodillarnos, adorar, esperar. Los hombres se equivocan siempre en sus investigaciones científicas, al no darse cuenta de que en nuestro globo todo es relativo y que todo converge hacia una revolución general, a un constante laborar que nos lleva, insoslayablemente, hacia el progreso y hacia un fin determinado. El mismo hombre no es aún una obra que esté rematada. ¡Sin lo cual Dios ya no existiría!

-Pero, ¿cómo tuviste tiempo de aprender tantas cosas? -le preguntó la muchacha.

-Lo que tengo es muy buena memoria -respondió él.

-Me pareces más bello que todo lo que estoy viendo.

-Nosotros somos una de las obras más perfectas de Dios. ¿Acaso no nos ha dado la facultad de reflexionar sobre la naturaleza? ¿No la ha concentrado incluso en nosotros mismos, como si fuera un trampolín, con el que podemos proyectarnos hacia él? Nos amamos con mayor o menor intensidad, según la porción de cielo que encierran nuestras almas, Minna. No seas injusta, sin embargo, y contempla el espectáculo que se ofrece a tus pies. ¿No te parece maravilloso? A tus pies, el Océano se ex-

tiende como una alfombra, las montañas son como las paredes de un gran circo y el cielo le sirve de cúpula, y aquí se respira el pensamiento divino como el mejor de los perfumes. ¡Mira! Las tempestades, que rompen las naves cargadas de hombres, fíjate, vistas desde aquí no parecen sino débiles murmullos, y si levantas la cabeza, verás cómo allá arriba todo es azul. Es como una inmensa diadema de estrellas. Aquí desaparecen los matices de las expresiones terrenales. Con la vista puesta en esta naturaleza, sublimizada por el espacio, ¿no sientes la llamada de su profunda espiritualidad? ¿No te das cuenta que nuestra energía supera nuestra voluntad? ¿No notas que nuestras sensaciones nos son inspiradas desde fuera, más allá de nosotros? ¿No te sientes crecer alas? Recemos.

Serafitus se arrodilló, puso sus manos en cruz sobre su pecho y Minna cayó de rodillas llorando. Y así estuvieron durante unos instantes, y la aureola azul que serpenteaba por el cielo, sobre sus cabezas, se dilató y, sin que ellos lo notaran, se encontraron envueltos por sus luminosos rayos.

-¿Por qué no lloras tú cuando yo lloro? -le preguntó ella, con voz entrecortada.

-Los que son todo espíritu no lloran -respondió Serafitus, levantándose-. ¿Cómo he de llorar? Yo ya no veo la miseria de los humanos. Aquí, el bienestar alcanza toda su plenitud; mientras que allí abajo súplicas, quejas y angustias forman el aspa de los dolores, que vibra en las manos del espíritu cautivo. Desde aquí oigo el concierto de armoniosas harpas. Abajo tenéis la esperanza, que es el hermoso comienzo de la fe, ¡pero aquí reina la fe, que es la esperanza realizada!

-Tú no me amarás nunca, porque soy muy imperfecta y porque en el fondo me desprecias -dijo la muchacha.

-Minna, has de saber que la violeta que se refugia al pie del roble también dice: "El sol no llega hasta mí porque no me quiere." Y, en cambio, el sol dice: "Si la iluminara con mis rayos, esa florecilla se moriría." Y, como es su amigo de verdad, filtra sus rayos a través de las hojas del árbol, y, atenuándolos, da color a la corola de su amada. A mí me cubren escasos velos y temo que la visión que de mí tienes no esté bastante atenuada. Si me conocieras mejor temblarías de miedo. Escúchame bien: los frutos de la tierra no tienen para mí el menor gusto. Vuestras alegrías no poseen, para mí, el menor

atractivo. Y, como esos desvergonzados emperadores de la Roma profana, todas esas cosas me causan una profunda aversión, pues yo he recibido el don de verlo todo tal como es en realidad. Vete, déjame -dijo Serafitus, dolorido.

Y se fue a sentar sobre un pedazo de roca, dejando caer la cabeza sobre su pecho.

-¿Por qué me desesperas así? -le preguntó Minna.

-¡Vete! -le gritó Serafitus-. Porque yo no tengo nada de lo que tú deseas de mí. Tu amor es muy vulgar para mí. ¿Por qué no te dedicas a querer a Wilfrido? Él es un hombre, un hombre forjado en la pasión, que sabrá tenerte en sus brazos, que te acariciará con sus manos fuertes y generosas. Tiene unos hermosos cabellos negros, y sus ojos están repletos de pensamientos humanos. Y tiene un corazón que vierte la lava torrencial de las palabras que salen de su boca. Él sabrá hacerte estremecer con sus caricias. ¡Será tu amante, tu esposo! ¡Wilfrido es para tí!

Minna se puso a llorar desconsoladamente.

-¿Te atreves a decir que no lo quieres? -preguntó Serafitus, con una voz desgarradora.

-¡Apiádate de mí! -suplicó ella-. ¡Ten piedad de mí, Serafitus mío!

-Quiérello, criatura terrestre, en esta tierra en la que el destino te ha clavado para siempre -dijo el terrible Serafitus agarrando a Minna y arrastrándola hasta el borde del soeler, y en cuyo escenario, una muchacha romántica podía soñar que ya estaba en otro mundo-. Yo deseaba un compañero para entrar en el reino de la luz y he querido mostrarte este pedazo de barro y veo que aún estás ligada a él. ¡Adiós! Quédate aquí, obedece a tu naturaleza y goza con todos tus sentidos, palidece con los hombres pálidos, sonrójate con las mujeres, juega con los niños, reza con los culpables y cuando te embargue el dolor, pon tus ojos en el cielo; tiembla, espera, que tu corazón siga latiendo, y así tendrás un compañero y podrás reír y llorar, dar y recibir. Yo no soy más que un proscrito, alejado del cielo; y, como un monstruo, también estoy alejado de la tierra. Mi corazón ya no late más; ya no vivo más que en mí y para mí. Siento a través de mi espíritu y respiro por mi frente, y veo a través de mi pensamiento y muero de deseo y de impaciencia. Nadie, aquí abajo, puede colmar mis deseos, ni calmar mi impaciencia

y ya no sé llorar. Estoy sólo y espero, resignadamente.

Serafitus miró hacia el floreado otero en el que había dejado a Minna y luego dirigió su mirada hacia las montañas, cuyos picachos estaban coronados por densas nubes, sobre las que cabalgaban sus pensamientos.

-¿No oyes ese delicioso concierto, Minna? - preguntó con una voz dulcísima, borrando con ella la mala impresión del tono agresivo anterior-. ¿No se diría que es la música que los poetas, con sus harpas de viento, introducen en bosques y montañas? ¿No ves aquellas inapresables formas que pasan con esas nubes? ¿No apercibes los pies alados de quienes preparan los decorado del cielo? Estos rumores refrescan el alma; el cielo dejará caer muy pronto las flores de la primavera, ya el polo norte nos envía su luz. Huyamos, antes de que sea tarde.

En un santiamén se volvieron a colocar sus patines y descendieron las vertiginosas pendientes Falberg, dirigiéndose hacia los valles del Sieg. Una milagrosa intuición guiaba su carrera o lo que más bien parecía un vuelo. Cuando encontraban una grieta, ligeramente cubierta de nieve, Serafitus tomaba a Minna en sus brazos y pasaban sobre el

abismo con la ligereza de un pájaro. Cuando llegaban a un precipicio, o para evitar una piedra o un árbol, que Serafitus adivinaba como los marineros intuyen los escollos, gracias al color del agua o por sus remolinos, tomaban de nuevo altura y salvaban el obstáculo. Hasta que llegaron al camino de Siegdalhen, por el que era fácil deslizarse, en línea recta, sin el menor peligro, hasta los hielos del Stromfiord. En llegando allí, Serafitus detuvo a Minna y le preguntó:

-¿No tienes nada que decirme?

-Creí que queríais que os dejara solo con vuestros pensamientos -respondió respetuosamente la muchacha.

-Démonos prisa, guapa, que la noche se nos va a echar encima -añadió él.

Minna, oyendo la voz de su guía, y aquel tono inhabitual en él, sintió un ligero escalofrío; era una voz pura, como el de una muchacha, que disipaba la fantástica luminosidad del sueño sobre el que había cabalgado hasta entonces. Serafitus iba desprendiéndose de su virilidad y dulcificaba la viva inteligencia reflejada en su mirada. Poco después desembocaron en el fondo, llegando a la nevada pradera que separaba la orilla del golfo de las primeras casas de Jar-

vis. Luego, acuciados por la falta de luz, subieron al presbiterio, como si bajo sus pies hubieran desfilado los peldaños de una gran escalinata.

-Mi padre debe estar preocupado -dijo Minna.

-No creo -respondió Serafitus.

La pareja había llegado ya ante el umbral de la humilde casa del señor Becker, el pastor de Jarvis, el cual, esperando a su hija, estaba leyendo.

-Estimado señor Becker -dijo Serafitus-, aquí le traigo a Minna, sana y salva.

-Gracias, señorita -respondió el anciano, quitándose los lentes y dejándolos sobre el libro-. Debéis estar cansadas.

-No, en absoluto -respondió Minna, sintiendo como su compañera le echaba el aliento sobre la frente.

-¿Queréis venir a tomar el té con nosotros, pasado mañana por la noche, pequeña?

-Con mucho gusto, querida.

-¿Vendrá con usted, señor Becker?

-Naturalmente, señorita.

Serafitus inclinó la cabeza, con ademán coqueto, saludó al anciano y se despidió de ellos. A los pocos instantes ya estaba en el patio del castillo sueco. Un criado octogenario apareció bajo el inmenso cober-

tizo con una linterna en la mano. Serafitus se quitó los patines, con la delicadeza propia de una mujer, entró en el salón, se dejó caer desmayadamente sobre un gran sofá cubierto de hermosas pieles y se quedó inmóvil.

-¿Qué tomará usted? -le preguntó el anciano, al tiempo que encendía las larguísimas velas, que se usan corrientemente en Noruega.

-Nada, David, no tomaré nada, pues estoy muy cansado.

Serafitus se sacó la pelliza forrada de marta, se enrolló con ella y se quedó dormido. El viejo criado se quedó a su lado durante largo rato, contemplando cariñosamente a aquella singular persona, que descansaba ante sus ojos y cuya especie era muy difícil de definir, incluso por parte de los entendidos. Al verlo así, envuelto con su atuendo habitual, que tanto se parecía a un salto de cama como a una prenda masculina, con aquellos pies diminutos, que asomaban por debajo de la pelliza, hubiera sido difícil afirmar que no eran los de una mujer; pero, su frente, el perfil de su cabeza, por el contrario, daban fe de una fuerza, de una potencia humana muy desarrollada.

"Ella sufre y no quiere decírmelo", pensó el viejo. "Se nos está muriendo como una flor bajo los rayos del sol." Y el anciano se puso a llorar.

II

SERAFITA

Durante la noche, David volvió a entrar en el salón.

-Ya sé a quien me vais a anunciar -le dijo Serafitus, con voz apagada-. Diga a Wilfrido que puede entrar.

Oyendo estas palabras, un hombre apareció súbitamente y se sentó al lado de ella.

-¿Sufre usted, mi querida Serafita? La encuentro más paliducha que nunca.

Ella se sintió halagada, se volvió lentamente hacia él, tras haberse retocado su cabellera, con el gesto de una mujer guapa agobiada por la jaqueca y sin fuerzas ya para quejarse.

-He cometido una locura -dijo Serafita- atravesando el fiordo con Minna y escalando el Falberg.

-¿Os queríais matar? -exclamó Wilfrido, exteriorizando sus temores de amante.

-No se preocupe, mi buen Wilfrido, que cuidé muy bien de Minna.

Wilfrido dio un fuerte manotazo sobre la mesa, se levantó, dio unos pasos hacia la puerta, al tiempo que dejaba escapar una dolorosa exclamación. Luego, volvió sobre sus pasos y murmuró una leve queja.

-¿Por qué armáis tanto ruido, si creéis que sufro? -le preguntó Serafita.

-Perdonadme -exclamó Wilfrido, arrodillándose-. Castigadme, imponedme todo lo que la cruel fantasía de una mujer es capaz de concebir como penitencia; pero, amada mía, no dudéis un sólo instante de mi amor. Empleáis a Minna como si fuera una hacha y me golpeáis con ella sin piedad. ¡Apia-daos de mí!

-¿Por qué me habla así, amigo mío, sabiendo que esas palabras no sirven para nada? -respondió ella, echándole unas miradas de un tal ternura que Wilfrido no le quitaba el ojo de encima.

-¡Nadie se muere de penal! -dijo él.

-¿Sufre usted? -agregó ella, con una voz que causaba en él el mismo impacto que sus ojos-. ¿Qué es lo que puedo yo hacer por usted?

-Ámeme como yo la amo a usted.

-¡Pobre Minna! -exclamó ella.

-¡Yo no traigo nunca armas conmigo! -gritó Wilfrido.

-Usted es un buen demoledor -dijo Serafita sonriéndose-. ¿Acaso no he obrado como esas parisinas que cuentan primores de aquellos cuyos amores me ha contado?

Wilfrido se sentó, se cruzó de brazos y contempló a Serafita con mirada triste.

-Os perdono, dijo él, pues no sabéis lo que os hacéis.

-Ya sabéis que desde que apareció Eva -añadió ella-, una mujer hace el bien y el mal a sabiendas.

-Así lo creo, en efecto -replicó él.

-Estoy segura de ello, Wilfrido. Es precisamente nuestro instinto el que nos da tanta perfección. Lo que los hombres aprendéis, nosotras lo presentimos.

-¿Por qué no presente, pues, todo el amor que siento por usted?

-Porque no me ama.

-¡Dios mío!

-¿Por qué os quejáis tan angustiosamente? - preguntó ella.

-Esta noche se está usted ensañando conmigo, Serafita. Es usted un auténtico demonio.

-No. Lo que ocurre es que tengo la facultad de comprenderlo todo y esto es terrible, Wilfrido, es como una luz que ilumina nuestra vida.

-¿Por qué escalastéis el Falberg?

-Minna se lo dirá, yo estoy muy cansada para explicárselo. Usted tiene ahora la palabra, usted, que todo lo sabe, que lo conoce todo, y que ha vadeado tantos escollos sociales. Le escucho. A ver si logra divertirme.

-Y, ¿qué diré yo que usted no sepa? Su ruego no es más que una burla. Usted es incapaz de aceptar nada de este mundo, cuyos reglamentos, leyes, costumbres, los sentimientos, y las ciencias, desprecia tomando altura y reduciéndolo todo a sus justas proporciones.

-¿Se da cuenta que yo no soy una mujer? Se ha equivocado, amándome. ¿Qué quiere decir esto? Yo, que bajo de las regiones etéreas de mi pretendida fuerza, me vuelvo humildemente pequeña, me doblego como las pobres hembras de cualquier es-

pecie, y usted se apresura a realzarme. Estoy deshecha, rota, y le pido que me socorra, pues necesito apoyarme en un brazo fuerte. Y usted me rechaza. No nos comprendemos, desde luego.

-Es mucho más mala usted hoy que otras veces.

-¡Mujer mala! -dijo ella, lanzándole una mirada que fundía todos sus sentimientos en una sensación celestial-. No, no sufro, que quede claro. Así que márchese, amigo mío. ¿No actuará usted, así, como un hombre? Nosotras debemos gustaros, distraeros, estar siempre alegres y no tener más caprichos que aquellos que os divierten. ¿Qué debo hacer, amigo mío? ¿Quiere que cante, que baile, aunque el cansancio me deje sin voz y sin piernas? ¡Señores nuestros, aunque estemos a dos pasos de la agonía, debemos sonreíros! Esto se llama, según creo, reinar en amo y señor. ¡Pobres mujeres! Dígame, cuando salís de viaje, las abandonáis, ¿no es así? ¿Acaso no tiene ya corazón mi alma? Pues se lo voy a decir: ¡Yo tengo más de cien años, Wilfrido. Ya se puede marchar! ¡Vaya a postrarse a los pies de Minna, corra!

-¡Oh, mi amor eterno!

-¿Sabe usted lo que es la eternidad? Cállese, Wilfrido. Usted me desea y a la vez no me desea. Dígame, ¿no le recuerdo yo a alguna mujer coqueta?

-¡Oh, sí, es verdad! No reconozco en usted la pura y celestial muchacha que vi por vez primera en la iglesia de Jarvis.

Al oír estas palabras, Serafita se pasó la mano por la frente y cuando Wilfrido descubrió de nuevo su cara quedó asombrado de la religiosa y santa expresión que en ella se reflejaba.

-Tiene usted razón, amigo mío. Más me valdría no ser un ángel, desde luego.

-Eso es, querida Serafita, sea mi buena estrella y no se mueva de mi alrededor. Siga proyectando sobre mí su fulgurante luz.

Y, al decir estas palabras, intentó coger la mano de la muchacha, que la retiró sin inmutarse. Wilfrido se levantó bruscamente y se fue hacia la ventana, asomándose a ella para que Serafita no viera las lágrimas que resbalaban por su mejilla.

-Una muchacha que se deja tomar la mano, ¿Acaso no hace con ello una promesa y debe cumplirla? Sabe que no puedo pertenecerle. Debe saber que el amor lo dominan dos clases de sentimientos y son los que seducen a las mujeres de la tierra. O se

entregan a seres que sufren, a los degradados o a los criminales, a los que ellas desean consolar, levantar o redimir; o se dan a seres superiores, sublimes, fuertes, a los que anhelan poder adorar, comprender y por quienes son aplastados muy a menudo. Usted ha sido humillado, pero se ha purificado en el fuego del arrepentimiento y hoy posee incluso cierta grandeza; y no me siento muy débil para ser su igual, y soy demasiado religiosa para humillarme ante alguien que no sea el Altísimo. Su vida, amigo mío, puede traducirse así: nos encontramos en el Norte, entre las nubes donde las abstracciones son moneda corriente.

-Hablándome así me desmoraliza, Serafita - respondió él-. Sufro mucho viendo cómo emplea la monstruosa ciencia con la que despoja todas las cosas humanas de las propiedades que les da el tiempo, el espacio, la forma, para considerarlas matemáticamente, bajo una expresión pura cualquiera, tal y como procede la geometría con los cuerpos de los que desprende la solidez.

-Está bien, Wilfrido, le obedeceré. Dejemos esto. ¿Qué le parece esta alfombra de piel de oso, que el pobre David ha colocado aquí?

-Pues, muy bien.

-¿No conocía usted esta doucha greka?

Era una especie de cachemira forrada con piel de zorro negro, y cuyo nombre significa "calentador de almas

-¿Cree usted -preguntó ella- que haya algún soberano, de la corte que sea, que posea una piel parecida?

-Es muy digna de quien la lleva.

-Y usted la encuentra bonita, ¿verdad?

-Las palabras humanas no dicen gran cosa en tal circunstancia. En ellas lo que conviene es hablar con el lenguaje del corazón.

-Wilfrido, no sabéis lo que os agradezco que tratéis de atenuar mi dolor, con tan bondadosas palabras... que ya debéis de haber dicho a otras.

-¡Adiós!

-Quédese. ¡Os quiero a los dos, a usted y a Minna, créame! Pero, a los dos los fundo en un sólo ser. Así reunidos sois para mí como un hermano, o en distinto, trance, como una hermana, Cásese, que yo la vea feliz antes de abandonar para siempre esta charca de sacrificios y dolores. ¡Algunas mujeres lo han conseguido todo de sus amantes, Dios mío! Les han dicho: "¡caballeros! y ellos se han quedado mudos. Les han dicho: "¡Ámame de lejos!", y ellos se

han mantenido a distancia, como hacen los cortesanos con sus soberanos. Les han dicho: "¡Casaos!" y se han casado en un abrir y cerrar de ojos. Yo deseo que seáis felices y usted me rechaza. ¿No tengo el menor poder sobre usted? Venga, acérquese, Wilfrido, que quiero decirle algo: si es verdad que no me agradaría que se casase con Minna, no lo es menos que cuando yo desaparezca... prométame que se unirán, porque el cielo los ha hecho el uno para el otro.

-La he estado escuchando con inmenso placer, Serafita, y sus palabras, por incomprensibles que sean, no por ello dejan de ser sumamente encantadoras. Pero, ¿qué quiere decir con esto?

-Tiene razón. Soy demasiado cuerda, en lugar de ser esa alocada criatura, cuya debilidad tanto os agrada. A usted, que ha venido a estos parajes salvajes buscando el descanso, no hago más que atormentarlo. A usted, que está roto a causa de los impetuosos asaltos de un genio desconocido. A usted, que está extenuado por las pacientes tareas científicas y cuyas manos han orillado el crimen y que llevan las huellas, en su carne, de las cadenas de la justicia humana.

Wilfrido se había desvanecido sobre la alfombra. Serafita sopló levemente sobre la frente del hombre, que se había dormido inofensivamente a sus pies.

-Duerme, descansa - dijo levantándose pausadamente.

Luego puso sus manos sobre la frente de Wilfrido y pronunció, quedamente, unas frases, con un tono cadencioso, melodiosas, con una bondad que manaba a borbotones de sus labios, así como la diosa profana derrama castamente su flujo sobre el pastor que sólo concilia el sueño sabiéndose protegido por ella.

-Ante ti sí que puedo mostrarme como realmente soy, querido Wilfrido, porque tú eres una persona fuerte.

"Ha llegado la hora en que las luminosas luces del porvenir iluminan las almas, la hora en que el alma se debate libremente.

"Ahora ya puedo confesarte cuán grande es mi amor ¿No ves cuán desinteresado es? ¿Qué es un sentimiento que sólo para ti vive? ¿Que mi amor es como una luz, que te sigue sin cesar, para iluminar tu porvenir? Pues este amor es la verdadera luz. ¿Te das cuenta ahora cuán ardientemente deseo que te

desprendas de esta vida y que te acerques más al mundo en el que el amor reina sobre todo? ¿No se ha despertado en ti la sed de un amor eterno? ¿Comprendes ahora a qué alturas se eleva una criatura humana cuando ama tanto: ama el que es incapaz de traicionar al amor y al que adoramos rendidamente?

"Quisiera tener alas, Wilfrido, para protegerte, poder derrochar fuerza y dártela a ti, para que irrumpieras con ímpetu en el mundo donde reinan las más puras alegrías y los más imperecederos lazos, que en esta tierra pueden darse. Y querría darte, también, sombra en este día radiante, que se acerca para iluminar y alegrar los corazones. Perdona que un alma amiga te haya echado en cara tus faltas, con la caritativa intención de atenuar tus remordimientos, ¡y escucha el concierto del perdón! ¡refresca tu alma respirando la aurora que se levantará para ti más allá de las tinieblas de la muerte! Sí, ¡tu vida está en el más allá!

"Que mis palabras sean el brillante atuendo de tus sueños, que, adornándose con santas imágenes, destellen y descendan hasta ti. Sube, sube hasta que distingas bien a los hombres, aunque los veas cómo son: pequeños y apretujados, como granos de la

arena del mar. La humanidad se despliega como una simple cinta.

Fíjate en los distintos matices de esta flor de los jardines celestes. ¿Ves aquellos que están faltos de inteligencia, y los que comienzan a adquirirla, y los que están baqueteados, los que son todo amor, los que están inmersos en la sabiduría y que aspiran a un mundo inundado de luz?

"¿Comprendes, ahora, cuál es el destino de la humanidad? ¿De dónde viene, adónde va? ¡Sigue tu camino! Y, cuando llegues al término de tu viaje, oirás los clarines del Todopoderoso y los gritos victoriosos y unos compases tan potentes, que con sólo uno de ellos se podría hacer temblar la tierra entera. Esos compases que se pierden en un mundo sin oriente y sin occidente. ¿No comprendes, pobrecito mío, que sin cierto atrevimiento, sin los velos del sueño, estos espectáculos destrozarían tu inteligencia, como la tempestad desgarrar el frágil velamen de las naves y privarían a un hombre de razón para el resto de sus días? ¿No comprendes que el alma sola, incluso en toda su plenitud, no puede resistir, durante el sueño, a las voraces comunicaciones del espíritu?

"Vuela aún a través de las brillantes y luminosas esferas; admira, corre. Volando, descansa, anda sin cansarte. Como todos los hombres, sé que tú también quisieras estar siempre inmerso en esferas de distintos perfumes, y de una luz por la que tú aleatas, con la ligereza de tu desvanecido cuerpo y alas que tan sólo accedes por el pensamiento! Corre, vuela, goza durante unos instantes de esas alas, que conquistarás cuando el amor llenará tu vida, al punto que quedará inconsciente y que serás todo inteligencia y todo amor. ¡Cuando más alto subes menos ves los abismos, pues en el cielo no hay precipicios. Mira, si no, a éste que te habla, a éste que te sostiene encima de este mundo de los abismos. Mira, contéplame aún un rato, pues cuando me veas a la luz del pálido sol terrestre, mi silueta será borrosa, imperfecta."

Serafita se puso en pie y se quedó inmóvil, con la cabeza ligeramente inclinada, y con la cabellera suelta, en esa postura aérea, con que los grandes pintores han plasmado a los mensajeros celestes: los pliegues de sus vestidos tenían la gracia indefinida que sorprende incluso al artista, al hombre que todo lo traduce con el sentimiento, ante las deliciosas líneas del velo de la Polimnia antigua. Luego extendió

la mano y Wilfrido se levantó. Cuando miró a Serafita, la blanca muchacha estaba acostada sobre la piel de oso, con la cabeza apoyada en una mano, el rostro tranquilo y una mirada tranquila.

Wilfrido la contempló en silencio, pero su cara delataba un temor respetuoso, que traicionaba también su contenida timidez.

-Sí, querida -dijo él, como si contestara a una pregunta-, vivimos separados, en dos mundos muy diferentes, pero me resigno y no puedo por menos que adorarla, ¿qué sería de mí abandonado a mi suerte?

-Pero, ¿no tiene usted a Minna, Wilfrido?

El hombre bajó la cabeza.

-¡No sea usted tan altivo! Una mujer, con amor es capaz de comprenderlo todo; y cuando ella no lo comprende, lo siente; y cuando no lo siente, lo ve; y cuando ella no lo ve, ni lo siente, ni lo comprende, este ángel de la tierra os adivina para poder protegeros y disimula su protección con la gracia del amor.

-¿Acaso soy digno de pertenecer a una mujer, Serafita?

-De pronto se ha vuelto usted muy modesto. ¿no será una trampa? ¡No olvide que una mujer es siempre sensible a la glorificación de sus debilida-

des! Pues bien, pasado mañana por la tarde venga a tomar el té a mi casa; el bueno del señor Becker estará con nosotros; y verá usted a Minna, que es la más cándida de las criaturas de este mundo. Ahora déjeme sola, mi querido amigo, pues tengo que rezar mucho para expiar mis faltas.

-Pero, ¿cómo puede usted pecar?

-Mi pobre amigo, el abusar de nuestro poder ¿acaso no es un acto orgulloso? Creo, sinceramente, que me he portado muy orgullosamente... ande, márchese, y hasta mañana.

-Hasta mañana -respondió quedamente Wilfrido, mirando fijamente a aquella criatura, como si quisiera conservar de ella una imborrable imagen.

Quería marcharse, pero una fuerza inexplicable lo retuvo durante un buen rato, de pie, extasiado ante la luz que se filtraba por las ventanas del castillo sueco.

-¿Qué habré visto? -pensó-. No es una simple criatura, apercibida entre velos y nubes, los recuerdos retumban en mí como un dolor que se ha desvanecido, parecidos a la sorpresa que producen en nosotros los sueños, en los que oímos los gemidos de las generaciones pasadas, que se mezclan con aquellas voces armoniosas de las esferas elevadas,

donde todo es luz y amor. ¿Estoy despierto? ¿O estoy todavía dormido? ¿Habré guardado mis sueños en mi memoria, en estos ojos ante los cuales retroceden luminosos espacios, hasta el infinito? Pese al frío de la noche, mi cabeza arde. Me voy al presbiterio, con el pastor y su hija y allí podré coordinar mis ideas.

Pero, siguió sin moverse, en aquel sitio desde el cual podía apercibir el salón de Serafita. Esta misteriosa criatura parecía ser el polo de atracción misterioso, en el que reinaba una atmósfera más densa que la de otros seres; cualquiera que entrase en ella era sometido a un torbellino de claridad y de voraces pensamientos. Obligado a luchar contra aquella inexplicable fuerza, Wilfrido se liberó, pero fue a costa de grandes esfuerzos. Y, tras franquear el recinto de la casa, reco-bró su libre albedrío, se fue precipitadamente hacia el presbiterio y se encontró, de pronto, debajo del alto cobertizo, que hacía las veces de peristilo, en la casa del señor Becker. Abrió la puerta, profusamente adornada con noeyer, y contra la cual el viento había amontonado la nieve. Traspuesta aquella primera puerta, Wilfrido aporreó virilmente la segunda, diciendo:

-¿Me permite, señor Becker, que pase la velada con ustedes?

-Sí -le respondieron dos voces, que se confundieron en el espacio.

Al penetrar en el vestíbulo, Wilfrido tuvo la impresión de que resucitaba. Saludó muy cariñosamente a Minna, dio un apretón de manos a su padre y se quedó mirando un cuadro, cuya influencia era sosegadora, y que frenaba los vivo impulsos de su naturaleza física, en un fenómeno parecido al que están sometidos los hombres que practican prolongadas contemplaciones. Si algún pensamiento rapta en sus quiméricas alas a un sabio o a un poeta y lo aísla de la vida exterior, en la que está encerrado aquí abajo, y lo transporta hacia regiones sin fronteras, donde los hechos se encadenan abstractamente, donde las creaciones de la naturaleza son retratos vivos, donde una gran maldición castiga a quien distrae sus sentidos y encarcela su alma viajera entre sus huesos y su piel. El choque de estas potencias: el cuerpo y el espíritu, engendran sufrimientos inauditos. El cuerpo exige el retorno de la llama que lo consume. Pero, esta fusión no es más que un hervidero, en el que combaten los cuerpos enemigos, entre torturas que la química pone en evidencia, y

que parece complacerse en reunir incansablemente. De un tiempo a esta parte, cada vez que Wilfrido entraba en la casa de Serafita, tenía la impresión de que caía en un abismo. Con su sola mirada aquella criatura lo arrastraba, espiritualmente, hacia las esferas en las que la meditación sume a los sabios o a las que uno se siente transportado por la religiosidad, donde la visión conduce al artista y al que todos los hombres acceden gracias al sueño, pues cada uno posee sus medios para llegar a los abismos superiores, y su guía para ir hasta ellos, y todos conocen el sufrimiento del retorno. Solamente allí es donde se desgarran los velos y se muestra desnuda la Revelación, ardiente y terrible testimonio de un mundo desconocido del que aquí abajo no conocemos, espiritualmente hablando, más que pobres harapos. Para Wilfrido, las horas pasadas en casa de Serafita, por breves que fueran, parecían un sueño, a ese sueño a que tan aficionados son los thériakis, en los que el mínimo parpadeo se transforma en el polo de un radiante gozo. Salía de aquella casa roto, deprimido, como una muchacha que ha corrido tras las zancadas de un gigante. El frío empezaba a sosegar, con sus aceradas caricias, la mórbida trepitación producida por la combinación de dos naturalezas

violentamente separadas; pero volvía siempre por el presbiterio, atraído hacia Minna por el vulgar espectáculo de la vida del que estaba sediento, como tiene sed de su patria el aventurero europeo que surca tierras orientales, pese a las cautivadoras realidades que en Oriente se dan. Pero, esta vez, el extranjero, más cansado que nunca, se dejó caer en un sillón y estuvo mirando a su alrededor, como alguien que acaba de despertar. El señor Becker y su hija, sin duda acostumbrados al curioso comportamiento de su huésped, seguían hacienda sus cosas.

El vestíbulo estaba adornado por una colección de insectos y de conchas de Noruega. Aquellas curiosidades estaban hábilmente dispuestas sobre el fondo amarillento de la madera de abeto que cubría las paredes de la casa y el humo del tabaco las había teñido con filigranas fuliginosas. En el fondo, frente a la puerta principal, había una enorme estufa de hierro forjado. Como la criada lo fregaba cuidadosamente, la estufa brillaba como si fuera de acero pulimentado. Sentado en un sillón mullido, cerca de la estufa, con los pies metidos debajo de una mesita, en una especie de folgo, el señor Becker leía un in-folio colocado sobre unos libros, al lado de una jarrita de cerveza, y de una humeante lámpara de

aceite de pescado. El ministro del Señor parecía tener unos sesenta años y su perfil se asemejaba al de los tipos a que tan aficionado era Rembrandt; eran sus mismos ojitos vivarachos y rodeados de arrugas, y protegidos por unas espesas y encanecidas cejas; eran los mismos cabellos blancos que salían, rebeldes, por debajo del gorrito de terciopelo negro, con una frente ancha y con no menos anchas entradas; y aquella cara, cuya barbilla achatada la hacía cuadrada; y la profunda tranquilidad que da una impresión de fuerza: el rango que da el dinero, el poder tribunicio del alcalde, la conciencia del arte o la fuerza cúbica de la ignorancia humana. Aquel hermoso viejo respiraba una robusta salud a través de su abultada barriga, iba vestido con un batín de felpa vulgar. En la boca aprisionaba una larga pipa de espuma de mar, de la que salía a veces alguna espiral de humo que el viejo seguía con su mirada, mientras parecía sumido en la meditación digestiva de los pensamientos del autor, cuyas obras estaba consultando. Al otro lado de la estufa, y cerca de la puerta de la cocina, Minna se transparentaba a través de aquella niebla humeante, a la que estaba ya acostumbrada. Ante ella, sobre otra mesita, había prendas que esperaban algún zurcido: toallas, medias, y

una lámpara parecida a la que iluminaba las páginas de los libros en la mesita vecina, sobre la que su padre estaba trabajando. Su fresco rostro, al que su armoniosa silueta daba un aspecto de gran pureza, reflejaba, con su blanca frente y sus aclarados ojos, una candidez infantil. Estaba inclinada hacia la luz, para trabajar mejor sin duda, y, sin darse cuenta de ello, mostraba un escote bellísimo. Iba vestida con un salto de cama de blanca tela de algodón, y con un sencillo gorrito de percal, que cubría apenas su frondosa cabellera. Aunque parecía sumida en alguna contemplación secreta, no por ello dejaba de cumplir su tarea con una gran meticulosidad, ofreciendo con esto la mejor imagen del tipo de mujer destinada a las tareas terrestres, cuyas miradas pueden taladrar el nublado ambiente del santuario, pero que un pensamiento humilde y caritativo mantiene a la altura del hombre. Wilfrido estaba sentado en el sillón que había entre las dos mesitas y contemplaba aquella escena con cierto arrobamiento, a la cual las nubecillas de humo ni siquiera enturbiaban.

La única ventana que iluminaba el vestíbulo durante el verano permanecía cerrada entonces. A modo de cortinas colgaba de un palo, formando pliegues, un gran tapiz. Allí no había nada que pu-

diera ser tenido por pintoresco, sino que reinaba una rigurosa simplicidad, un ambiente auténticamente bondadoso, una cierta dejadez natural, es decir: todo lo que refleja una vida sin complicaciones de ninguna clase. Muchas viviendas parecen salidas de un sueño y los destellos placenteros se diría que esconden realidades menos halagüeñas; pero aquel vestíbulo era realmente sublime, con una armonía de colores que despertaba las ideas patriarcales de una vida intensa y recogida. El silencio sólo era turbado por el ajetreo de la sirvienta que preparaba la cena, y por el temblorcillo del pescado seco que, con manteca salada, según costumbre del país, se freía en la sartén.

-¿Quiere usted fumar una pipa? -preguntó el señor Becker, aprovechando un instante en que Wilfrido parecía atento a su palabra.

-Muchas gracias, señor Becker -respondió él, amablemente.

-Parece estar menos en forma que otras veces -le dijo Minna, sorprendida por la flojedad de la voz del visitante.

-Cada vez que salgo del castillo me pasa lo mismo.

Minna se estremeció. Y Wilfrido prosiguió:

-El castillo está habitado por una persona muy extraña, señor pastor. Hace seis meses que estoy en este pueblo y no me he atrevido a hacer la menor indagación sobre ella y aún hoy me he de forzar para hablarle de este asunto. Le diré que sentí mucho tener que interrumpir mi viaje, por culpa del invierno, y verme obligado a vivir aquí; pero, desde ese día, hace ya dos meses, las cadenas que me atan a Jarvis parecen ser más fuertes y mucho temo terminar aquí mis días. Usted sabe de mi encuentro con Serafita y la impresión que me causaron su mirada y su voz y en qué condiciones fui recibido en su casa: como nadie hasta entonces lo había sido. El primer día, recuérdelo, ya vine a verle, a preguntarle cosas sobre esta misteriosa criatura. Aquí comenzaron, para mí, esta serie de encantamientos...

-¿Encantamientos, dice? - gritó el pastor, haciendo caer la ceniza de su pipa en una especie de escupidera, en parte llena de arena -. Pero, ¿acaso existen los encantamientos?

-Usted, que está leyendo Sortilegios, de Jean Wier, comprenderá seguramente la explicación que voy a darle sobre las sensaciones que he experimentado - añadió Wilfrido -. Si estudiamos bien la naturaleza, ya sea en sus grandes revoluciones, ya

sea en sus pequeños cambios, no es posible ignorar la posibilidad de que se produzcan encantamientos, si damos a esta palabra su verdadero significado. El hombre no crea fuerzas, sino que emplea la única que existe y que las resume a todas y cuyo movimiento viene insuflado, incomprensiblemente, por el soberano fabricante de los mundos. Las especies están muy bien delimitadas para que el hombre cometa el error de confundirlas; el único milagro de que la mano humana era capaz ya se realizó con la combinación de dos sustancias opuestas. ¡Incluso la pólvora es hermana del rayo! Toda creación requiere tiempo y el tiempo no se adelanta ni se atrasa a nuestra guisa. Así, al margen de nosotros, la naturaleza plástica obedece a leyes en cuyo orden y evolución la mano del hombre no juega ningún papel. Pero, después de haber determinado la parte que asume la materia, no sería razonable que desconociéramos en nosotros la existencia de un monstruoso poder cuyos efectos son tan inconmensurables que ninguna generación los ha podido identificar correctamente. No le hablo de la facultad que tenemos de aislarnos, de forzar a la naturaleza a refugiarse en el verbo, acto gigantesco ante el cual el vulgo no reflexiona bastante, al tiempo que ignora

el movimiento, y que ha conducido a los teósofos indios a explicar la creación por medio de un verbo revestido de la potencia inversa. La más pequeña porción de su alimento: un simple grano de arroz en el que nace la Creación y en el que esta misma Creación se resume alternativamente, les ofrecía una imagen tan pura del verbo creador y del verbo aislador, que era imposible no aplicar este sistema a la fundación de los mundos. La mayor parte de los hombres tenían que conformarse con el grano de arroz sembrado en el primer versículo de todas las génesis. San Juan, al decir que el verbo estaba en Dios, no hizo más que complicar las cosas. Pero, la germinación y la madurez de nuestras ideas son poca cosa, si comparamos esta propiedad, repartida entre muchos hombres, a la facultad individual de comunicar a dicha propiedad fuerzas más o menos activas por medio de yo no sé qué concentración y transportarla a la tercera, a la novena, o a la vigésima séptima potencia, que hiciera mella en las masas y obtener así resultados mágicos, al condensar los efectos de la naturaleza. Pues yo llamo encantamiento a la laboriosa acción que las dos membranas desarrollan sobre la funda de nuestro cerebro. En la naturaleza inexplorada del mundo espiritual se en-

cuentran algunos seres armados de estas increíbles facultades, sólo comparables a la terrible potencia de los gases en el mundo físico y que, en combinación con otros seres, actúan de forma que provocan sobre estos pobres ilotas unos sortilegios contra los que están prácticamente indefensos: los encantan, los dominan, los someten a una terrible esclavitud y hacen pesar sobre ellos las magnificencias y el cetro de su naturaleza superior, así como el pez torpedo electriza y entonetece al pescador que lo toca; es como una dosis de fósforo que exalta o acelera la vida, como un opio que adormece el cuerpo, desata el espíritu, dejándolo vagar por el espacio; le muestra el mundo a través de un prisma y le extrae su alimento preferido; obra como la catalepsia, que anula todas las facultades, en provecho de una sola visión. Los milagros, los encantamientos, los sortilegios, en fin: los actos impropriamente llamados sobrenaturales no son posibles, ni pueden explicarse más que gracias al despotismo con el que un espíritu nos constriñe a someternos a los efectos de una óptica misteriosa que crece, que empequeñece, que exalta la creación, que la hace moverse dentro de nosotros a su guisa, que nos la desfigura o nos la embellece, que nos sube al cielo o nos descende al infierno,

que son los dos términos en los que se expresa el placer extremo y el dolor mayor. Estos fenómenos están en nosotros y no fuera de nosotros. El ser que llamamos Serafita se me antoja que es uno de esos raros y terribles demonios, a los que es dado el abrazar a los hombres, de exprimir a la naturaleza y de compartir el poder oculto de Dios. El curso de sus encantamientos ha comenzado para mí con el silencio que me ha sido impuesto. Cada vez que intentaba interrogarle sobre ella me parecía estar a punto de revelar un secreto del que tenía la obligación de ser un incorruptible protector; cada vez que he querido preguntarle algo sobre ella, algo candente ha sellado mis labios, haciendo de mí el ministro involuntario de esta misteriosa criatura. Me veis aquí por la centésima vez: abatido, roto, por haber jugado con el alucinante mundo que lleva en ella esa muchacha, dulce y frágil a ultranza, pero que ha sido para mí la más cruel de las brujas. Sí, ella es para mí como una bruja que, en su mano derecha, esgrime un instrumento con el que mueve al mundo, mientras que, en su mano izquierda, apresa el rayo capaz de disolverlo todo, a su gusto. No puedo mirarla de frente, porque se desprende de ella una claridad cegadora sin igual. Soy demasiado torpe, al

orillar los abismos de la locura, para callarme. Me agarro, pues, a estos instantes, en los que las fuerzas no me abandonan del todo, para resistir a este monstruo, que me arrastra tras de él, sin parar mientes en mis posibilidades. ¿Quién es ella? ¿La conoció usted cuando era joven? ¿Ha nacido siquiera entre nosotros? ¿Tuvo padres? ¿Fue concebida, acaso, conjuntamente por el hielo y el sol? Porque nos hiela, nos quema, se esconde y se nos aparece, como una verdad recatada, me atrae y me repele, me da la vida y la muerte y la quiero y la odio a la vez. No puedo vivir así. Quiero estar en el cielo o en el infierno, plenamente.

Conservando la pipa, recién cargada, en una mano, mientras en la otra sostenía la cajita del tabaco, el señor Becker escuchaba atentamente a Wilfrido, con aire misterioso, echando vistazos a su hija, que parecía comprender aquel lenguaje mejor que su padre, tan en armonía con el ser que lo inspiraba. Wilfrido era bello como Hamlet al oponerse a la sombra paterna, aquella sombra tangible con la que conversaba, al verla erigirse, tan sólo para él, en medio del mundo de los vivos.

-Esto se parece mucho a la plática de un hombre enamorado -dijo bonachonamente el buen pastor.

-¿Enamorado yo? -replicó Wilfrido-. Bueno, sí, según la opinión de la gente vulgar. Pero, que conste, señor Becker, que ninguna palabra puede expresar el frenesí con el que me siento empujado hacia esa salvaje criatura.

-¿La queréis, entonces? -preguntó Minna, con tono de reproche.

-Mire, señorita, se produce en mí tal escalofrío cuando la veo, y se apodera de mí una tristeza tan profunda cuando no la veo, que cualquier hombre llamaría a esto amor; mas este sentimiento acerca ardientemente a los seres humanos, mientras que en nuestro caso, entre ella y yo se abre una especie de abismo de frialdad, que me da esos escalofríos cuando estoy frente a ella y que cesan en cuanto me alejo de ella. Y cada vez que me separo de ella mi desolación es mayor, y cada vez vuelvo a su lado con mayor ardor, como los sabios que acorralan el secreto que quieren descubrir y a los que la naturaleza repele, o como el pintor que quiere plasmar su vida sobre una tela y fracasa, aun cuando pone en juego, en la tentativa, todos los recursos del arte.

-Pero todo esto me parece muy justo, señor -
respondió cándidamente la muchacha.

-¿Cómo lo sabes tú, Mina? -preguntó el pastor.

-¡Ah, padre mío! Si vos hubierais ido esta mañana con nosotros hasta la cima del Falberg y la hubierais visto rezando, no me haríais estas preguntas. Diríais, como el señor Wilfrido, cuando la vio por vez primera en el templo: "Es un genio de la plegaria."

-¡Es cierto! -replicó Wilfrido-. ¡Ella no tiene el menor parecido con las criaturas que se agitan en los innumerables abismos de este mundo!

-¿Habéis estado en el Falberg? -exclamó el viejo pastor-. Y, ¿cómo os las habéis arreglado para llegar hasta allí?

-Lo ignoro -respondió Minna-. ¡Yo escalé aquello como si fuera un sueño, del que ya no conservo más que un leve recuerdo! Casi como si tal prueba no hubiera realmente existido.

Y, al decir esto, sacó una flor de su regazo. Los tres fijaron sus miradas en aquella bonita saxífraga, todavía lozana, la cual, pese a la luz de aquellas tristes lámparas, brillaba, a través de las nubecillas de humo, con incomparables destellos.

-He aquí algo que es sobrenatural -dijo el anciano, al ver abrirse una flor en pleno invierno.

-¡Un abismo! -exclamó Wilfrido, impresionado por su perfume.

-Esta flor me da vértigo -dijo Minna-. Me parece oír su voz, que es como una música del pensamiento, tal como veo la luz de su mirada, que es puro amor.

-Mi querido huésped -respondió el anciano, lanzando una bocanada de humo-, para explicaros el nacimiento de esta criatura sería necesario desenmarañar los más tupidos nubarrones de todas las doctrinas cristianas, y no es fácil alcanzar tal claridad tratándose de la más incomprensible cae las revelaciones, el último destello de la que se haya proyectado sobre el montón de fango que es nuestro mundo. ¿Conoce usted Swedenborg?

-Tan sólo de nombre; pero la verdad es que de él, de sus libros y de su religión, no sé nada.

-Pues bien, le voy a contar Swedenborg de cabo a rabo.

III

SERAFITA - SERAFITUS

Tras una pausa, durante la cual el pastor parecía estar agavillando sus recuerdos, comenzó su relato:

-Emmanuel de Swedenborg nació en Upsala, Suecia, en el mes de enero de 1688, según algunos autores, y en 1689, si se da crédito a su epitafio. Su padre era obispo de Sflara. Swedenborg vivió ochenta y cinco años, muriendo en Londres, el 29 de marzo de 1772. Conste que si utilizo esta manera de hablar es para expresar un simple cambio de estado, ya que, según sus discípulos, a Swedenborg se le vio, posteriormente a dicha fecha, en Jarvis y en París... ¡Que conste, también, querido Wilfrido - añadió el señor Becker, haciendo ademán de opo-

nerse a cualquier interrupción-, que cuento los hechos sin afirmar que son ciertos, como tampoco niego su veracidad! Escuche y luego piense de todo esto lo que mejor le parezca. ¡Cuando yo juzgue, critique o discuta dichas doctrinas, ya lo avisaré, con el fin de que constate mi neutralidad básica entre la razón y ÉL!

"La vida de Emmanuel Swedenborg estuvo dividida en dos partes -precisó el pastor-. De 1668 a 1745 el barón Emmanuel de Swedenborg apareció a los ojos del mundo como un hombre de una cultura vastísima, estimado, querido por sus virtudes, irreprochable en todo instante, útil en toda circunstancia. A la vez que asumía cargos en Suecia, de 1709 a 1740, publicó numerosos libros sobre mineralogía, física, matemáticas y sobre la astronomía, que facilitaron grandemente las investigaciones de los sabios del mundo entero. Inventó métodos de construcción de puertos y muelles navales. Ha escrito sobre las cosas más importantes: en torno a la posición de la Tierra y sobre el fenómeno de las mareas. Cada vez que se dedicó a una ciencia determinada fue para hacerla progresar. En sus años jóvenes estudió las lenguas hebrea, griega, latina y las orientales, con las que se familiarizó tanto que célebres profesores

lo consultaron a menudo y gracias a lo cual pudo descubrir, en Tartaria, los vestigios del más antiguo libro de la Palabra, llamado Las Guerras de Jehová y Los Enunciados, de los que hablan Moisés en los Números (XXI, 14, 15, 27-30), Josué, Jeremías y Samuel.

Las Guerras de Jehová constituyen la parte histórica, y Los Enunciados la parte profética de este libro, que es anterior al Génesis. Swedenborg ha afirmado incluso que El Jaschar o el Libro del Justo, del que habla Josué, existía en la Tartaria oriental, con el culto de las Correspondencias. Se cuenta que un francés ha confirmado recientemente las previsiones de Swedenborg, al revelar el descubrimiento, en Bagdad, de varios extractos de la Biblia, completamente desconocidos en Europa. Cuando aquella discusión habida en París, en torno al magnetismo animal, en 1785, y en la que tomaron parte activa casi todos los sabios del mundo, el marqués de Thomé vengó la memoria de Swedenborg al hacer hincapié en los asertos que escaparon a los comisarios, nombrados por el rey de Francia, para dictaminar sobre el citado magnetismo. Aquellos señores pretendían que no existía ninguna teoría en torno a la imantación, sobre la cual, por lo tanto,

ya se había inclinado Swedenborg en 1720. El señor de Thomé aprovechó la ocasión para demostrar las causas de aquel olvido en el que habían dejado al sabio sueco los más reputados investigadores, con el fin de registrar sus tesoros y procurarse datos para enriquecer sus propios trabajos. Entre los más ilustres hubo algunos, dijo el señor de Thomé, haciendo alusión a la Teoría de la Tierra, de Buffon, que tuvieron la debilidad de adornarse con plumas ajenas, sin tener la delicadeza de decirnos de dónde las habían sacado."

En fin, iba a probarnos, con gloriosas citas, extraídas de la obra enciclopédica de Swedenborg, que este gran profeta se había adelantado, en varios siglos, a la lenta progresión de las ciencias humanas: basta leer, en efecto, sus obras filosóficas y mineralógicas para convencerse de ello. En un párrafo se presenta como el precursor de la química actual, al afirmar que todo lo que produce la naturaleza está sujeto a descomposición y desemboca en dos principios puros; que el agua, el aire y el fuego, no son elementos; en otro pasaje, en pocas palabras, alcanza las profundidades de los misterios magnéticos, arrebatando así la primacía en este terreno a Mesmer.

-Y he aquí -dijo el señor Becker, enseñando una larga tabla, sobre la que descansaban libros de todas clases- diecisiete obras distintas, de las que una sola, sus Obras filosóficas y mineralógicas, publicadas en 1734, tienen tres volúmenes infolio. Estas obras, que dan fe de los conocimientos positivos del señor Swendeborg, me han sido facilitadas por el señor Serafitus, su primo, que no es otro que el padre de Serafita. En 1740, Swedenborg se sumió en un silencio absoluto, del que no saldría más que para abandonar definitivamente sus ocupaciones temporales y dedicarse nuevamente a las espirituales. Recibió las primeras órdenes del Cielo en 1745. He aquí cómo nos explica su vocación:

"Una noche, estando él en Londres, y tras haber hecho una cena opípara, una espesa niebla se extendió en su habitación. Cuando se disiparon las tinieblas, de un rincón de la habitación surgió una criatura con forma humana, la cual, con una voz terrorífica, le dijo:

"-¡No comas tanto!

"Entonces, a partir de aquel día, observó una dieta rigurosísima. A la noche siguiente se le apareció el mismo hombre, tan radiante de luz como la víspera, y le dijo:

"-Soy un enviado de Dios y has de saber que te he escogido para explicar su palabra a los hombres, así como su Creación. Voy a dictarte lo que debes decirles.

"La visión duró breves instantes. El ÁNGEL, según él dijo, iba vestido de púrpura. Aquella misma noche, la mirada de su hombre interior pudo contemplar el cielo, el mundo de los espíritus, así como el infierno; tres esferas diferentes en las que encontró personas conocidas, muertas, físicamente, desde hacía mucho tiempo o recientemente. Desde aquel instante Swedenborg vivió constantemente una existencia espiritual y asumió en nuestro mundo el papel de enviado de Dios. Si su misión fue puesta en duda por los incrédulos, su conducta fue indiscutiblemente la de un ser superior. En primer lugar se limitó a vivir con lo estrictamente necesario.

" Su inmensa fortuna la destinó a ayudar a sus semejantes y en particular a poner a flote empresas a punto de quebrar, salvando así de la miseria a importantes grupos humanos. Nadie hizo un llamamiento a su generosidad en vano, desde luego. Un inglés, que formaba parte de los incrédulos, salió en busca de él y lo encontró en París, y cuenta que las puertas de su casa estaban siempre abiertas de par

en par al visitante. Un día el criado de Swedenborg se quejó de ello, temiendo verse acusado algún día de fechorías cometidas por algún viajero.

"-No se preocupe, en absoluto -dijo Swedenborg, sonriendo-. Hay que perdonarle que sea tan desconfiado. Es porque no ha visto el vigilante que tengo guardando la puerta -añadió.

"Es cierto que, doquiera que viviera, no cerró nunca la puerta, y cierto también que jamás existió tal vigilante, no dándose nunca el caso del menor robo.

"En Gothembour, villa situada a sesenta millas de Estocolmo, anunció, tres días antes de que llegara el correo, la hora exacta en que se iba a declarar un incendio que asolaría Estocolmo, señalando que su casa no se quemaría: y así fue. La reina de Suecia le contó a su hermano el rey, en Berlín, lo que le había ocurrido a una de sus damas de compañía: se le había muerto su marido, y como alguien le reclamara una suma de dinero, que el difunto había adeudado, pero que ella sabía haber sido pagada por su marido antes de morir. Entonces ella se puso a buscar el recibo y no dio con él. Al día siguiente Swedenborg recibió su visita y la dama le rogó que le preguntara a su marido dónde estaba el recibo

que buscaba. A las veinticuatro horas Swedenborg le indicó dónde se encontraba el papel. Pero, es más: a petición de la esposa, su difunto marido se le apareció vestido con el batín que llevaba poco antes de morir, y le confirmó el lugar donde se encontraba el recibo. Un día, al embarcarse en Londres, en un barco mandado por el capitán Dixon, oyó a una dama que preguntaba si el navío llevaba muchas provisiones.

"-No hacen falta tantas -le respondió Swedenborg-, ya que dentro de ocho días, a las dos de la tarde exactamente, echaremos el ancla en el puerto de Estocolmo. -Y así fue.

"La potencia visionaria que Swedenborg era capaz de poner en juego, respecto a las cosas de la Tierra, y que maravilló a cuantos constataron sus efectos, no era más que una pequeña muestra de lo que era capaz de hacer en el Cielo. Entre sus visiones hay que destacar aquella que narra sus viajes por tierras australes, figura entre las más curiosas y la descripción sorprende sobre todo por los cándidos detalles que da. Un hombre como él, con sus incontestables alcances científicos, capaz de concebir, de imaginar, y con aquella carga de voluntad, de haber tenido que inventar aquellos viajes, los hubiera

imaginado aún más maravillosos. La literatura fantástica de los orientales no puede compararse a la asombrosa de Swedenborg, cuya poesía lo inunda todo. Admitiendo, naturalmente, que las obras de la fantasía árabe puedan ser comparadas a la producida por un creyente. El rapto de Swedenborg por el ángel que le sirvió de guía en su primer viaje es sublime a ultranza, y sobrepasa, de toda la distancia que Dios ha colocado entre la Tierra y el Sol, las epopeyas de Klopstock, de Milton, del Tasso y de Dante. La parte inicial de su obra sobre las tierras astrales no ha sido publicada nunca; forma parte de las contradicciones orales legadas por Swedenborg a los tres discípulos que más quería. El señor Silverichm lo posee por escrito. El señor Serafitus ha querido hablarme de ella alguna vez, pero el recuerdo de la voz de su primo estaba tan candente, que apenas pronunciaba sus primeras palabras volvía a enmudecer, quedando sumido en una especie de somnolencia de la que nadie conseguía arrancarlo. Según cuenta el barón, el discurso en el que el ángel demostró a Swedenborg que dichos cuerpos no están hechos para errar ni tampoco para permanecer desiertos, es de una lógica divina tan aplastante

que su grandeza empequeñece todas las ciencias humanas existentes.

"Al decir del profeta, los habitantes de Júpiter no cultivan las ciencias que llaman de las sombras; los de Mercurio detestan expresar las ideas con palabras, porque es un medio demasiado materializado, y prefieren hacerlo en un lenguaje ocular; los de Saturno están siempre bajo la tentación de los malos espíritus; los de la Luna son pequeños como niños de seis años: la voz les sale del abdomen y andan arrastrándose; los de Venus tienen una estatura de gigantes, pero son estúpidos y viven de raterías; sin embargo, en una parte de ese planeta hay seres muy dulces, que no viven más que para hacer el bien. En fin, describe las costumbres de los pueblos de estos globos y refleja su razón de existir insertos en el universo, con asombrosa precisión, y explica con tanta justeza los efectos de su tangible revolución en el sistema universal, que algún día los sabios tendrán que acudir a tan luminosas fuentes. He aquí -dijo el señor Becker, abriendo un libro en un punto determinado-, las palabras con las que termina dicha obra:

"Si alguien dudara que he estado en un gran número de tierras astrales, que recuerde mis obser-

vaciones sobre las distancias en la otra vida; en realidad no existen, en el estado externo del hombre, más que relativamente; pero como yo estaba pre-dispuesto como un espíritu angelical, tuve el inmenso privilegio de conocerlas." Las circunstancias que nos han rodeado en este lugar del barón Serafitus, primo querido de Swedenborg, me han permitido vivir íntimamente todos los acontecimientos de tan extraordinaria vida. Últimamente se le acusó de impostor en algunas publicaciones de Europa, las cuales, inspiradas en una carta del caballero Beylon, relataban el siguiente hecho: Swedenborg, informado por unos senadores de la correspondencia cruzada entre la difunta reina de Suecia y su hermano, el príncipe de Prusia, reveló a la princesa que conocía dicha correspondencia gracias a sus poderes sobrenaturales.

"Un hombre digno de crédito, el señor Charles-Léonard de Stahlhammer, capitán de la guardia real y caballero de la Espada, rebatió en una carta esta calumnia."

El pastor buscó en el cajón de la mesa, entre sus papeles, y sacó una gacetilla, que entregó a Wilfrido. Éste se puso a leerla en voz alta:

Estocolmo, 13 de mayo de 1788.

"He leído con cierta sorpresa la carta que relata la entrevista que ha tenido con la reina Louise-Ulrique el famoso Swedenborg; las circunstancias son totalmente falsas y espero que el autor me perdonará si, por medio de irrefutables testimonios, de distinguidas personas que aún viven, le demuestro hasta qué punto se ha equivocado. En 1758, poco después de la muerte del príncipe de Prusia, Swedenborg vino a la corte: a la que acostumbraba a ir a menudo. Apenas lo apercibió, la reina le preguntó: "A propósito, ¿ha visto usted a mi hermano, señor asesor?" Swedenborg respondió negativamente y entonces la reina añadió: "Si lo ve, no deje de saludarlo de mi parte." Al decir esto la reina bromeaba, ya que el estado de su hermano no le interesaba en absoluto. Ocho días más tarde, y no veinticuatro ni en audiencia particular, Swedenborg volvió a la corte, pero en hora tan temprana que sorprendió a la reina en la cámara blanca, que era donde, al levantarse de la cama, solía conversar con sus damas de honor y otras damas de la corte. Swedenborg no esperó siquiera que la reina saliera a su encuentro, sino que penetró en la cámara y le dijo unas palabras en voz baja ala oreja. La reina sufrió entonces un desvanecimiento, tardando bastante rato en vol-

ver en sí. Cuando recobró sus sentidos dijo a las personas que la rodeaban: "¡Sólo Dios y mi hermano sabían lo que me acaba de decir!" Y confesó que le había hablado de la correspondencia secreta sostenida últimamente con su hermano y cuyo contenido sólo era conocido por ellos dos. No puedo explicar cómo se enteró Swedenborg de aquel secreto; pero lo que sí puedo asegurar, bajo mi palabra de honor, es que ni el conde H..., como dice el autor de la carta, ni nadie más ha interceptado o leído las cartas de la reina. El senado, entonces, le permitía escribir a su hermano con la mayor seguridad, y consideraba tal correspondencia sin interés particular para el Estado. Está claro que el autor de la carta no tiene la menor idea de la personalidad del conde H... Es un señor muy respetable, que ha prestado inapreciables servicios a su patria, y que a su talentoso espíritu une las cualidades de su gran corazón. Aunque de avanzada edad, el conde conserva intactas su lucidez y sus dotes personales. Durante su gestión desarrolló una política inteligente, inspirada en la más escrupulosa integridad y haciendo oídos sordos a las intrigas y a los sordos manejos de unos y otros, que él consideraba indignos de ser empleados. El autor de la carta tampoco tiene una idea

muy clara de la clase de hombre que es el asesor Swedenborg. La única debilidad que tuvo este hombre, honesto de pies a cabeza, como queda dicho, era la de creer en las apariciones de los espíritus; pero yo, que lo conozco desde hace muchísimo tiempo, puedo afirmar que él estaba persuadido de que las entrevistas y las conversaciones con los espíritus eran reales, tan seguro como estoy yo, ahora, de estar escribiendo lo que escribo. Como ciudadano y como amigo era un hombre íntegro, al que horrorizaba cualquier falsedad, y que observó siempre una vida ejemplar. Así, pues, la versión que de tal hecho ha querido dar el caballero Beylon es completamente infundada; y la visita que una noche le hicieron a Swedenborg los condes H... y T... es, asimismo, enteramente inventada. Por otra parte, el autor de la carta puede tener la certeza de que no soy un incondicional de Swedenborg y que únicamente me mueve el amor a la verdad. Por esto he contado este hecho, tan falseado, con la mayor veracidad posible, todo lo cual reafirmo, estampando mi nombre y mi rúbrica, al pie de mi escrito."

-Los testimonios aportados por Swedenborg en torno a su secreta misión acerca de las familias de Suecia y de Prusia, dieron pábulo a creer lo que sólo

existe en la imaginación de ciertos personajes de ambas cortes -añadió el señor Becker, al tiempo que volvía a guardar la gacetilla en el cajón de la mesa-. Sin embargo -prosiguió-, no os contaré todos los detalles de su tangible vida material: sus costumbres están en oposición en lo que respecta su entrañable conocimiento. Vivía retirado, ajeno a cualquier enriquecimiento material, y totalmente despreocupado con relación a su celebridad personal. Tenía incluso cierta repugnancia a hacer prosélitos, se confiaba muy poco y sólo lo hacía con aquéllos en cuyo espíritu resplandecía la fe. Tan sólo mirándolos adivinaba el estado de ánimo de quienes se acercaban a él y electrizaba a los que quería enriquecer, en lo más profundo de su alma, con su palabra. Sus discípulos, desde el año 1745, no le vieron nunca actuar movido por el menor interés humano. Una sola persona, un pastor sueco llamado Mathéssius, lo acusó de loco. Por un extraordinario azar, este Mathéssius, enemigo de Swedenborg y de sus escritos, se volvió loco más tarde, y hace apenas unos años aún vivía en Estocolmo, gracias a una pensión que le había concedido el rey de Suecia. El elogio de Swedenborg ha sido confeccionado minuciosamente en torno a su vida, y fue pronunciado en 1786 por M.

de Sandel, consejero del colegio de minas, en la gran sala de la Real Academia de Ciencias. En fin, una declaración llegada a manos del lord-alcalde de Londres, da fe de los últimos instantes de su vida y de la muerte de Swedenborg, asistido por el señor Ferelius, distinguido eclesiástico sueco. Las personas que comparecieron afirman que Swedenborg no sólo no renegó de sus escritos, sino que estuvo confirmándolos uno tras otro.

"-De aquí a cien años -dijo al señor Ferelius-, mi doctrina será reconocida por la Iglesia.

"Predijo el día y la hora de su muerte con gran exactitud. Ese mismo día, el domingo 29 de marzo de 1772, pidió la hora.

"-Son las cinco -le respondieron.

"-Bien, esto se termina -dijo-. ¡Que Dios os bendiga!

"Y diez minutos más tarde, tras un leve suspiro, expiraba tranquilamente. La simplicidad, la humildad y la soledad fueron los signos esenciales de su vida. Cuando terminaba uno de sus tratados, tomaba el barco y se marchaba a Londres o a Holanda y no hablaba de ello con nadie. Así publicó, sucesivamente, veintisiete tratados diferentes, dictados todos ellos por los ángeles. Que esto sea o no ver-

dad, pocos hombres son capaces de resistir a su singular encantamiento. Helos aquí todos -dijo el señor Becker, mostrando una tabla, sobre la cual descansaban algo más de medio centenar de libros-. Los siete tratados, en los que Dios introdujo sus luminosas enseñanzas, son: Las delicias del amor conyugal, El Cielo y el Infierno, El Apocalipsis revelado, La Exposición del sentido interno, El amor divino, El Verdadero cristianismo. La Sabiduría angélica de la omnipotencia, omnisciencia, omnipresencia de aquellos que comparten la eternidad y la inmensidad de Dios.

"Su explicación del Apocalipsis -añadió el señor Becker, tomando el libro que tenía más a mano, y abriéndolo- comienza con estas palabras: "Aquí no hay nada que sea mío, he hablado por inspiración del Señor, el cual, por mediación del mismo ángel, dijo a Juan: Tú no sellarás las palabras de esta profecía. (Apocalipsis, 22, 10.)"

"Mi querido señor -dijo el doctor, mirando a Wilfrido-, he temblado terriblemente, durante las noches de invierno, leyendo las obras de este hombre, en las que relata cosas tan maravillosas con una insuperable inocencia.

"He visto, dice, el cielo y los ángeles. El hombre espiritual descubre al hombre espiritual mucho mejor que el hombre terrestre no lo hace con el hombre terrestre. Relatando las maravillas del cielo y de lo que hay debajo de él, obedezco a las órdenes que en tal sentido he recibido del Señor. Cada cual, es libre y puede o no creermé, pues yo no puedo trasladarles el influjo que Dios ejerce sobre mí; no depende de mí que puedan conversar con los ángeles, ni de operar otras transformaciones que los disponga para entender ciertas cosas; ellos solos son los únicos instrumentos de su exaltación angélica. Ya hace veintiocho años que entré en el mundo espiritual de los ángeles, y que estoy con los hombres en la tierra; ya que así lo ha decidido el Señor, abriéndome los ojos del espíritu, como se los abrió a Pablo, a Daniel y a Elíseo.

"Sin embargo, algunas personas perciben el mundo espiritual gracias al aislamiento que les procura el sonambulismo, separando su entidad exterior del hombre interior.

"En tal estado, subraya Swedenborg, en su Tratado de la sabiduría angelical (número 257), el hombre puede elevarse hasta la luz celestial, dado que sus sentidos corporales han sido insensibilizados y

que la influencia del cielo se ejerce sobre el hombre interior sin la menor restricción.

"Muchas personas, que no ponen en entredicho las revelaciones celestes de que habla Swedenborg, piensan, no obstante, que todos sus escritos no están impregnados de inspiración divina. Otros, aun cuando exigen una adhesión absoluta hacia Swedenborg, admiten que hay en sus cosas muchos puntos oscuros; pero creen, también, que la imperfección del lenguaje terrestre no ha permitido al profeta la perfecta expresión de sus visiones espirituales, y cuyos ángulos oscuros desaparecen bajo la mirada de quienes han sido regenerados por la fe, ya que, según la admirable frase de su mejor discípulo: la carne es una generación exterior. Para los poetas y los escritores, todo en él es maravilloso; para los videntes, todo es pura realidad. Sus descripciones han sido para algunos cristianos motivo de escándalo. Algunos críticos han ridiculizado la sustancia celeste de sus templos, de sus palacios, ricamente ornamentados, y de las magníficas residencias en las que evolucionan los ángeles; otros se han reído de sus bosquecillos de misteriosos árboles, de sus jardines, cuyas flores hablan, donde el aire es blanco, y en los que las piedras preciosas, místicas, la sardóni-

ce, el crisolito, la crisoprasa, la calcedonia, el berilo, el urim y el thumim, tienen vida propia, expresan verdades celestes, y a las preguntas que se les puede hacer, ellas responden con intermitencias luminosas (Verdadera Religión, 219); y muchos excelsos espíritus no aceptan estos mundos, donde los colores organizan auténticos conciertos, cuyas palabras flaquean, y en los que el Verbo se escribe con angélica filigrana (Verdadera Religión, 278). Incluso en el Norte, ciertos escritores se han mofado de sus puertas de perlas y de diamantes, con los que tapiaba las casas de Jerusalén, donde los menores detalles están compuestos por las más raras sustancias de este mundo.

"-Pero, si estos objetos son raros en este mundo -preguntan sus alumnos-, ¿es ello una razón para que abunden en el otro? En la Tierra están hechos de sustancias terrestres, mientras que en el Cielo tienen una apariencia celeste y son angelicales por completo.

"El mismo Swedenborg ha dicho, repetidamente, a este respecto, las mismas palabras de Jesucristo: "Os enseñé utilizando palabras de la tierra y no me comprendéis; y si os hablo con el lenguaje

del cielo, ¿cómo podríais comprenderme? (Juan, 3, 12)."

"Yo señor, he leído la obra entera de Swedenborg -añadió el señor Becker, con ademán enfático-. Lo digo con cierto orgullo, puesto que no he perdido la razón. Y afirmo que, leyéndolo, o se pierde la razón o se transforma uno en vidente. Pese a que yo he sabido resistir a las dos tentaciones, confieso que a menudo se ha apoderado de mí una sensación desconocida, algo así como un profundo encantamiento, una alegría interior, que sólo son posibles cuando se está en plena posesión de la verdad y la luz celeste vivifica nuestra alma. Todo aquí abajo parece mezquino cuando el alma recorre las devoradoras páginas de estos tratados. Es imposible que uno no se sienta profundamente asombrado al pensar que, en el espacio de treinta años, este hombre ha publicado, sobre las verdades del mundo espiritual, veinticinco volúmenes in-cuarto escritos en latín, y que el más pequeño no tiene menos de quinientas páginas. Y que todos, están impresos en letra menuda. Y se dice que ha dejado otros veinte en Londres, en manos de su sobrino, el señor Silverichm, ex capellán del rey de Suecia. Parece indiscutible, pues, que este hombre, que de veinte a sesenta

años se ha consumido en la publicación de esta especie de enciclopedia, haya tenido que recibir ayuda sobrenatural, para poder componer estos admirables tratados, precisamente en la edad en que las fuerzas del hombre empiezan a decaer. En estos escritos, encontramos infinidad de proposiciones numeradas, y ninguna de ellas se contradice. En todos sus escritos reina la exactitud, el método, su espíritu sereno, presencias que no son concebibles sin la existencia de los ángeles. Su Verdadera Religión, donde se resume todo su dogma, obra vigorosa y luminosa, fue concebida y realizada a los ochenta y tres años. En fin, su ubicuidad, su omnisciencia no ha sido desmentida por ninguno de sus críticos, ni por ninguno de sus enemigos. Sin embargo, cuando yo bebí en este torrente de luces celestes, Dios no me había abierto los ojos interiores y juzgué estos escritos con el criterio de hombre no regenerado. Así, he llegado a creer, a menudo, que el INSPIRADO Swedenborg, alguna vez que otra, había comprendido mal a los ángeles. Me he reído de algunas visiones, ante las cuales, según los videntes, hubiera tenido que estar asombrado y admirado. No he podido concebir cuál era la afiligranada escritura de los ángeles, ni sus correas más o menos

recubiertas de oro. Por ejemplo, si esta frase: Hay ángeles solitarios, de pronto, me enterneció, al reflexionar sobre ello no he podido armonizar tal soledad con sus casamientos. Como tampoco entiendo por qué la Virgen María conserva, en el Cielo, sus hábitos de raso blanco. No me he atrevido a preguntarme la razón de la existencia de los gigantescos demonios Enakim y Hephilim y por qué la emprendían, a todo instante, con los querubines, en los apocalípticos campos de Armageddon. Ignoro cómo los endemoniados pueden aún discutir con los ángeles. El barón Seraphitus me objetaba que esto sólo afectaba a los ángeles que vivían en la tierra, con formas humanas. A menudo, las visiones del profeta sueco están embadurnadas de figuras grotescas. Uno de sus Memorables, como él los llamó, comienza con estas palabras: "Yo vi unos espíritus reunidos, con sombreros puestos." En otro de sus Memorables dice haber recibido del Cielo un papelito sobre el que estaban escritas unas letras, nos dice, parecidas a aquellas que empleaban los pueblos primitivos, compuestas por líneas curvas coronadas con anillitos. Para asentar mejor tal aseveración, me hubiera gustado que depositara dicho papelito en la Real Academia de Ciencias de Suecia.

Pero, en fin, es posible que yo esté equivocado y que estas cosas absurdas que yo veo diseminadas en sus obras tengan, en el fondo, una significación espiritual. Si no, ¿cómo explicaríamos la creciente influencia de su religión? Pues su Iglesia cuenta hoy, en Estados Unidos y en Inglaterra, con setecientos mil adeptos, y en el primero de estos países se le agregan diferentes sectas, mientras que, en la sola ciudad inglesa de Manchester, se cuentan siete mil partidarios de Swedenborg. Por otro lado, tanto en Alemania, como en Prusia, o en el Norte, distinguidos sabios han adoptado públicamente las creencias de Swedenborg, más consoladoras, desde luego, que las de otras comunidades cristianas. Ahora quisiera explicarle, en pocas palabras, los puntos esenciales de la doctrina que Swedenborg estableció para su Iglesia, aunque mi exposición, confiada a la memoria, comporte necesariamente algunos fallos. Por tanto, no puedo permitirme hablarle de los arcanos que rodean el nacimiento de Sérafitá."

Entonces el señor Becker hizo una pausa, como si estuviera recopilando recuerdos, y luego agregó:

-Tras haber establecido, matemáticamente, que el hombre vive eternamente en esferas que son inferiores, en unos casos, y superiores, en otros, Swe-

denborg califica de espíritus angelicales a aquellos seres que, en nuestro mundo, están inspirados por el Cielo, en el que se transforman en ángeles. Según él, Dios no ha creado los ángeles de la nada. No hay ningún ángel que antes no haya sido hombre en la tierra. La tierra es el vivero del cielo. Los ángeles no son ángeles, por lo tanto, así como así (Sabiduría angelical, 57); sino que se transforman tras una conjunción íntima con Dios, a la que Dios no se niega nunca, ya que la esencia de Dios no es negativa en ningún caso, sino ininterrumpidamente activa. Los espíritus angelicales conocen tres fases del amor, puesto que el hombre no puede ser regenerado más que progresivamente (Verdadera Religión). En primer lugar, el AMOR DE SÍ MISMO: la suprema expresión de este amor es el genio humano, a través de cuyas obras se cultiva el culto. Luego, el AMOR DEL MUNDO, que produce los profetas, los grandes hombres que la tierra adopta como guías y saluda con el nombre de divinos. En fin, el AMOR DEL CIELO, que hace los espíritus angélicos. Estos espíritus son, por decirlo así, las flores de la humanidad, que se resumen en ella y que se esfuerzan por identificarse con ella. Deben tener un profundo amor al Cielo, o, en su defecto, la sabidu-

ría del Cielo; pero siempre los encontramos en el amor antes que en la sabiduría. Así, la primera transformación del hombre es el AMOR. Para llegar a este primer grado, su existir anterior ha tenido que pasar por la esperanza y la caridad, que lo preparan para la fe y la plégaria. Las ideas adquiridas, en el ejercicio de estas virtudes, se transmiten a cada envoltura humana, bajo la cual se esconden las sucesivas metamorfosis del SER INTERIOR; pues nada se separa y todo se complementa: la esperanza no vive sin la caridad y la fe no se concibe sin la plegaria; las cuatro caras de este amor son solidarias. "Si falta una de estas virtudes -dice-, el espíritu angelical es como una perla rota." Cada existir es, pues, un círculo en el que se condensan las riquezas celestes del estado anterior. La gran perfección de los espíritus angélicos proviene de una misteriosa progresión, en la que se preservan todas las cualidades, sucesivamente adquiridas, hasta llegar a su gloriosa encarnación; ya que, en cada, transformación, se despojan, insensiblemente, de su carne y de sus errores. Cuando vive en el amor, el hombre ha abandonado todas las malas pasiones: la esperanza, la caridad, la fe, la plegaria, según las palabras de Isaías, han ahechado su interior, para que no les al-

cance ninguna contaminación terrestre. De aquí la célebre frase de San Lucas: Construíos un tesoro que no se deteriore en el Cielo. Y la de Jesucristo: Dejad este mundo a hombres, pues es de ellos, volved puros y venid a casa de mi padre. La segunda transformación es la de la sabiduría. Esto es: la comprensión de las cosas celestes, cuyo espíritu se nutre de amor. El espíritu del amor ha conquistado a la fuerza; es el resultado de todas las pasiones terrestres vencidas, y ama ciegamente a Dios; pero el espíritu de la sabiduría inteligente y sabe por qué ama. Unas alas se han desplegado y lo conducen hacia Dios, mientras que otras alas se han replegado, aterrorizadas por la ciencia: conoce a Dios. El uno desea ver a Dios ardientemente y se precipita hacia Él, mientras que el otro lo toca y tiembla. De la unión de un espíritu de amor y de un espíritu de sabiduría nace una criatura divina, cuya alma es MUJER y su cuerpo HOMBRE, última expresión humana, en el que el espíritu domina a la forma, y en que ésta se debate aún contra el espíritu divino; ya que la forma, es decir: la carne, ignora, se subleva y quiere ser grosera. Esta suprema prueba engendra sufrimientos inauditos, que sólo el Cielo percibe, y que el Cristo conoció en el huerto de los olivos.

Tras la muerte, el primer ciclo se abre ante esta doble naturaleza humana purificada. Por eso, mientras el espíritu muere en el arrobamiento, los hombres mueren en la desesperanza. Por eso, lo NATURAL es el estado de los seres no regenerados; lo ESPIRITUAL, es el de los espíritus angélicos, y el DIVINO, aquel en el que vive el ángel antes de romper su envoltura. Estos son los tres grados del existir por los que transita el hombre hacia el Cielo. Un pensamiento de Swedenborg ilustra maravillosamente la diferencia que existe entre lo NATURAL y lo ESPIRITUAL:

"Para los hombres -dice-, lo natural pasa por lo espiritual; consideran el mundo bajo sus formas visibles y lo perciben como sus sentidos ¡se lo presentan: como una realidad preconcebida. Pero, para un espíritu angélico, lo espiritual pasa por lo natural y considera el mundo según su entraña, no según su forma."

"Por lo tanto, nuestras ciencias humanas no son más que el análisis de las formas. El sabio, según el mundo, es puramente exterior, al igual que su sabiduría. Su interior no le sirve más que para conservar su aptitud para el conocimiento de la verdad. El espíritu angélico va más allá: su sabiduría es el pensa-

miento, del que la ciencia humana no es más que la palabra; extrae el conocimiento de las cosas del verbo, aprendiendo LAS CORRESPONDENCIAS por las cuales los mundos concuerdan con el Cielo. LA PALABRA de Dios fue enteramente escrita a base de puras correspondencias, en ella se contiene un sentido interno o espiritual, el cual, sin la ciencia de las correspondencias no es comprensible. Dice Swedenborg que existen innumerables ARCANOS en el sentido interno de las correspondencias (Doctrina celeste, 26). Por lo tanto, los hombres que se han mofado de los libros en que los profetas han recogido la Palabra, lo hicieron porque estaban sumidos en ese estado de ignorancia, en que aquí abajo viven los hombres que ignoran todo de las ciencias, y que se mofan inconscientemente de las verdades de las mismas. Conocer las correspondencias de la Palabra con el Cielo, conocer las correspondencias que existen entre visibles y ponderables del mundo visible y las cosas invisibles e imponderables del mundo espiritual, es tener el cielo en el entendimiento. Todos los objetos de las diversas creaciones emanan de Dios y contienen necesariamente una significación no revelada, como se consigna en las importantes palabras de Isaías: La tierra

es una vestidura (Isaías, 5, 6). Este misterioso lazo entre las más íntimas parcelas de la materia y el Cielo constituye lo que Swedenborg llama un ARCANO CELESTE. Así que, su Tratado de los arcanos celestes, en el que se explican las correspondencias o significaciones de lo natural a lo espiritual, nos da, según la expresión de Jacob Boehm, los signos de todas las cosas. Por esto se extiende sobre dieciséis volúmenes y a través de unas trece mil proposiciones.

"Este maravilloso conocimiento de las correspondencias, que la bondad de Dios derramó sobre Swedenborg, dice uno de sus discípulos, es el secreto del interés que despiertan tales obras. Según este comentarista: "aquí, todo sale del Cielo, todo recuerda el Cielo". Los escritos del profeta son sublimes y claros: habla en el cielo y se le encuentra en la tierra; a partir de una de sus frases se podría escribir un libro.

"Y, entre mil otras, el discípulo cita ésta:

"El reino de los cielos -dice Swedenborg (Arcanos celestes)- es el reino de los motivos. La ACCIÓN se realiza en el Cielo, y de allí pasa al mundo, gradualmente, por pequeñas dosis; como los efectos terrestres están ligados a las causas ce-

lestes, todo contribuye a reflejar SU CORRESPONDENCIA Y SU SIGNIFICADO. Ya que el hombre es el lazo que une lo natural a lo espiritual."''

"Los espíritus angélicos conocen lo esencial de las correspondencias que ligan cada cosa terrestre al Cielo, y conocen el íntimo sentido de las palabras proféticas, que revelan sus revoluciones. Para estos espíritus, todo, aquí abajo, tiene su significación. La más pequeña flor es un pensamiento, una vida que corresponde a unos cuantos trazos del gran conjunto, y del que son una insistente insinuación. Para ellos, el ADULTERIO y los libertinajes de que hablan las Escrituras y los profetas, a menudo desnaturalizadas por pésimos escritores, reflejan el estado de las almas que, en este mundo, se empeñan en infectarse de afecciones terrestres, divorciándose así del Cielo. Las nubes son los velos con los que se cubre Dios. Las antorchas, los panes de proposición, los caballos y los caballeros, las prostitutas y las piedras preciosas, todo ello, en la Escritura, tiene un sentido exquisito y revela el porvenir de los hechos terrestres en sus relaciones con el Cielo. Todos pueden penetrar la verdad de los ENUNCIADOS de San Juan, que la ciencia humana demuestra y

prueba materialmente más tarde, como este, que Swedenborg señala repleto de ciencias humanas: Vi un nuevo cielo y una nueva tierra, ya que el primer cielo y la primera tierra habían pasado (Ap., XXI, 1). Conocen los festines en los que se come carne de rey, de hombre libre y de esclavo, y a los que un ángel, montado en un sol, nos invita. (Apoc., XXI, 11-18.) Ven a la mujer alada, revestida de sol y al hombre siempre armado (Apoc.). El caballo del Apocalipsis es, según Swedenborg, la imagen visible de la inteligencia humana, cabalgada por la muerte, pues ésta lleva en ella misma su esencia destructiva. En fin, reconocen los pueblos disimulados bajo formas que a los ignorantes parecen fantásticas. Cuando un hombre está dispuesto a recibir la insuflación profética de las correspondencias, ésta despierta en él el espíritu de la palabra; comprende, entonces, que las creaciones no son más que transformaciones; le vivifica su inteligencia y provoca en él una inmensa sed de verdades, que no podrá calmar más que en el Cielo. Según la perfección más o menos acabada de su espíritu, concibe la potencia de los espíritus angélicos y se dirige, movido por el deseo, que es el estado menos imperfecto del hombre no regenerado, hacia la esperanza, que le da la

llave de los cielos. ¿Qué criatura no desearía mostrarse digna de entrar en la esfera de las inteligencias, que viven dedicadas secretamente al amor y a la sabiduría? Aquí abajo, estos espíritus conservan su pureza; su visión, su pensamiento y su expresión no son las de los otros hombres. Existen dos formas de percepción: la interna y la externa; el hombre es todo él externo; el espíritu angélico es interno en toda su dimensión. El espíritu va al fondo de los números, posee la totalidad y conoce sus significaciones. Dispone de movimiento y se asocia todo por la ubicuidad: Un ángel, según el profeta sueco, se le presenta a otro cuando lo desea (Sab. Ang. de Div. Am.); pues tiene el don de separarse de su cuerpo, y ve los cielos como los han visto los profetas, y como el mismo Swedenborg los veía.

"En este estado, dice (Verdadera Religión, 136), el espíritu del hombre se traslada de un lugar a otro, sin que el cuerpo se mueva, tal como me ha ocurrido a mí durante veintiséis años.

"Debemos entender así, pues, todas las palabras bíblicas donde se dice: Y el espíritu venció. La sabiduría angélica es para la sabiduría humana lo que las innumerables fuerzas de la naturaleza son para la acción, que es una. Todo revive, se mueve, existe

espiritualmente, pues está en Dios: como se expresa en las palabras de san Pablo: *In Deo sumos, movemur et vivimos* (vivimos, nos movemos y estamos en Dios). La tierra representa el menor obstáculo y la palabra no le ofrece la más mínima oscuridad. Su próxima divinidad le permite ver el pensamiento de Dios velado por el verbo, a la vez que, viviendo interiormente, el espíritu comunica con los sentidos íntimos, que se esconden tras las cosas de este mundo. La ciencia es el lenguaje del mundo temporal y el amor es el del mundo espiritual. Por lo tanto, el hombre más que explicar describe, mientras que el espíritu angélico ve y comprende. La ciencia entristece al hombre, mientras que el amor exalta al ángel. La ciencia aún busca. El amor ya lo ha encontrado. El hombre juzga la naturaleza según sus relaciones con ella; el espíritu angélico la juzga por sus relaciones con el Cielo. En fin, todo comunica con los espíritus.

Los espíritus han penetrado todos los secretos de la armonía que existe entre las creaciones; y se armonizan con el espíritu de los sonidos, con el espíritu de los colores, y con el de los vegetales: son capaces de interrogar al mineral y éste responde correctamente. ¿Qué significan para ellos las ciencias y

los tesoros de la tierra, cuando los abarcan constantemente con la vista, y los mundos, que tan preocupados traen a los hombres, no son para los espíritus más que el último peldaño desde el que se van a proyectar hacia Dios? El amor del Cielo o la sabiduría del Cielo se anuncia a ellos con un círculo de luz que los envuelve y que sólo distinguen los elegidos. Su inocencia, de la cual la de los niños no es sino la forma exterior, posee unos alcances que no tienen los niños: son a la vez inocentes y sabios.

"Y la inocencia de los cielos hace tal impresión sobre las almas, dijo Swedenborg, que aquellos a quienes afecta conservan un arrobamiento que les dura toda su vida, que así lo experimenté yo. Basta tener una leve percepción de ella para que nuestra vida se encuentre cambiada, que se despierte en nosotros el deseo de ir al Cielo y que entremos así en la esperanza.

"Su doctrina sobre los casamientos puede resumirse en pocas palabras:

"El Señor ha tomado la belleza, la elegancia de la vida del hombre y la ha depositado en la mujer. Cuando el hombre no se armoniza con dicha belleza y con la elegancia, se muestra severo, triste y

malcarado; en cambio, cuando está en ellas, está alegre y adquiere una admirable plenitud.

"Los ángeles son siempre de una belleza incorruptible. Sus casamientos son celebrados durante ceremonias maravillosas. En esta unión, que no da niños, el hombre ha dado EL ENTENDIMIENTO y la mujer ha dado la VOLUNTAD: y son un solo ser, UNA SOLA carne, aquí abajo; luego, tras revestir su forma celeste, van al Cielo. Aquí abajo, en su estado natural, la inclinación mutua de los dos sexos hacia las voluptuosidades es un EFECTO que cansa y asquea; pero, en su forma celeste, la pareja, que es un mismo espíritu, encuentra, en sí misma, una inagotable fuente de voluptuosidad. Swedenborg vio este casamiento de los espíritus, el que, según san Lucas, no tiene bodas (20, 35), y que no inspira más que placeres espirituales. Un ángel se ofreció para hacerle testigo de un casamiento y lo llevó sobre sus alas (las alas son un símbolo y no una realidad terrestre). Lo vistió con su traje de fiestas y cuando Swedenborg se vio vestido de luz, preguntó la razón de ello.

"-En tal circunstancia -respondió el ángel-, nuestros trajes se iluminan, resplandecen y se trans-

forman en vestidos nupciales. (*Deliciae sap. de Am. conj.*, 19, 20, 21.)

"Entonces, apercibió dos ángeles que se acercaban a él. Uno venía del mediodía y el otro del oriente; el ángel del mediodía iba en un carro tirado por dos caballos blancos, cuyas riendas tenían el color y el resplandor de la aurora; pero, cuando estuvieron más cerca de él, en el cielo, no volvió a ver ni los carros ni los caballos. El ángel de oriente, vestido de púrpura, y el ángel del mediodía, de jacinto, llegaron como un soplo y se confundieron: uno era el ángel del amor y el otro el ángel de la sabiduría. El guía de Swedenborg le dijo que estos dos ángeles habían estado unidos en la Tierra por una amistad interior, aunque separados por el espacio. El consentimiento, que es la esencia de los buenos casamientos en la tierra, es el estado habitual de los ángeles en los cielos. El amor es la luz de su mundo. El arrobamiento eterno de los ángeles procede de la facultad que Dios les comunica, para que le devuelvan a él la alegría que ellos experimentan. Esta reciprocidad, en el infinito, es su razón de vida. En el cielo, se vuelven infinitos nutriéndose de la esencia de Dios, que se engendra a sí misma. La inmensidad de los cielos, donde viven los ángeles, es tan grande

que si el hombre estuviera dotado de una vista tan rápida como la luz del sol y que no parara de mirar, durante la eternidad, seguramente no encontraría un sólo horizonte donde posar su mirada. Sólo la luz explica la felicidad del Cielo. Es como una exhalación de la virtud de Dios, dice (Sab. Ang., 7, 25, 26, 27), una emanación pura de su claridad, al lado de la cual nuestros días más claros no son más que pura oscuridad. Ella lo puede todo, lo renueva todo y no se absorbe, rodea al ángel y logra que llegue hasta Dios, a través de goces infinitos, que se multiplican espontáneamente. Esta luz mata a los hombres que no están preparados para recibirla. Nadie, aquí abajo, ni en el Cielo, puede ver a Dios y seguir viviendo. He aquí por qué se ha dicho (Ex. XIX, 12, 13, 21, 22, 23): La montaña desde la cual Moisés habló al Señor estaba vigilada, pues se temía que alguien hubiera venido a tocarle y muriera. Y (Ex. XXXIV, 29-35): Cuando Moisés trajo las segundas Tablas, su rostro brillaba tanto que, para no matar a nadie, al hablar al pueblo, se le tuvo que cubrir con un velo. La transfiguración de Jesucristo reflejó también la luz que es capaz de reflejar un mensajero del cielo, con inefables goces, que sobre los ángeles derrama la luz de arriba. Su rostro, dice San Mateo (XVII, 1-

5), resplandece como el sol, sus vestiduras son como la luz y una nube cubrió sus discípulos. En fin, cuando un astro no contiene más que seres que no quieren entregarse al Señor, cuya palabra es ignorada, y que los espíritus angélicos han acudido de todas partes, Dios envía un ángel exterminador para cambiar la masa del mundo refractario, el cual, en la inmensidad del universo, no es más que lo que es para la naturaleza un germen infecundo. Al acercarse al globo, el ángel exterminador, a caballo sobre un cometa, lo hace girar sobre su eje: los continentes se vuelven entonces fondos de mar, las más altas montañas se transforman en islas, y los países otrora cubiertos por los mares vuelven a emerger, con una frescura rejuvenecedora, obedeciendo así a las leyes del Génesis; la palabra de Dios recupera entonces toda su fuerza sobre una nueva tierra, cuya faz guarda intactas las huellas del agua terrestre y del fuego celeste. La luz, que el ángel trae de arriba, hace palidecer al sol. Entonces, como dice Isaías (19-20), los hombres entrarán por los grietas de las rocas, se agazaparán en el polvo. Gritarán (Apoc., VII, 15-17) a las montañas: ¡Caed sobre nosotros! Y al mar: ¡Tráganos! Y al aire: ¡Guárdanos del furor del cordero! Porque el cordero es la representación de

los ángeles desconocidos y que aquí abajo son perseguidos. Por eso Cristo ha dicho: ¡Dichosos los que sufren! ¡Dichosos los pobres de espíritu! ¡Dichosos los que aman! Swedenborg es todo esto: sufrir, creer, amar. ¿Para amar bien no es necesario haber sufrido y no es necesario creer? El amor engendra la fuerza y ésta da la sabiduría y de ahí sale la inteligencia, ya que la fuerza y la sabiduría engendran la voluntad. ¿Ser inteligente, no es acaso saber, querer y poder, que son los tres atributos del espíritu angélico?

"-¡Si el universo tiene un sentido, he aquí el que es más digno de Dios! -me decía el señor Saint-Martin, durante el viaje que hice a Suecia.

"Pero, señor -siguió diciendo el señor Becker, tras una pausa-, ¿qué significan estos harapos comparados con la grandeza de una obra que sólo es comparable a un río de luz o a incesantes oleadas de llamas? Cuando un hombre se zambulle en ella es arrastrado por una corriente irresistible. El poema de Dante Alighieri parece ser un simple punto al lado de los innumerables versos con los que Swedenborg nos ha hecho palpar los mundos celestes, como Beethoven, que construyó sus palacios de armonía con miles de notas, y como los arquitectos

han edificado sus catedrales, con miles y miles de piedras. Caeréis en unos abismos sin fin, donde no siempre tendréis el apoyo de vuestro espíritu. Es bien cierto, que es necesario tener una inteligencia bien enraizada para volver sano y salvo a nuestras ideas sociales.

"Swedenborg -prosiguió el pastor- tenía particular estima por el barón de Seraphitz, cuyo nombre, según una vieja costumbre sueca, llevaba, desde tiempo inmemorial, la terminación latina us. El barón fue el más aplicado discípulo del profeta sueco, que le había abierto sus ojos interiores y lo había preparado para una vida en armonía con las órdenes de las alturas. Buscó un espíritu angélico entre las mujeres y Swedenborg se lo encontró en una de sus visiones. Su novia fue la hija de un zapatero de Londres, en el cual, según Swedenborg, se había despertado la vida del Cielo. Tras la transformación del poeta, el barón vino a Jarvis para celebrar sus bodas celestes, por medio de las plegarias. En cuanto a mí, señor, que no soy un vidente, no he visto más que las obras terrestres de dicha pareja: su vida ha sido la de los santos y las santas, cuyas virtudes son la gloria de la Iglesia romana. Entre los dos han endulzado la miseria de los habitantes de

este pueblo y han dado a todos ellos una fortuna, que requiere cuidado y trabajo, pero con la cual cubren sus necesidades más perentorias; las personas que vivieron a su alrededor no sorprendieron nunca en ellos un gesto de cólera o de impaciencia; han sido bondadosos y dulces, muy amenos y llenos de gracia y de auténtica ternura; su casamiento fue la armonía de dos almas eternamente unidas. Dos eiders volando hermanados, el sonido y el eco juntos, el pensamiento en la palabra, son ejemplos insuficientes para ilustrar tal unión. Aquí, cada uno de nosotros los quería de verdad, con un amor que sólo se podría expresar comparando el amor que la planta le tiene al sol. La mujer era simple en sus maneras, bella de formas, guapa de cara y de una nobleza parecida a la de las más augustas personas. En 1783, cuando tenía veintiséis años, esta mujer dio a luz un niño: su gestación fue marcada por una alegría teñida de gravedad. Los dos esposos expresaban así su despedida de este mundo, pues me dijeron que tan pronto como su hijo abandonara la vestidura de carne ellos se transformarían. Nació el niño y era una niña: Serafita; apenas fue concebida, sus padres vivieron más solitariamente que nunca, exaltándose en sus plegarias al cielo. Su esperanza se

cifraba en llegar a ver a Swedenborg y la fe hizo que su deseo se realizara. El día que nació Serafita, Swedenborg se dejó ver por Jarvis, y la habitación donde estaba naciendo el niño se llenó de luz. Se dice que dijo estas palabras:

"La obra está cumplida. ¡Que el Cielo se alegre!

"Las gentes que vivían en la casa oyeron sonidos extraños y una melodía que, según dijeron, parecía llegar de los cuatro puntos cardinales, medida por los vientos. El espíritu de Swedenborg condujo al padre fuera de la casa y se fue con él hasta el fiordo, abandonándolo allí. Algunos hombres de Jarvis, que se habían acercado al señor Seraphitus, oyeron como pronunciaba estas suaves palabras de las Escrituras:

"-¡Qué bellos se nos aparecen, en lo alto de la montaña, los pies del ángel que nos envía el Señor!

"Cuando yo salía del presbiterio, para ir al castiello a bautizar al niño, y cumplir los deberes que imponen las leyes, encontré al barón.

"-Su ministerio es superfluo -me dijo-; nuestro niño debe vivir en esta tierra sin nombre. No podéis bautizar con el agua de la Iglesia terrestre a quien ha sido bautizado por el fuego del Cielo. Este niño será flor, y no lo veréis envejecer, lo veréis pasar; usted

tiene el existir, él tiene la vida; usted tiene sentidos exteriores y él no Él es todo interior.

"Estas palabras fueron pronunciadas con una voz sobrenatural, que me afectó mucho, y más todavía, por el esplendor del rostro inundado de luz.

"Su aspecto era el de las fantásticas imágenes que concebimos en los inspirados, cuando leemos las profecías de la Biblia. Pero tales efectos son frecuentes en nuestras montañas, donde el nitro de las nieves eternas produce en nosotros asombrosos fenómenos. Le rogué me dijera la causa de su emoción.

"-Swedenborg ha estado aquí. Me voy porque he respirado el aire del cielo -me dijo él.

"-¿Cómo se os ha aparecido? -pregunté yo.

"-Bajo una apariencia mortal, vestido como la última vez que lo vi en Londres, en casa de Richard Shearsmith, en el barrio de Cold-Balh-Field, en julio de 1771. Vestía un traje de ratina, brillante, con botones de metal, la magistral peluca de siempre, y su inefable corbata blanca. Los rizos de su cabellera estaban ligeramente empolvados en los lados y delante dejaban al descubierto una frente despejada y luminosa, muy en armonía con su gran rostro cuadrado, toda potencia y calma. He reconocido la na-

riz con sus anchas ventanas llenas de fuego y su boca eternamente sonriente, la boca angélica de la que han salido palabras rebosantes de felicidad: "¡Hasta pronto!" Y he sentido los efluvios del amor celeste.

"La convicción que brillaba en la cara del barón impedía cualquier disensión. Escuchaba en silencio aquella voz, de una calor contagiosa, que me calentaba las entrañas. Su fanatismo agitaba mi corazón, como la cólera ajena nos hace vibrar los nervios. Lo seguí con el mismo silencio y fui a su casa, donde vi al niño sin nombre, acostado sobre su madre, que lo envolvía misteriosamente. Serafita me oyó llegar y levantó su cabecita hacia mí; sus ojos no eran los de un niño corriente; me dio la impresión de que ya venían y ya pensaban, pese a ser los de un recién nacido. La infancia de este niño predestinado fue acompañada de extraordinarias circunstancias. Durante nueve años, los inviernos han sido menos fríos y nuestros veranos más largos que de costumbre. Estos fenómenos provocaron varias discusiones entre nuestros sabios, cuyas explicaciones quizá satisficieron a los académicos, pero que cuando se las comuniqué al barón, le hicieron sonreír. A Serafita nunca se la vio desnuda, como a otros niños, y nunca la tocó ni un hombre ni una mujer, y no se la

oyó gritar ni una sola vez. Y vivió virgen sobre el seno de su madre. El viejo David puede confirmarle esto que le digo, si le preguntáis cosas sobre su ama, hacia la cual siente una adoración parecida a la que tenía por la santa arca el rey cuyo nombre lleva.

"Desde la edad de nueve años, empezó a rezar: la plegaria es su vida; usted la ha visto en nuestro templo, en Navidad, que es el único día en que aparece por allí; está siempre muy alejada de los otros fieles. Si no hay suficiente espacio entre ella y los hombres sufre. Por esto sale tan poco del castillo.

"Se desconocen los momentos más importantes de su vida, pues se la ve muy poco; sus facultades, sus sensaciones, todo es interior; la mayor parte del tiempo se lo pasa en su estado de contemplación mística que era habitual, dicen los escritores papistas, en los primeros cristianos solitarios, en los que se conservaba la tradición de la palabra de Cristo. Su entendimiento, su calma, su cuerpo, todo en ella está virgen como la nieve de nuestras montañas. A los diez años, era tal como la ve usted ahora. Cuando cumplió los nueve años, sus padres expiraron juntos, sin dolor, sin enfermedad visible, tras haber anunciado la hora en que cesarían de vivir. De pie, al lado de la cama, los miraba con serenidad asom-

brosa, sin que se reflejara en ella ni la tristeza ni dolor, ni curiosidad; sus padres le sonreían. Cuando fuimos a llevarnos los cuerpos, nos dijo:

"-¡Lleváoslos!

"-¿No le ha afectado la muerte de sus padres, Serafita? -le pregunté-. ¡Ellos que te querían tanto!

"-¿Muertos? -dijo ella-. No. Están en mí para siempre. Esto no es nada, agregó, señalando los cuerpos que nos llevábamos, sin mostrar la menor emoción.

"Era la tercera vez que la veía desde su nacimiento. En el templo era difícil aperecibirla, pues se colocaba cerca de la columna que sostenía el púlpito, en un rincón oscuro en el que era imposible reconocer a una persona. De los sirvientes de aquella casa, en aquel trance, sólo quedaba el viejo David, que tenía ochenta y dos años, pero que se bastaba para cuidar a su ama. Algunos habitantes de Jarvis han contado cosas maravillosas sobre esta muchacha. Como sus relatos adquirieron cierta consistencia en este país, muy inclinado a las cosas misteriosas, me puse a estudiar el Tratado de los encantamientos, de Jean Wier, y las obras relativas a la demonología, en los que se consignan los pretendidos efectos sobrenaturales en el hombre, con el

fin de buscar unos hechos análogos a aquellos que se le atribuían."

-¿Entonces, usted no cree en ella? -preguntó Wilfrido.

-Sí, claro -replicó, con aire bonachón, el pastor-, yo veo en ella una muchacha extremadamente caprichosa, mimada por sus padres, que le han trastocado la razón con las ideas religiosas que acabo de formular.

Minna dejó escapar una mueca, que expresaba discretamente su desaprobación.

-¡Pobre muchacha! -exclamó el pastor, prosiguiendo su relato. Sus padres le han legado la funesta exaltación que extravían a los místicos y provoca en ellos una locura más o menos aguda. Se somete a dietas que descorazonan al pobre David. Este pobre viejo parece una planta raquítica, que el menor soplo de viento puede torcer, y que revive cuando le toca el más leve rayo de sol. Su ama, cuyo incomprendible lenguaje se le apegó a él, es su viento y su sol; los pies de ella son para él como diamantes y su frente la vesembrada de estrellas; ella anda rodeada de una luminosa y blanca atmósfera; su voz va siempre acompañada de música: tiene el don de volverse invisible. Si queréis verla se os res-

ponderá que está de viaje por las tierras australes. Es difícil creer en tales fábulas. Ya sabéis que cualquier milagro se parece, más o menos, a la leyenda del diente de oro. El caso es que en Jarvis tenemos un diente de oro. El pescador Duncker afirma haberla visto, ya sea zambulléndose en el fiordo, del que salía en forma de un eider, o caminando sobre las olas, durante la tempestad. Fergus, que lleva los rebaños hasta los soeler, dijo haber visto, en tiempo lluvioso, el cielo siempre claro encima del castillo sueco, y siempre azul encima de la cabeza de Serafita, cuando ella salía. Varias mujeres aseguraron haber oído los sonidos de un órgano inmenso cuando Serafita entraba en el templo y preguntaban a las que estaban al lado de ellas si acaso no lo oían también. Pero mi hija, a la que Serafita ha tomado cariño desde hace dos años, no ha oído música ninguna y no ha sentido los perfumes del cielo que, según dicen, embalsaman el aire cuando ella se pasea. Minna ha vuelto a menudo del paseo hablándome de su cándida admiración de muchacha por las bellezas de la primavera; venía ebria de los aromas que se desprenden de los primeros retoños de los alerces, de los pinos o de las flores, que en su compañía había descubierto; claro que, tras un largo

invierno, estas expansiones son muy naturales. ¿La compañía de este demonio no tiene nada de extraordinaria, verdad, mi niña?

-Sus secretos no son los míos -respondió Minna. Cerca de él lo sé todo; lejos de él ya no sé nada; cerca de él yo ya no soy yo; lejos de él olvido totalmente las delicias de la vida. Verlo es como un sueño cuyo recuerdo puedo conservar a mi antojo. Así he podido oír, sin volverme a acordar de ello cuando estoy lejos de él, esa música de que hablan la mujer de Bancker y la de Erikson; cerca de él he podido oler los perfumes celestes, y contemplar maravillas, que ahora, aquí, sería incapaz de recordar.

-Lo que más me ha sorprendido desde que la conozco, fue ver que os podía soportar a su lado -dijo el pastor, dirigiéndose a Wilfrido.

-¡Cerca de ella! -exclamó el extranjero-. Pero, si no me ha dejado que le besara la mano ni una sola vez, ni siquiera que se la tocara. Cuando me vio por vez primera, su mirada me intimidó, al decirme: "Sed bien venido aquí, pues teníais que venir." Parecía como si me conociera. Me puse a temblar. El terror hace que crea en ella.

-Y yo el amor -dijo Minna, sin inmutarse.

-¿No se mofa usted de mí? -dijo el señor Becker, riendo bonachonamente:- tú, hija mía, pretendiendo ser un espíritu de amor y usted, señor, presentándose como un espíritu de sabiduría.

Bebió un vaso de cerveza y no se dio cuenta de la singular mirada que Wilfrido le echó a Minna.

-Bromas aparte -prosiguió el pastor-, confieso que a mí me ha sorprendido saber que hoy, por primera vez, estas dos locas han escalado las cimas del Falberg; ¿no será más bien que han subido a cualquier colina? Porque, en esta época es imposible subir hasta la cima del Falberg.

-Padre -dijo Minna, con voz emocionada-, debe haber estado bajo el poder del demonio, sin duda, porque os aseguro que he escalado el Falberg con él.

-Esto se pone serio -dijo el señor Becker-, porque Minna no miente nunca.

-Señor Becker -volvió a decir Wilfrido- le aseguro que Serafita ejerce sobre mí unos poderes tan extraordinarios, que soy incapaz de definirlos. Me ha revelado cosas que tan sólo yo puedo conocer.

-¡Puro sonambulismo! -exclamó el viejo-.

Esto lo ha explicado muy bien, en sus informes, Jean Wier, como fenómenos muy inteligibles, que en el pasado fueron observados en Egipto.

-Présteme las obras teosóficas de Swedenborg -dijo Wilfrido-, pues quiero sumergirme en esos abismos de luz, de la que estoy tan sediento.

El señor Becker dio un volumen a Wilfrido, y éste se puso a leerlo en seguida. Eran aproximadamente las nueve de la noche. La sirvienta se dispuso a servir la cena. Minna hizo el té. Cuando terminaron de cenar, siguió reinando un gran silencio: el pastor leía el Tratado de los encantamientos, Wilfrido estaba tratando de captar el espíritu de Swedenborg, mientras la muchacha cosía, al tiempo que sumida en sus recuerdos. Fue una auténtica velada de Noruega, una velada apacible, estudiosa, repleta de pensamientos, de las flores bajo la nieve. Devorando las páginas del profeta, Wilfrido había cesado de vivir exteriormente, no vivía más que con sus sentidos interiores. A veces, el pastor, medio en serio y medio en broma, lo mostraba a Minna, y ésta se sonreía con algo de tristeza. A ella, Seraphitus se le mostraba alegre, por encima de aquella nube de humo que los cubría a los tres. Dieron las doce. Y la puerta exterior se abrió violentamente. Se oyeron

pasos pesados y precipitados, eran los pasos de un viejo atemorizado, que resonaban en la especie de antesala que se encontraba entre las dos puertas. De pronto, el viejo David apareció en el salón.

-¡Violencia! ¡Violencia! -gritó-. ¡Vengan! ¡Vengan todos! ¡Los satánicos se desmandan! ¡Llevan mitras de fuego! ¡Son los Adonis, los Vertumnos, las sirenas! ¡Lo están tentando, como lo fue Jesús en la montaña! ¡Venid a echarlos!

-¿Reconocéis el lenguaje de Swedenborg? -preguntó, riendo, el pastor-. Pues aquí lo tenéis con toda su pureza.

Pero, Wilfrido y Minna miraban al viejo David aterrorizados. Con sus cabellos canos enmarañados, sus ojos extraviados y sus piernas temblorosas y salpicadas de nieve, ya que había venido sin patines. Se agitaba sin cesar, como si un viento interior tumultuoso lo atormentara.

-¿Qué ha ocurrido? -le preguntó Minna.

-Que los satánicos esperan y quieren reconquistarlo.

Estas palabras alarmaron a Wilfrido.

-Ya lleva cinco horas de pie, con los ojos clavados en el cielo y los brazos extendidos; ella sufre y clama a Dios. Yo no puedo cruzar la raya, pues el

infierno ha colocado a los Vertumnos de centinelas. Han levantado murallas de hierro entre ella y el viejo David. Si ella me necesita, ¿cómo la ayudaré yo? ¡Socorredme, venid a rezar!

La desesperación del pobre viejo era espantosa.

-¡La claridad de Dios la protege! Pero, ¿y si ella cede a la violencia? -añadió David, con seductora sinceridad.

-¡Silencio, David, no diga más extravagancias! Esto es algo que tenemos que verificar. Vamos a acompañarle -dijo el pastor-, y verá usted que en su casa no hay ni Vertumnos, ni satánicos, ni sirenas.

-Su padre está ciego -musitó David a Minna.

Wilfrido, a quien la lectura del primer tratado de Swedenborg había causado un violento impacto, había salido ya al pasillo y se estaba poniendo los patines. Minna se preparó rápidamente. Ambos, dejando rezagados a los dos viejos, se dirigieron hacia el castillo sin perder un instante.

-¿Oye usted este crujido? -le preguntó Wilfrido.

-El hielo del fiordo se mueve -respondió Minna, pero es porque se acerca la primavera.

Wilfrido se quedó silencioso. Y cuando estuvieron los dos en el patio del castillo, no se sintieron con fuerzas, ni con voluntad, para entrar en la casa.

-¿Qué piensa usted de ella? -dijo Wilfrido.

-¡Qué claridad! -gritó Minna, colocándose ante la ventana del salón. ¡Ahí está! ¡Dios mío, qué guapo que es! ¡Oh, Seraphitus mío, llévame contigo!

La exclamación de la muchacha quedó encerrada en su pecho. Veía a Seraphitus de pie, levemente envuelto de una neblina de color ópalo, que se desprendía de aquel cuerpo casi fosforescente.

-¡Qué guapa es! -exclamó mentalmente Wilfrido.

En aquel momento llegaba el señor Becker, seguido de David; viendo a su hija y al extranjero frente a la ventana, se acercó a ellos y dijo:

-Lo veis, David está rezando.

-Señor, tratad de entrar -replicó David.

-¿Para qué vamos a molestar a los que rezan? -respondió el pastor.

Entonces, una rayo de luna que iluminaba el Falberg, brotó sobre la ventana. Todos quedaron estremecidos por aquel hecho sobrenatural, y cuando recobraron su aplomo vieron que Serafita había desaparecido.

-¡Qué extraño es esto! -dijo Wilfrido, sorprendido.

-Pues yo todavía oigo unos sonidos deliciosos -dijo Minna.

-¿Bueno, qué? -exclamó el pastor-. Ha ido a acostarse, seguramente.

David se metió en la casa y ellos tres regresaron a la suya, sin comprender muy bien aquello y con una impresión distinta: el señor Becker dudaba, Minna estaba encantada y a Wilfrido le acuciaba el deseo.

Wilfrido era un hombre de treinta y seis años. Y aunque estaba muy desarrollado, su cuerpo era armonioso. Su estatura era mediana; su pecho y sus hombros eran anchos y tenía un cuello más bien corto, como el de los hombres cuyo corazón se acerca ala cabeza; sus cabellos eran negros, finos y espesos; sus ojos, de un amarillo oscuro, desprendían un resplandor solar, que parecía anunciar lo ávida que estaba aquella naturaleza de luz. Si su rostro denunciaba virilidad y trastornos era porque no gozaba de aquella tranquilidad interior que otorga una vida interior sin tempestades, pero, sin embargo, daban fe de recursos inagotables: de sentidos fogosos y de apetitosos instintos; sus movimientos indicaban un equilibrio físico perfecto, la flexibilidad de los sentidos y la exactitud de sus acciones. Este hombre podía luchar contra un salvaje y, como éste, adivinar la presencia del enemigo en la lejanía

del bosque, y oler el perfume del camino y leer en el horizonte el mensaje de un amigo. Su sueño era ligero, como el de aquellas criaturas que no quieren dejarse sorprender. Su cuerpo se armonizaba rápidamente con el clima de los países a los que le conducía su tempestuosa existencia. El arte y la ciencia hubieran encontrado en él motivos de admiración, por ser un modelo humano poco corriente; en él todo era equilibrio: la acción y el corazón, la inteligencia y la voluntad. A primera vista, parecía que era un tipo esencialmente instintivo, de los que se entregan ciegamente a las necesidades materiales; pero, muy tempranamente, había irrumpido en el mundo social guiado por sentimientos nobles: el estudio había desarrollado su inteligencia, la meditación había aguzado su pensamiento y las ciencias habían ampliado sus conocimientos y su entendimiento. Había estudiado las leyes humanas, el juego de los intereses enfrentados por las pasiones, y parecía haberse familiarizado muy pronto con las abstracciones que regulan la vida de las sociedades. Había palidecido leyendo el libro de la vida compuesto con las vanas acciones humanas y había trasnochado en todas las capitales europeas en fiesta, y se había despertado en más de una cama extra-

ña. Posiblemente había dormido también en el campo de batalla, durante la noche que precede el combate y durante la que sigue a la victoria; quizá su tempestuosa juventud lo había arrojado sobre el combés de un corsario, a través de los países más exóticos del globo; así pudo conocer las acciones humanas llenas de vida. Sabía del pasado y del presente; la historia doble: la de ayer y la de hoy. Muchos hombres han sido, como Wilfrido, fuertes por la mano, el corazón y la cabeza; como él, la mayoría han abusado de su triple poder. Y, si era cierto que este hombre aún estaba ligado, por su envoltura, a la parte limosa de la humanidad, no era menos cierto que pertenecía igualmente a la esfera donde la fuerza es inteligencia. Y, pese a los velos que envolvían su alma, de él se desprendían los indiscifrables síntomas, que sólo perciben los ojos puros de aquellos niños cuya inocencia aún no ha manchado el soplo de maldad, o los del viejo que ha recobrado la suya; aquellos síntomas eran los de un Caín que aún tenía alguna esperanza, en busca de alguna absolución, aunque para ello tuviera que ir hasta el fin del mundo. Minna sospechaba que el forzado era el responsable de la gloria de aquel hombre y Serafita debía conocerlo; las dos lo admiraban y lo compa-

decían. ¿De dónde le venía aquella presciencia? Nada era tan sencillo ni tan extraordinario a la vez. En cuanto el hombre puede penetrar en los secretos de la naturaleza, donde no existen los secretos, donde todo está abierto a la mirada, se da cuenta que las cosas maravillosas tienen la sencillez y la simplicidad por origen.

-Seraphitus -dijo una noche Minna, algunos días más tarde de la llegada de Wilfrido a Jarvis-, usted lee en el alma de este extranjero, mientras yo no recibo más que vagas impresiones. Me hiela o me calienta; pero usted parece conocer las causas de este frío o de este calor; usted puede decírmelo, ya que usted sabe todo lo que le afecta a él.

-Sí, he visto cuales son las causas -respondió Seraphitus, disimulando sus ojos bajo sus anchos párpados.

-¿Cuál es ese poder? -preguntó la curiosa Minna.

-Tengo el don de la especialidad -añadió él-. La especialidad constituye una especie de visión interior que lo penetra todo y cuyo alcance no puedes comprender más que mediante una comparación. En las grandes ciudades de Europa se crean obras, en las que la mano de obra del hombre trata de representar los efectos de las dos naturalezas: la moral

y la física, y entre ellos hay hombres sublimes que expresan esas ideas con el mármol. El escultor, al modelarlo, introduce en el mármol un mundo de pensamientos. Hay mármoles que el hombre ha dotado de la facultad de representar todas las cosas sublimes de este mundo o todo el lado malo de la humanidad; la mayoría de los hombres sólo ven un rostro humano y nada más; algunos otros, colocados un poco más altos en la escala humana, perciben una parte de los pensamientos traducidos por el escultor y admiran, sobre todo, las formas; pero, los iniciados en los secretos del arte se compenetran todos con el artista: viendo su mármol descubren en él el inmenso mundo de sus pensamientos. Estos son los príncipes del arte y son como un espejo en el que se refleja la naturaleza, hasta en sus más pequeños detalles. Pues bien, en mí existe ese espejo, en el que se reflejan la naturaleza moral con sus causas y sus efectos. Adivino el porvenir y el pasado y me introduzco así en las conciencias. ¿Cómo?, me seguirás preguntando. Haz que el mármol sea el cuerpo del hombre, haz que el escultor sea el sentimiento, la pasión, el vicio o el crimen, la virtud, la falta o el arrepentimiento; entonces comprenderás cómo he leído en el alma del extranjero, sin expli-

carte, por ello, la especialidad, ya que para concebir ese don, es necesario poseerlo.

Si Wilfrido encarnaba las dos primeras porciones de la Humanidad, tan diferentes entre sí, la de los hombres de fuerza y la de los hombres de pensamiento, sus excesos, su atormentada vida y sus faltas lo habían conducido a menudo hacia la fe, pues la duda tiene dos vertientes: la de la luz y la de las tinieblas. Wilfrido había apurado los recursos de ambos mundos, el de la materia y el del espíritu, para no estar sediento, ahora, de lo desconocido, del deseo de ir más allá, adonde los hombres que saben, pueden y quieren, quedan sobrecogidos. Pero, ni su ciencia ni sus acciones ni su voluntad tenían rumbo fijo. Había huido de la vida social por necesidad, como el gran culpable busca refugio en un claustro. El remordimiento, esta virtud de los débiles, no le alcanzaba. El remordimiento es una importancia y lo más fácil es que vuelva a delinquir. El arrepentimiento sólo es una fuerza, con él se pone punto final a todo. Mas, recorriendo el mundo que él había transformado en un claustro, Wilfrido no encontró en parte alguna un bálsamo para sus heridas; en ningún sitio había encontrado una naturaleza a la que dedicarse. La desesperanza había se-

cado sus fuentes del deseo. Era uno de esos espíritus que habiendo luchado con las pasiones y habiéndolas vencido, se encuentran, de pronto, sin nada a qué agarrarse; de los que, sin poder acaudillar a sus iguales, para poder aplastar con el casco de sus monturas pueblos enteros, querrían comprar al precio que fuera, aunque fuera a costa de un horrible martirio, la facultad de hundirse creyendo en algo. Como esas rocas sublimes que esperan ser tocadas por una varita mágica inaccesible y ver surgir de sus entrañas lejanos manantiales. Arrojado por su inquieta existencia por los caminos de Noruega, el invierno lo había sorprendido en Jarvis. El día que vio, por primera vez, a Serafita, este encuentro le hizo olvidar todo su pasado. La muchacha provocó en él sensaciones increíbles, que ya creía muertas para siempre. Pero, de las cenizas todavía surgió una tenue llamita, alentada por el ligero soplo de su voz. ¿Quién ha sentido alguna vez volver la juventud, después de haberse revolcado en la impureza y haberse enfriado en la vejez? De pronto, Wilfrido amó como no había amado nunca; amó secretamente, con fe, aterrorizado, con íntimas locuras. Su vida se agitaba en las fuentes de la misma vida, con sólo notar la presencia de Serafita. Oyéndola, se sentía

transportado a mundos desconocidos; ante ella se quedaba mudo, fascinado. Allí, bajo la nieve, entre los hielos, la flor celeste de sus deseos había crecido, lozana, y su presencia despertaba en él ideas frescas, y las esperanzas, y sentimientos que se agolpan en nosotros, para elevarnos a regiones superiores, como los ángeles elevan al cielo a los elegidos y cuya visión figura en los cuadros simbólicos encargados a los pintores por algún genio de la familia. Un perfume celeste ablandaba el granito de la roca, una luz que hablaba derramaba sobre él dulces melodías, que acompañaban al viajero terrestre en su viaje hacia el cielo. Es después de haber apurado la copa terrestre cuando sus dientes la trituraron, y entonces vio el vaso de los elegidos, en el que brillaban las ondas límpidas, que da una inmarcesible sed de delicias, al que llega a posar sus labios tan ardientes de fe que no hagan estallar su cristal. Aquel muro de bronce, que tanto había buscado en la tierra, lo tenía ahora frente a él. Entró impetuosamente en casa de Serafita, dispuesto a expresarle toda su pasión, bajo la cual brincaba como el caballo de la fábula bajo el jinete de bronce, al que nada conmueve, y al que los esfuerzos del fogoso corcel imprimen dureza y pesadez. Llegaba para explicar su vida, para pintar la

grandeza de su alma a través de la grandeza de sus faltas, y para enseñar las ruinas de sus desiertos; pero, apenas franqueó el recinto, y se encontró en la zona iluminada por el relampagueante azul de aquellos ojos, que no dejaban nada en la oscuridad, se volvía tranquilo y sumiso, como el león que, corriendo tras su presa por una llanura de África, recibe, de pronto, un mensaje de amor, traído por las alas del viento, y se detiene en su carrera. Abrió un abismo en el que iban cayendo las palabras de su delirio; y del que salía una voz que lo transformaba: ahora era como un niño de dieciséis años, tímido y miedoso frente a la muchacha que se mostraba serena, frente a aquella forma blanca, cuya calma, inalterable, parecía la cruel impassibilidad de la justicia humana. Y el forcejeo no cesó en toda aquella noche, en la que ella lo había doblegado, como el gavián, tras haber hecho mil piruetas en torno a su víctima, antes de llevársela a sus dominios, de una mirada. Está en nosotros el acometer largas luchas, cuyo remate está en una de nuestras acciones, que es como un envés para la humanidad. Este envés es de Dios y el derecho es de los hombres. Más de una vez, Serafita se complacía en demostrar a Wilfrido que ella conocía muy bien dicho envés, tan variado,

con el que se componía una segunda vida a los hombres. A menudo, con su voz de tórtola, Serafita le había dicho: "¿Por qué este enfado?", cuando Wilfrido se prometía raptarla, para, al fin, realizar algo por cuenta propia. Wilfrido era el único que podía lanzar el grito de protesta que había lanzado en casa del señor Becker, y que sólo el relato del viejo había logrado apaciguar. Este hombre tan bromista, tan faltón, veía, al fin, alborear la claridad de una creencia sideral, que taladraba su noche; se preguntaba si Serafita no sería una exiliada de las esferas superiores que regresaba a la patria. Las deificaciones, de las que tanto abusan los amantes de todos los países, él se guardaba bien de aplicarlas a aquel lis de Noruega. Creía en ella. Pero, ¿por qué se quedaba en el fiordo? ¿Qué hacía ella allí? Para él, Serafita era de aquella materia marmórea, inmóvil, pero ligera como una sombra, que Minna había visto acostarse al borde del abismo: Serafita adoptaba siempre aquella postura cuando se encontraba ante un abismo, inmutables, como si estuviera en parajes inalcanzables. Era, pues, un amor sin esperanza, pero no sin interés. En cuando Wilfrido sospechó la naturaleza etérea del hada que le había comunicado el secreto de la vida, a través de armo-

niosos sueños, trató de someterla, de quedarse con ella, raptársela al cielo, donde quizá la esperaban. La humanidad, la tierra recuperaban su presa y él iba a representarlas.

Su orgullo, único sentimiento que pueda exaltar al hombre largo tiempo, le haría feliz para el resto de sus días. Su sangre hervía en las venas y su corazón se hinchaba. Si no triunfaba, la destrozaría. ¡Es tan natural el destrozar lo que no se puede poseer, de negar lo que no se comprende y de insultar aquello que se envidia!

Al día siguiente, Wilfrido, preocupado por el cúmulo de ideas, que nacían del extraordinario espectáculo observado la víspera, quiso interrogar a David, pretextando que iba a preguntar por Serafita. Pese a que el señor Becker creía que aquel hombre había retrocedido hasta su infancia, el extranjero fió a su perspicacia el descubrimiento de las parcelas de verdad que, en el torrente de sus divagaciones, libraría el viejo sirviente.

David poseía la inmovilidad y la indecisa fisonomía de un octogenario: debajo de su blanca cabellera aparecía una frente ruinosamente arrugada. Su rostro estaba burilado como el lecho de un torrente seco. Su vida parecía haberse refugiado enteramente

en los ojos, donde todavía brillaba un rayo de luz; pero, esta luz parecía cubierta de nubes, y reflejaba un extravío activo, a la vez que la estúpida fijeza de la embriaguez. Sus movimientos, pesados y lentos, anunciaban los hielos de la edad y contagiaban a los que se paraban a mirarlo, pues su torpor irradiaba también fuertemente. Su limitada inteligencia no se despertaba más que cuando oía la voz de su ama, o cuando la veía o simplemente la recordaba. Ella era el alma de aquel fragmento materializado. Viendo a David sólo hubierais creído encontraros ante un cadáver: Serafita ¿hacía acto de presencia?, ¿o hablaba?, ¿o alguien se refería a ella?, entonces el muerto salía de su tumba y recuperaba el movimiento y la palabra. En ningún caso, ni cuando el soplo divino reanimó los huesos secos en el Valle de Josafat, la imagen apocalíptica había estado mejor representada que por aquel Lázaro que salía repetidamente de su sepulcro a la llamada de la muchacha. Su lenguaje, figurado casi siempre, y a menudo incomprensible, impedía el contacto con los habitantes; pero respetaban en él un espíritu y profundamente desviado de su ruta ordinaria, y que el pueblo admira instintivamente.

Wilfrido lo encontró en la primera sala, aparentemente dormido al lado de la estufa. Como el perro que reconoce a los amigos de la casa, el viejo abrió los ojos, vio al extranjero pero no se movió.

-¿Dónde está ella? - preguntó Wilfrido al viejo, sentándose al lado suyo.

David agitó sus manos por el aire, como si quisiera imitar el vuelo de un pájaro.

-¿Ya no sufre? - volvió a preguntar Wilfrido.

-Sólo las criaturas destinadas al cielo saben sufrir sin que el sufrimiento disminuya su amor. Esto es la prueba de la verdadera fe - respondió gravemente el viejo.

-¿Quién os ha inspirado tales palabras?

-El Espíritu.

-¿Qué le ocurrió, pues, ayer por la noche? ¿Vio, al fin, los Vertumnos montando la guardia y forzó su cerco? ¿Habéis cruzado entre los Mammons?

-Sí - respondió David, como despertando de un sueño.

El confuso brillo de su mirada se fundió con la luz salida del alma, el cual lo transformó gradualmente, dándole el esplendor de una águila y la inteligencia de un poeta.

-¿Qué habéis visto? - le preguntó Wilfrido, asombrado de aquel súbito cambio.

-¡He visto las Especies y las Formas y he oído el Espíritu de las cosas; he visto la revuelta de los Malos y he escuchado la palabra de los Buenos! Han venido siete demonios y han bajado siete arcángeles. Los arcángeles estaban lejos y nos miraban con el rostro velado. Los demonios estaban cerca y brillaban y actuaban. Mammon vino en su concha de nácar y bajo la forma de una bella mujer desnuda; la nieve de su cuerpo lo deslumbraba todo, nunca las formas humanas tendrán tanta perfección, y nos dijo: "¡Soy el Placer y tú me poseerás!" Lucifer, el príncipe de las serpientes, vino con su atuendo de soberano, el hombre, en él, era de una belleza angelical, y dijo: "¡La humanidad te servirá!" La reina de los avaros, la que no devuelve nada de lo que le dejaron, la Mar, vino envuelta en su verde manto; abrió su seno y nos enseñó su estuche de piedras preciosas, vomitó sus tesoros y nos los ofreció; ella trajo las olas de zafiros y de esmeraldas; sus creaciones han abandonado sus mansiones y han hablado; la más bella de las perlas desplegó sus alas de mariposa, derramando sobre nosotros toda suerte de músicas marinas y ha dicho: "Las dos somos hi-

jas del sufrimiento, porque somos hermanas; ¡espérame, que nos marcharemos juntos tan pronto me vuelva mujer!" Un pájaro con alas de águila y patas de león, una cabeza de mujer y la grupa de un caballo, se tendió a sus pies, lamiéndoselos y prometiendo setecientos años de abundancia a su querida hija. El más temible, el Niño, colocándose en las rodillas del Animal, se puso a llorar y le dijo: "A mí, que soy débil y que sufro, ¿serías capaz de abandonarme? ¡No te vayas, madre!" En realidad aquello era un juego para él, difundiendo la pereza en derredor suyo, y el cielo se hubiera dejado influir por sus quejas. La Virgen del canto puro hizo oír los conciertos que dilatan el alma. Los reyes de Oriente vinieron con sus esclavos, sus armas y sus mujeres; los Heridos le pidieron auxilio y los Desgraciados le tendieron la mano: "¡No nos dejéis! ¡No nos dejéis!" Incluso yo grité: "¡No os marchéis! ¡Os adoramos! ¡Quedaros!" Las flores salieron de su semilla y rodeándolo con su perfume le decían: "¡Quedaros!" El gigante Enakim salió de Júpiter, llevándose el Oro y sus amigos, y los Espíritus de las tierras astrales, que se habían agregado a él, y todos dijeron: "Seremos tuyos durante setecientos años". En fin, la Muerte bajó de su pálido caballo y dijo: "¡Yo te obedeceré!"

Todos se postraron a sus pies y había que verlos, llenando la inmensa llanura, gritándole: "Nosotros te hemos criado. Eres nuestro hijo. No nos abandones". La Vida salió de sus rojas rosas y dijo: "No te dejaré". Luego, al ver a Serafita tan silenciosa, la Vida, brillando como un sol, gritó: "¡Yo soy la Luz!" "¡La Luz está aquí!", gritó, a su vez, Serafita, señalando las nubes donde estaban los arcángeles; pero, la muchacha estaba cansada, pues el Deseo le había destrozado los nervios y ya no podía gritar más que: "¡Dios mío!" ¡Cuántos espíritus angélicos, tras haber atravesado las montañas y estando a punto de llegar a la cima, han tropezado en una vulgar piedrecita que los ha hecho caer de nuevo en el abismo! Estos espíritus decaídos admiraban su constancia; estaban todos allí, formando un coro inmóvil, llorando y diciéndole: "¡Ánimo!" En fin, ella consiguió vencer al Deseo, que se había arrojado sobre ella bajo todas las formas y en todas las especies. Ella se quedó rezando y cuando levantó los ojos al cielo, vio los pies de los ángeles, revoloteando por los cielos.

-¿Ha visto los pies de los ángeles? - insistió Wilfrido.

-Sí - respondió el viejo.

-¿Era un sueño, acaso, esto que os contó? - preguntó Wilfrido.

-Un sueño tan serio como el de vuestra propia vida - replicó David -. Yo estaba allí.

La calma del viejo sirviente sorprendió a Wilfrido, que se marchó preguntándose si aquellas visiones eran menos extraordinarias que las que relataba el propio Swedenborg y que había leído la víspera.

-Si los espíritus existen, deben actuar - se decía para sí, al entrar en el presbiterio donde se encontraba el señor Becker solo -. Querido pastor - dijo Wilfrido -, Serafita no está con nosotros más que externamente y su forma es impenetrable. No me trate de loco ni de enamorado, pues una convicción no se discute. Convierta mis creencias en suposiciones científicas y tratemos de ver más claro. Mañana podemos ir los dos a su casa.

-¡Está bien! - dijo el señor Becker.

-Si su ojo ignora el espacio - prosiguió Wilfrido -, y si su pensamiento es una visión inteligente que le permite descubrir la esencia de las cosas y trenzarlas con la evolución general de los mundos; si, en una palabra, ella lo sabe y lo ve todo, sentemos la pitonisa sobre su pedestal y forcemos esta águila imperial a desplegar sus alas, ¡aunque para ello ten-

gamos que amenazarla! ¡Ayúdeme!, pues tengo en mí un fuego que me devora, y que quiero apagar o dejarme consumir por él. En fin, he descubierto una presa y la quiero.

-Sería una conquista bastante difícil - dijo el pastor -, pues esta pobre muchacha... es...

-¿Es...? - preguntó Wilfrido.

-Está loca - precisó el ministro del Señor. -No niego su locura, pero usted no me niegue su superioridad. Sepa, querido señor Becker, que me ha sorprendido a menudo con su erudición. ¿Ha viajado esa muchacha?

-De su casa al fiordo.

-¿Cómo? ¿No ha salido de aquí - exclamó Wilfrido -. Entonces, debe haber leído mucho. -¡Nada, ni una sola letra! Yo soy el único en Jarvis que tengo libros. Las obras de Swedenborg, las únicas que hubo en la aldea, helas aquí.

Ni una sola tomó ella en sus manos.

-¿Trató usted de charlar con ella alguna vez?

-¿Para qué?

-¿No ha vivido nadie con ella?

-No. No tiene otros amigos que Minna y usted, ni otro sirviente que David.

-Entonces, ¿nunca oyó hablar de artes y de ciencias?

-¿Quién le hubiera hablado de ello?

-Entonces, cuando habla pertinentemente de estas cosas, como yo la he oído tantas veces, ¿qué hay que pensar de esto?

-Que esa muchacha ha adquirido, durante estos años de silencio, las facultades de que gozaba Apolonio de Tyane y otros pretendidos magos que la Inquisición quemó, al negarse ésta a admitir la posibilidad de una segunda visión.

-¿Qué hacemos, pues? - preguntó Wilfrido -. Ella conoce ahora cosas de mi vida, cuyo secreto guardaba yo celosamente.

Ya veremos si ha comunicado pensamientos míos, que yo no he confiado nunca a nadie. - dijo el señor Becker.

Minna entró en aquel instante.

-¿Qué tal, hija? ¿Qué es de tu demonio?

-Sufre, padre - respondió ella, al tiempo que saludaba a Wilfrido -. Las pasiones humanas, envueltas en falsas riquezas, lo han acuciado durante toda la noche, organizándole actos de una pomposidad inaudita. Pero, a usted estas cosas se le antojan cuentos, ya lo sé.

-Pero son cuentos bonitos para quien los lee en su cerebro, tan hermosos como puedan ser los de las Mil y Una Noches para la gente vulgar - replicó el pastor, sonriendo.

-Entonces - prosiguió ella -, ¿acaso no es cierto que Satanás llevó al Salvador hasta el templo, mostrándole las naciones a sus pies?

-Los evangelistas -respondió el pastor- han corregido las copias bastante mal, puesto que existen varias versiones.

-¿Usted cree en la realidad de estas visiones? - preguntó Wilfrido a Minna.

-¿Quién puede dudar de ello, cuando él lo cuenta?

-Él? -preguntó Wilfrido-. ¿Quién es él?

-Ese que está ahí -respondió Minna, señalando el castillo.

-¿Habla usted de Serafita? -volvió a preguntar Wilfrido-. Parece que se complazca usted turbándose. ¿Quién es? ¿Qué piensa usted de ella?

La muchacha bajó los ojos, tras echarle una mirada teñida de cierta malicia infantil.

-Lo que yo presiento -confesó la muchacha, sonrojándose.- es algo inexplicable.

-¡Estáis locos! -gritó el pastor.

-¡Hasta mañana! -dijo Wilfrido.

IV

LOS NUBARRONES DEL SANTUARIO

Existen espectáculos en cuya creación cooperan todas las fuerzas magnificentes del hombre. Naciones de esclavos han buscado en las arenas de los mares, en las entrañas de las rocas, hasta dar con las perlas y los diamantes con que se adornan los espectadores. Transmitidas de herencia en herencia, tales joyas han brillado con todo su esplendor en las frentes coronadas, y si ellas tomaran la palabra nos contarían, sin duda, la más auténtica de las historias humanas. ¿Acaso no conocen ellas el dolor y la alegría de los más grandes y de los más pequeños? Ellas han sido llevadas por todos lados: con orgullo en las fiestas, con desesperación cuando las depusi-

taban en manos de un usurero, en medio de la sangre y del escándalo, cuando no en los saqueos, o incrustadas en las obras de arte, creadas para salvaguardarlas. Con excepción de la perla de Cleopatra, ninguna de ellas se ha perdido. Los grandes, los satisfechos, se han reunido, aquí o allí, para ver coronar a un rey con aderezos creados por la mano del hombre, y cuya púrpura, aunque gloriosa, es menos perfecta que una simple flor silvestre. Estas espléndidas fiestas llenas de luz, preñadas de música, en las que la palabra del hombre gusta de sobresalir, un pensamiento, un sentimiento es capaz de aplastar todas las vanidades. El espíritu puede reunir alrededor del hombre y dentro del hombre las luces mejores, hacerle oír las más armoniosas melodías, y extender sobre las nubes brillantes constelaciones que el hombre interroga: ¡el corazón todo lo puede! El hombre puede encontrarse cara a cara con una sola criatura y en una palabra, con una sola mirada, un peso tan grande, de un resplandor tan luminoso, de un sonido tan penetrante, que sucumba y le obligue a hincar la rodilla. Las magnificencias, aun las más tangibles, no son objetos, están en nosotros mismos. ¿Acaso un secreto de la ciencia no es para el sabio un mundo entero de maravillas? Las trom-

petas de la fuerza, las relucientes riquezas, la música de la alegría, un inmenso coro de hombres, ¿lo acompañan durante la fiesta? No, él se cobija en cualquier rincón oscuro, en el que, a menudo, un hombre pálido y que sufre le dice una sola palabra al oído. Esta palabra, como una antorcha arrojada en un abismo, ilumina las ciencias. Todas las ideas humanas, ataviadas con las más atractivas formas que haya inventado el misterio, rodeaban al ciego que estaba sentado, al borde del camino, sobre el barro. Los tres mundos: el natural, el espiritual y el divino, con todas sus esferas, se descubrían ante los ojos del proscrito florentino: iba andando rodeado de gente feliz y de gente desgraciada, de unos que rezaban y de otros que gritaban, de ángeles y de endemoniados. Cuando el enviado de Dios, que todo lo sabía y todo lo podía, apareció ante tres de sus discípulos, lo hizo, una tarde, en la mesa común de la más pobre de las posadas; entonces, la luz estalló, resquebrajó las formas materiales e iluminó las facultades espirituales; y lo vieron en toda su gloria, y la tierra huía bajo sus pies, como una sandalia que se desprende.

El señor Becker, Wilfrido y Minna estaban descompuestos tan sólo de pensar que se estaban acer-

cando a la casa del ser extraordinario, al que se habían propuesto interrogar. Para todos ellos el castillo sueco se presentaba a sus ojos como un espectáculo gigantesco, parecido a aquellos cuya masa y colorido son tan sabiamente, tan armoniosamente, dispuestos por los poetas, y cuyos personajes, imaginarios en la mente de los hombres, son reales para quienes comienzan a deambular por el mundo espiritual. En las gradas de semejante coliseo, el señor Becker aposentaba las grises legiones de la duda, sus mezquinerías y sus negras ideas; allí convocaba los distintos mundos filosóficos y religiosos que se enfrentan y se combaten, aquellos que se nos aparecen como el Tiempo configurado por el hombre, como el anciano que en una mano esgrime la hoz y en la otra arbora un universo más bien flaco: el universo humano.

Wilfrido, por su parte, reunía allí sus primeras ilusiones y sus últimas esperanzas; depositaba allí el destino humano y sus luchas, la religión y sus triunfantes dominaciones. Minna apercibía, por un fugaz resquicio, el cielo; un amor que levantaba una cortina bordada de misteriosas imágenes y los sonidos armoniosos que despertaban, aún más, su curiosidad. Para ellos aquella noche era algo así como la

cena de los tres peregrinos de Emmaus, lo que fue una visión de Dante o una inspiración para Homero; para ellos, las tres formas reveladas del mundo, los desgarrados velos, la incertidumbre disipada y las tinieblas inundadas de luz. La humanidad, en todos sus recovecos y esperando la luz, no podía estar mejor representada que por aquella muchacha, por aquel hombre y por aquellos dos viejos, uno de los cuales era lo suficientemente inteligente para dudar, mientras que el otro era lo bastante ignorante para creer. Raramente un trance fue más simple en apariencia y tan real en toda su extensión.

Cuando entraron en la casa, siguiendo los pasos del viejo David, encontraron a Serafita de pie, al lado de la mesa, en la cual se veía todo lo que es necesario para tomar el té, que es la bebida que sustituye, en el Norte, las alegrías del vino, reservado a los países meridionales. Nada en ella la predisponía a ser vista como un ser con doble apariencia, y nada delataba, por lo tanto, los distintos poderes de que disponía. En seguida se consagró a las atenciones corrientes que un ama de casa tiene con sus huéspedes, ordenando a David que pusiera leña en la estufa.

-Buenos días, vecinos - dijo ella-. Mi querido señor Becker, ha hecho muy bien usted en venir; me ven viva quizá por última vez. Este invierno me ha matado. -Y dirigiéndose a Wilfrido, le dijo-: Siéntese, señor, por favor. Y tú, Minna, ponte aquí -le dijo, señalándole un sillón, al lado del muchacho-. ¿Has traído trabajo para bordar? ¿Has dado con el punto? El dibujo éste es muy bonito, sí. ¿Para quién es? ¿Para tu padre o para el señor? -agregó, mirando a Wilfrido-. ¿No le dejaremos un buen recuerdo de las muchachas de Noruega, antes de que se marche?

-Entonces, ¿todavía sufrió usted ayer? -preguntó Wilfrido.

-No es nada -respondió ella-. Este sufrimiento no me desagrada; me es necesario para salir de la vida.

-¿No le da miedo la muerte? -dijo el señor Becker, sonriendo, pues no creía lo del sufrimiento.

-No, mi querido pastor. Hay dos maneras de morir: para los unos la muerte es una victoria y para los otros es una derrota.

-¿Y usted cree haber vencido? -preguntó Minna.

-No lo sé -respondió Serafita-. Quizá no sea más que un paso hacia adelante.

El lechoso esplendor de su frente se alteró, sus ojos se disimularon bajo sus párpados, lentamente entornados. Este simple movimiento picó la curiosidad de los tres, inmóviles y emocionados. El señor Becker fue el más atrevido:

-Querida hija -dijo-, es usted la candidez en persona; y hace gala de una bondad divina; de usted, hoy, desearía algo más que su té y sus golosinas. Si hemos de creer a ciertas personas, usted conoce cosas extraordinarias; pero, si esto es así, ¿no sería caritativo de su parte el disipar algunas de nuestras dudas?

-¡Ay! -exclamó ella, suspirando-. Yo ando sobre las nubes y soy amiga de los abismos del fiordo. El mar es como una caballería a la que domino y freno. Sé dónde crece la flor que canta, dónde irradia la luz que habla, dónde viven los colores que perfuman la existencia; tengo el anillo de Salomón, soy una hada, que siembra al viento sus órdenes, y éste las ejecuta como un esclavo sumiso; veo los tesoros de la tierra; soy la virgen a cuyo paso salen las perlas y...

-¿Y podemos escalar sin riesgos el Falberg? -añadió Minna, interrumpiéndola.

-¡Y tú también! -respondió aquel ser, echándole a la muchacha una mirada luminosa, que la turbó mucho-. Si yo no tuviera la facultad de leer en vuestros ojos lo que os trae hasta mí, ¿tendría yo esa personalidad que vosotros creéis que tengo? -añadió ella, envolviendo con su mirada a los tres, con insistencia, y ante la gran satisfacción del viejo David, que se marchó restregándose las manos-. ¡Ay! -prosiguió ella, tras una breve pausa-, habéis llegado hasta mí dominados por una curiosidad muy infantil. Usted se ha llegado a pedir, mi pobre señor Becker, si es posible que muchacha de diecisiete años sepa uno de los mil secretos que los sabios andan buscando, con la vista clavada en la tierra, cuando lo que debieran hacer es levantar su mirada hacia el cielo. Si yo les dijera cómo y por dónde la planta comunica con el animal, ustedes comenzarían a dudar de sus dudas. Confiesen que venían dispuestos a interrogarme, ¿no es verdad?

-Sí, mi querida Serafita -respondió Wilfrido-. Pero, ¿acaso este deseo no es natural en los hombres?

-¿Queréis que esta criatura se aburra? -dijo ella, acariciando con la mano la cabellera de Minna.

La muchacha levantó los ojos y se hubiera dicho que quería fundirse con él.

-La palabra -prosiguió gravemente el ser misterioso- es un bien común. Desgraciado aquel que se calla en medio del desierto, creyendo que nadie lo oye: todo habla y todo escucha aquí abajo. La palabra mueve los mundos. Anhelo, señor Becker, no decir la menor palabra sin sentido. Conozco las dificultades que más le preocupan: ¿acaso no sería un milagro el querer asumir, ante todo, el pasado de su conciencia? Pues bien, el milagro se realizará. Escúcheme: usted no se ha confesado a sí mismo, enteramente, sus dudas, todas sus dudas sin excepción; solamente yo, con mi indestructible fe, puedo descifrárselas y hacer que tenga miedo de su propia persona. Usted se encuentra en la vertiente más negra de la duda; usted no cree en Dios, y todo, aquí abajo, se vuelve intrascendente a los ojos de aquellos que atacan el principio de las cosas. Dejemos de lado las vanas discusiones en torno a falsas filosofías. Las generaciones espirituales no estuvieron menos empeñadas que la nuestra en querer negar la materia, con una tenacidad que no tenía nada que envidiar a la de las generaciones materialistas por negar el espíritu. ¿Para qué tanta discusión? ¿Acaso

el hombre no ofrecía, a los unos y a los otros, irrefutables pruebas de lo que era? ¿Acaso no llevaba en él acusados signos de materialidad y un inconfundible aroma de espiritualidad? Sólo un loco puede negar el más mínimo átomo de materia en el cuerpo humano; descomponiéndolo, vuestras ciencias no encuentran mucha diferencia entre sus principios y los de otros animales. La idea que surge en el hombre cuando compara los objetos a nadie se le ocurre pretender que es algo que pertenece al dominio de la materia. Conste que yo no me estoy pronunciando, porque aquí no estamos hablando de mis certezas, si no de vuestras dudas. A vosotros, como a la mayor parte de los pensadores, la relación que podéis llegar a descubrir entre las cosas cuya presencia os es anunciada por vuestros sentidos, tampoco parece tener que ver nada con la materia. El universo natural de las cosas y de los seres culmina, pues, en el hombre y en el universo sobrenatural de los parecidos o de las diferencias que él percibe entre las innumerables formas de la naturaleza, relaciones que se multiplican al punto de parecer infinitas; ya que, si hasta hoy nadie ha podido enumerar las creaciones terrestres, ¿quién se atrevería a enumerar las relaciones? ¿Acaso la fracción que conocéis no

es, con relación a su todo, lo que es un número comparado con el infinito? Y aquí ya caéis en la percepción del infinito, mediante lo cual ya podéis concebir un mundo puramente espiritual.

No hay duda, pues, de que el hombre presente indiscutibles pruebas de su doble personalidad: la material y la espiritual. En él se concentra un universo completo; en él comienza un universo invisible e infinito, dos mundos que no se conocen entre sí: las piedras del fiordo, ¿acaso tienen conciencia de sus armoniosos juegos, a merced de las aguas? ¿Acaso tienen conciencia de los colores que en ellas ven los hombres? ¿Oyen, acaso, la música de las olas que las mecen y acarician? ¡Saltemos, sin sondearlo, el abismo que se ha creado con la unión de un universo material y de un universo espiritual: una creación intangible, invisible, imponderable, como colofón de una creación visible, tangible y ponderable; ambas completamente opuestas, separadas por la nada, reunidas por razones incontestables, unidas en un ser que todo lo debe a la una y a la otra! Fundamos en un solo mundo estos dos mundos inconciliables de hecho. Por abstracta que el hombre la imagine, la relación que une dos cosas entre sí siempre ofrece un testimonio inconfundible, una

huella. Pero, ¿dónde? ¿Sobre qué? Nosotros no estamos buscando, ahora, qué punto de sutileza puede alcanzar la materia. Si tal es la realidad, no comprendo por qué quienes han situado los astros a inconmesurables distancias, por medio de coordenadas físicas, para hacerse un velo, no habrían podido crear sustancias pensantes. ¡Ni veo tampoco por qué le podríais prohibir que dieran un cuerpo material al pensamiento!

"Por lo tanto, vuestro invisible universo moral y vuestro visible universo material constituyen una sola y única materia. Nos guardaremos mucho de separar las propiedades y los cuerpos, ni tampoco los objetos y las relaciones. Todo lo existente, lo que nos oprime y nos aplasta, sobre nosotros, o debajo de nosotros, o ante nosotros, o en nosotros; lo que nuestros ojos y nuestros espíritus perciben, todas estas cosas nombradas o innombradas, con el fin de adaptar el problema de la Creación a la medida de vuestra lógica, ya que, si fuera infinito, Dios ya no podría dominarlo. Aquí, según usted, querido pastor, de cualquier manera que se intente mezclar un Dios infinito con este bloque de materia finita, no se puede admitir que Dios existe con los atributos con que le inviste el hombre; pidiéndoselo a los

hechos, no es nadie; pidiéndoselo al raciocinio, sigue sin ser nadie; espiritual y materialmente Dios resulta imposible de concebir. Escuchemos el verbo de la razón humana llevado hasta sus últimas consecuencias.

"Poniendo a Dios frente al gran conjunto, nos encontramos ante dos entidades que son, conjuntamente, viables. La materia y Dios son contemporáneos, y Dios era lo único que existía antes que la materia fuera tal. Aun suponiendo que toda la razón que ilumina las razas humanas estuviera acumulada en una sola cabeza, esta cabeza sería incapaz de inventar una tercera manera de ser, a menos que se suprimiera la materia y Dios. Y, aunque las filosofías humanas amontonen montañas de palabras y de ideas, y que las religiones acumulen imágenes y creencias, revelaciones y misterios, siempre desembocaremos en el mismo dilema: tener que escoger entre las dos proposiciones que la componen; pero no hay por qué optar, en realidad, ya que ambas conducen la razón humana a la duda. Planteando así el problema, ¿qué importa la marcha de los mundos, hacia un lado o hacia el otro, si el ser que la conduce está convencido de su resultado absurdo? ¿Para qué indagar si el hombre se dirige hacia el cielo o regresa

de él, si la creación se eleva hacia el espíritu o desciende hacia la materia, puesto que los mundos interrogados no dan la menor respuesta? ¿Qué significan las teogonías y sus ejércitos? ¿Qué significan las teologías y sus dogmas, dado que, cualquiera que sea el camino escogido por el hombre, frente a los dos problemas, su Dios ya no existe? Recorramos la materia y supongamos que Dios es contemporáneo de la materia. ¿Es ser Dios, en verdad, si se somete a la acción o a la coexistencia de una sustancia ajena a la suya? En este sistema, ¿acaso Dios no se transforma en un agente secundario, que se ve obligado a organizar la materia? ¿Quién lo ha obligado a ello? Entre su vulgar compañera y él, ¿quién de los dos fue el árbitro? ¿Quién ha pagado el salario de las seis jornadas que se atribuyen a este gran artista? Si hubiéramos encontrado ante nosotros alguna fuerza determinante, que no fuera Dios ni la materia, y viésemos a Dios obligado a fabricar la máquina de los mundos, sería tan ridículo llamarlos Dios como de calificar a un vulgar esclavo de ciudadano de Roma. Por otro lado, se presenta a nosotros una dificultad tan poco soluble por una razón de peso: que también lo es para Dios. Colocar tal problema en otras alturas, ¿no es caer en la manera

de proceder de los indios, que colocan el mundo sobre una tortuga, a la tortuga sobre un elefante y que son incapaces de decir sobre qué descansan los pies del elefante? Esta voluntad suprema, que brota de la lucha entre la materia y Dios, este Dios más poderoso que Dios, ¿acaso puede haber atravesado una eternidad, sin querer lo que quería, admitiendo que la eternidad pueda estar partida en dos tiempos? ¿Qué importa dónde esté Dios, si él no ha conocido su pensamiento posterior, acaso su inteligencia intuitiva desaparece? ¿Quién lleva razón de estas dos eternidades? ¿Es la eternidad increada o la eternidad creada? Si siempre quiso al mundo tal como es, esta nueva necesidad, muy en armonía con la idea de una inteligencia soberana, implica la coeternidad de la materia. Y el que la materia sea coeterna, por voluntad divina, obligatoriamente parecida a sí misma a través del tiempo, no impide que la voluntad y la potencia de Dios, al tener que ser absolutas, perezca con su libre albedrío; siempre encontrará en él una razón determinante que lo habrá dominado. ¿Es ser Dios, en verdad, si no puede separarse de su creación ni en la eternidad posterior ni en la anterior? ¿Es insoluble, en su raíz, esta cara del problema? Examinemos dicha raíz por sus efectos. Si Dios,

forzado de crear el mundo de toda eternidad, parece inexplicable, lo es también, en igual grado, en lo que afecta a su perpetua cohesión con su obra. Dios, obligado a convivir eternamente con su creación, queda obligado a su primera condición de obrero. ¿Conciben ustedes un Dios que es incapaz de independizarse de su obra y depender siempre de ella. Examinad y escoged la explicación. Que destruya su obra o no, tanto en un caso como en otro, el término será fatal a los atributos sin los cuales es incapaz de existir. ¿Acaso el mundo es un ensayo, una forma perecedera, cuya destrucción es inevitable? Inconsecuente: ¿no debería ver el resultado antes de acometer la experiencia? ¿Y por qué tarda tanto en romper lo que deberá romper? Impotente: ¿debía crear un mundo imperfecto? Si la creación imperfecta desmiente las facultades que el hombre atribuye a Dios, démosle la vuelta a la pregunta: supongamos la creación perfecta. La idea se armoniza con la existencia de un Dios soberanamente inteligente, que no puede haberse equivocado en punto alguno. Pero, entonces, ¿por qué existe la degradación? ¿Por qué existe la regeneración? Ya que el mundo perfecto es necesariamente indestructible y sus formas no deben perecer; el mundo

no avanza ni retrocede nunca, sino que gira en una eterna circunferencia de la que no saldrá jamás. Dios estará, pues, pendiente de su obra y dependerá de ella; ella le es coeterna, lo cual pone de nuevo sobre el tablero una de las proposiciones que mayormente atacan a Dios. Imperfecto: el mundo admite una marcha, un progreso; pero, si es perfecto, es estacionario. Si es imposible admitir un Dios progresivo, no conociendo toda la eternidad de su creación, ni su resultado, ¿el Dios estacionario existe? ¿No nos encontramos ante el triunfo de la materia? ¿No es ésta la más grande de todas las negaciones? En la primera hipótesis, Dios parece por su debilidad; en la segunda, parece por la potencia de su inercia. Así, tanto en la concepción como en la realización de los mundos, para cualquier espíritu de buena fe, el suponer que la materia es contemporánea de Dios, es sencillamente negar a Dios. Obligados a escoger, para gobernar las naciones, entre las dos caras de este problema, generaciones enteras de grandes pensadores han optado por ésta. De ahí el dogma de los principios del mágismo, que de Asia pasó a Europa bajo la forma de Satanás luchando con el Padre eterno. Pero esta fórmula religiosa y las innumerables divinizaciones

que de ella se derivan, ¿acaso no son crímenes de lesa majestad divina? ¿De qué manera se podría llamar, si no, la creencia que da por rival de Dios a una personificación del mal, debatiéndose eternamente bajo los esfuerzos de su omnipotente inteligencia, sin poder alcanzar triunfo alguno? Vuestra estática dice bien claramente que dos fuerzas, enfrentadas en tales condiciones, se anulan recíprocamente.

"¿Queréis interpretar correctamente la segunda cara del problema? La que dice que Dios preexistía solo, único.

"No volvamos sobre los precedentes argumentos, que se presentan con toda su fuerza, respecto a la escisión de la eternidad en dos tiempos: el tiempo increado y el tiempo creado. Dejemos de lado, también, las cuestiones planteadas por la marcha o por la inmovilidad de los mundos y contentémonos con afrontar las dificultades inherentes al segundo tema. Si Dios preexistía solo, el mundo emanó de él, la materia fue extraída de su esencia. Por lo tanto: ¡la materia no aparece por ningún lado! y todas las formas son velos tras los cuales se esconde el espíritu divino.

Pero, ¿entonces el mundo es eterno, el mundo es Dios! Esta proposición, ¿acaso no es aún más fatal que la precedente respecto a los atributos concedidos a Dios por la razón humana? Procedente de la entraña de Dios, siempre ligada a él, ¿puede explicarse, actualmente, el estado de la materia? ¿Cómo llegar a creer que el Todopoderoso, que es soberanamente bueno en su esencia y en sus facultades, haya engendrado cosas tan diferentes de él, y que no fueran en todo, y en todas partes, fiel imagen suya? ¿Llegaría a deshacerse de los lastres negativos de los que era quizá portador? Esta coyuntura era menos ofensiva o ridícula que terrible, ya que volvía a poner en primera línea los dos principios que la tesis precedente daba como inadmisibles. Dios debe ser UNO y no puede partirse, so pena de renunciar a la más importante de sus condiciones. ¿Es posible, pues, considerar a una fracción de Dios que no sea Dios? Esta hipótesis pareció tan criminal a la Iglesia romana que prescribió un artículo de fe de la omnipresencia en las más ínfimas parcelas de la Eucaristía. ¿Cómo suponer, en este caso, la existencia de una inteligencia omnipotente que es incapaz de triunfar? Y tal naturaleza busca, ensaya, rehace, muere y resucita; y ella se agita todavía más

cuando crea que cuando todo está ya en fusión; ella sufre, gime, ignora, degenera, hace el mal, se equivoca, anula, desaparece y vuelve a recomenzar. ¿Cómo justificar el desconocimiento casi general del principio divino? ¿Por qué la muerte? ¿Por qué el genio del mal, este rey de la tierra, ha sido creado por un Dios soberanamente bueno en su esencia y en sus facultades, el cual no debía de crear nada que no fuera de conformidad con el mismo? Pero, si ésta es la consecuencia implacable que nos conduce al absurdo, primero, ¿cuál será el fin que podemos asignar al mundo, si entramos en detalles?

Si todo es Dios, todo es, a la vez, efecto y causa; o, más bien: no existe ni causa ni efecto; todo es UNO como Dios, y no veréis ni la salida ni la llegada de nada. El fin real, ¿será quizás una rotación de la materia que se sutaliza poco a poco? Cualquiera que sea el sentido en que esto ocurra, ¿no es un juego de niños esto de que el mecanismo de tal materia salga de Dios y vuelva a él? ¿Por qué se mostraría grosero? ¿Bajo qué forma Dios es más Dios? ¿Quién tiene razón, entre la materia y el espíritu, cuando ni lo uno ni lo otro se alejan de la verdad? ¿Quién podría reconocer a Dios en medio de este permanente teje maneje, en el que se escinde en dos

naturalezas, una de las cuales no sabe nada y la otra es un pozo de sabiduría? El Dios de la precedente hipótesis, este Dios anulado por la potencia de su inercia, parece más asequible, si tuviéramos que escoger en el terreno de lo imposible, que el otro Dios, bromista y estúpido, que se fusila a sí mismo, cuando dos porciones de la humanidad están presentes, con las armas en la mano. Todo lo cómico que pueda parecer esta suprema expresión de la segunda cara del problema, lo cierto es que fue adoptada por la mitad del género humano, en aquellas naciones que se crearon risueñas mitologías. Estas amorosas naciones eran consecuentes: en ellas todo era Dios, incluso el miedo, y sus cobardías, el crimen y sus bacanales. Aceptando el panteísmo, la religión de algunos grandes genios humanos, ¿quién sabe de qué lado se encuentra la razón? ¿En un salvaje libre en el desierto, vestido con su desnudez, sublime y justo en todos sus actos, ya sea escuchando el sol o hablando con el mar? ¿O en un hombre civilizado, que todos sus grandes goces los debe a la mentira, que oprime y estruja la naturaleza para colgarse un fusil de la espalda, y que ha utilizado su inteligencia para anticipar la hora de su muerte y para salpicar todos sus placeres de enfermedades de

toda suerte? Cuando el rastrillo de la peste o el arado de la guerra, cuando el genio de los desiertos ha pasado por un rincón del globo, y ha borrado todo rastro de vida, ¿quién tiene razón, el salvaje de Nubia o el patricio de Tebas? Las dudas bajan siempre de arriba, y lo abarcan todo, tanto el fin como los medios. Y, si el mundo físico parece inexplicable, el mundo moral aporta aún más pruebas contra Dios. ¿Dónde está, entonces, el progreso? Si todo se perfecciona, ¿por qué se mueren los niños? ¿Por qué las naciones, por lo menos, no se respetan? El mundo nacido de Dios y contenido en Dios, ¿es estacionario? ¿Viviremos una vez? ¿Vivimos aún? Si vivimos una vez, apresurados por la marcha del Gran Todo, cuya forma desconocemos, actuemos como mejor lo entendamos. ¡Y, si somos eternos, preocupémonos de otras cosas! ¿Tiene culpa la criatura de haber nacido en el instante de las transiciones? ¿Y si peca en la hora de la gran transformación será castigada después de haber sido la víctima? ¿En qué queda la bondad divina si nos traslada a las pretendidas regiones felices? ¿Qué es de la presencia de Dios, si ignora el resultado de las pruebas a las que nos somete? ¿Por qué esa alternativa, que reservan al hombre todas las religiones, de acabar

yendo a parar a una caldera hirviente, o pasearse con una túnica blanca, con un palmón en la mano y con la cabeza aureolada? ¿Cuál es el espíritu generoso que juzga digno del hombre y de Dios la virtud por el cálculo, que promete una eternidad de placeres, ofrecida por todas las religiones al que cumple, durante unas cuantas horas de su existencia, algunos requisitos, que, las más de las veces, son contra natura? ¿No es ridículo proveer al hombre de impetuosos sentimientos y prohibirle que haga uso de ellos? Por otra parte: ¿a qué vienen esas flacas objeciones, cuando el mal y el bien son anulados, juntos, sin contemplaciones? Si la sustancia, bajo todas sus formas, es Dios, el mal es también Dios. La facultad de razonar, así como la de sentir, ha sido dada al hombre para que la utilice, y nada es menos imperdonable que el buscar un sentido al dolor humano e interrogar el porvenir; si el razonar con cierto rigor y seriedad conduce a tal atolladero, ¡vaya confusión! Por lo tanto, este mundo no tendría estabilidad alguna: nada avanza ni nada se detiene, todo cambia y nada se destruye, todo vuelve a aparecer tras su curación; ya que, si en vuestro espíritu no queda claro cuál es el fin, es igualmente imposible demostrar el aniquilamiento de la menor parcela del material: ésta

puede transformarse, pero no aniquilarse. Y, si la fuerza ciega declara vencedor al ateo, la fuerza inteligente es inexplicable, ya que, emanando de Dios, tropieza con obstáculos y su triunfo no puede ser, sin duda, inmediato. ¿Dónde está, pues, Dios? ¿Si los vivos no lo ven, lo verán, por lo menos, los muertos? ¡Hundíos, idolatrías y religiones! ¡Caed, débiles piedras angulares de todas las bóvedas sociales, ya que no habéis podido impedir la caída ni la muerte, ni el olvido de las naciones pasadas, por fuertes y poderosas que hubieran sido! ¡Derrumbaos, morales y justicias! Nuestros crímenes son puramente relativos; ¡son los efectos divinos cuyas causas nos son desconocidas! Todo es Dios. ¡O nosotros somos Dios o Dios no existe! ¡Somos hijos de un siglo que ha puesto, año tras año, sobre tu frente, sobre tu anciana cabeza, los hielos de sus incredulidades! He aquí el resumen de tus ciencias y de tus largas reflexiones. Querido señor Becker, usted ha puesto su cabeza sobre la almohada de la duda, encontrando en ella la mejor de las soluciones, actuando, así, como la mayor parte de los humanos, que suele decirse: "No pensemos más en este problema, pues para darle una solución Dios nos ha hecho la gracia de hacernos una demostra-

ción algebraica, al tiempo que nos ha dado la clave para ir de la tierra a los astros con toda seguridad." ¿No los he puesto, por el contrario, bien en evidencia? Ya sea el dogma de los dos principios, antagonismo en el que Dios parece por la misma razón: que, siendo el más poderoso, se entretiene en combatir el panteísmo absurdo o, por el contrario, siendo Dios, Dios no existe, y las dos fuentes, de donde manan las religiones cuyo triunfo él se empeña en conseguir en la tierra, son igualmente nocivas. He aquí, pues, arrojada contra nosotros el hacha de doble filo, con la que cortáis la cabeza a este venerable viejo, que vosotros mismos habíais entronizado sobre nubes pintadas.

Ahora, ¡dadme el hacha!"

El señor Becker y Wilfrido miraron a la muchacha con marcado pavor.

-¡Creed -agregó Serafita, abandonando su voz masculina y hablando con dulzura femenina-, porque creer es un don del cielo! Creer es sentir. Para creer en Dios es menester sentirlo en uno mismo. Este sentido es una facultad que se adquiere lentamente, como se adquieren los sorprendentes poderes que admiráis en los grandes hombres, en los famosos guerreros, en los artistas y en los sabios, es

decir: en los que saben, en los que producen y en los que actúan.

El pensamiento, haz de las relaciones que usted ve establecidas entre las cosas, es una lengua intelectual que se aprende, ¿no es verdad? La creencia, haz de verdades celestes, es también una lengua, pero tan superior al pensamiento, que el pensamiento lo es con relación al instinto. Esta lengua también se aprende. El creyente responde con un solo grito, con un solo gesto; la fe pone en sus manos una espada llameante, con la cual, a la vez que corta, lo ilumina todo. El vidente no despega del cielo, lo contempla y se calla. Es una criatura que cree y ve, que sabe y puede, que ama, que reza y que espera. Resignada, aspira a alcanzar el reino de la luz, y no cae en el desprecio del creyente ni en el silencio del vidente; es una criatura que escucha y responde. Para ella, la duda de los siglos tenebrosos no es un arma mortífera, si no un hilo conductor; acepta el combate en todas sus formas y adapta su lengua a todos los lenguajes; no se enfada nunca, ni se queja de nada; no condena ni mata a nadie, sino que salva y consuela; no tiene la acerbidad del agresor, sino la dulzura y la tenuidad de la luz, que todo lo calienta, lo penetra y lo llena de luz. A sus ojos, la

duda no es una impiedad, ni una blasfemia, ni un crimen, sino una transición de la que el hombre regresa a través de las tinieblas, por caminos trillados, o por la cual se dirige hacia la luz. Así que, mi querido pastor, tratemos de razonar. Usted no cree en Dios. ¿Por qué? Dios, según usted, es incomprendible, inexplicable. Enteramente de acuerdo. Yo no pretendo que usted comprenda plenamente a Dios, porque esto significaría que es Dios; no le diré, tampoco, que lo que usted niega por inexplicable, me da pie a afirmar lo que me parece creíble. En usted hay un hecho evidente que nace SERAFITA de usted mismo. En usted la materia desemboca en la inteligencia; ¿y usted piensa que la inteligencia humana desembocaría en las tinieblas, en la duda y en la nada? Si Dios le parece incomprendible, inexplicable, confiese, por lo menos, que usted ve en todas las cosas puramente físicas la mano de un obrero sublime y consecuente. ¿Por qué su lógica se detendría en el hombre, que es su mejor creación? Y, si esta cuestión no es bastante convincente, reconozca que exige, por lo menos, algunas meditaciones. Si usted niega a Dios, afortunadamente, con el fin de concretar sus dudas, usted reconoce una serie de hechos con doble filo, que cercenan sus

razonamientos con tanta fuerza como éstos pretenden matar a Dios. Nosotros también hemos llegado a la conclusión que la materia y el espíritu eran dos creaciones difícilmente conciliables, que el mundo espiritual se componía de relaciones infinitas, en las que, inevitablemente, desemboca el mundo material finito; y que si nadie, en esta tierra, podía identificarse, a través de la potencia de su espíritu, con el conjunto de las creaciones terrestres, peor podía elevarse hasta el conocimiento de las relaciones que el espíritu descubre entre tales creaciones. De esta manera, negándole facultades para comprender a Dios, pronto liquidaríamos este asunto, y esto por la misma senda que usted emplea para negar a las piedras del fiordo que existen por el hecho de que no pueden ni verse ni contarse. ¿Sabe usted que a lo mejor las piedrecillas ésas también niegan al hombre, aunque éste de fe de su existencia al cogerlas para edificar su casa? Hay un hecho que le aplasta: el infinito; si usted lo presiente, ¿por qué no admitir, también, sus consecuencias? ¿La obra terminada puede implicar, forzosamente, un completo conocimiento del infinito? Si usted no puede abarcar las relaciones que, según confiesa, son infinitas, ¿cómo abarcaría el lejano fin en el que ellas se resumen? El

orden, cuya revelación es una de sus necesidades, siendo infinito, ¿puede su limitada razón captarlo? Y no me pide que le explique por qué el hombre no comprende siempre lo que ve, pues ocurre, también, que ve lo que no comprende. Y si yo le demostrara que su espíritu ignora todo lo que se encuentra a su alcance, ¿me concederá usted que le sea imposible concebir lo que no alcanza a comprender? ¿Tendré razones yo para decirle, entonces: "Uno de los extremos, en los que el tribunal de su razón condena a Dios, es verdadero, pero el otro es falso?"; como la razón existe, usted siente la necesidad de un fin; ¿y acaso este fin no debe ser bello? Pues, si la materia tiene la inteligencia como remate, en el hombre, ¿por qué se conformaría usted con saber que el fin de la inteligencia humana es la luz de las esferas superiores, a las que está reservada la intuición de este Dios que a usted le parece un problema insoluble? Las especies que están por encima de nosotros no tienen idea del existir de los mundos, mientras que usted sí que la tiene; ¿por qué no existirían, más allá de nosotros, especies más inteligentes que la nuestra? Antes de emplear su fuerza en medir la dimensión de Dios, ¿acaso el hombre no debería, antes, tratar de conocerse mejor a sí

mismo? Antes de amenazar a las estrellas, que lo iluminan, y antes de atacar a las elevadas certezas, ¿no debería concretar, en primer lugar, las certezas que le son cercanas? Pero lo cierto es que a las negaciones de la duda yo debo responder, también, con negaciones. Entonces, yo le pregunto: ¿Qué hay aquí abajo, suficientemente evidente, por sí mismo, que pueda despertar mi fe en ello? En un abrir y cerrar de ojos le voy a demostrar que usted cree firmemente en cosas que se mueven, que no son seres que puedan engendrar pensamientos y que no tienen espíritu, que son abstracciones vivas, que nuestro entendimiento es incapaz de apresar, que no están en parte alguna, pero que usted encuentra por doquier; que no tienen nombre, pero que usted ha nombrado; las cuales, parecidas a ese Dios de carne que usted se ha creado, perecen bajo lo inexplicable, lo incomprendible y lo absurdo. Y entonces yo le pregunto, cómo puede haber aceptado estas cosas tan a la ligera, reservando sus dudas para Dios. Usted cree en el número, que es la base sobre la cual se asienta el "edificio de las ciencias que ustedes llaman exactas. Sin el número no existen las matemáticas. Pues bien, ¿qué misterioso ser, inmortal a través de todas las eternidades, podría de-

cir, y en qué lenguaje, el número capaz de contener los números infinitos cuya existencia está demostrada por su pensamiento? Pídaselo al mayor de los genios humanos, si estuviera sentado mil años, dedicado plenamente a ello, ¿qué cree que le contestaría? Usted no sabe dónde empieza el número, ni dónde termina, ni cuándo terminará. Aquí lo llamáis: el tiempo; allí lo llamáis: el espacio; sin él nada existe; sin él todo sería una sola y única sustancia, pues sólo él puede calificar y diferenciar. Para vuestro espíritu el número significa lo mismo que la materia: un agente in-comprensible. ¿Haréis de él un dios? ¿Es acaso un ser? ¿Es acaso un soplo emanado de Dios para organizar el universo material en el que nada toma forma más que a través de la divisibilidad que es una consecuencia del número? ¿Acaso las más diminutas como las mayores creaciones no se distinguen entre ellas por atributos engendrados por el hombre: las cantidades, las cualidades, sus dimensiones y su fuerza? El infinito de los números es un hecho probado por vuestro espíritu, pero de ello no se puede dar ninguna prueba material. El matemático os dirá que el infinito de los números existe y que no se demuestra. Dios, querido pastor, es un número dotado de movimiento,

que se siente y que no se demuestra, le dirá el creyente. Como la unidad, empieza con números con los cuales no tiene nada de común. La existencia del número depende de la unidad, la cual, sin ser un número, los engendra a todos. Dios, querido pastor, es una magnífica unidad que no tiene nada que ver con sus creaciones y que, sin embargo, las engendra.

Convenga, pues, conmigo que usted ignora tanto dónde empieza como dónde acaba el número, y que ignora dónde empieza y dónde termina la eternidad creada. ¿Por qué creéis en el número y negáis a Dios? ¿Acaso la creación no se sitúa entre el infinito de las sustancias inorganizadas y el infinito de las energías divinas, como la unidad se encuentra entre el infinito de las fracciones, que desde hace poco ustedes llaman decimales, y el infinito de los números que ustedes llaman enteros? Ustedes son los únicos, en la tierra, que comprendéis al número, primer escalón del peristilo que conduce hasta Dios, y, sin embargo, vuestra razón ya se tambalea. ¿Qué le parece? Usted no puede medir ni la primera abstracción que Dios le ha entregado, ni apresarla siquiera, ¿y quisiera usted que los fines de Dios se colocaran a su mezquino nivel? ¿Qué pasaría si yo le sumergiese en los abismos del movi-

miento, que es la fuerza que organiza el número? Por lo tanto, cuando yo le diré que el universo no es más que número y movimiento, usted se dará cuenta de que estamos hablando un lenguaje diferente. Yo comprendo lo uno y lo otro, y usted no los comprende en absoluto. ¿Qué ocurriría si yo agregara que el movimiento y el número están engendrados por la palabra? Esta palabra, la razón suprema de los videntes y de los profetas, los que en el pasado captaron el soplo divino que cautivó a san Pablo, os causa risa, a vosotros, a los hombres, cuyas obras, las sociedades, los monumentos, los actos, las pasiones y tantas otras cosas, proceden de la palabra, de la débil palabra, los cuales, sin ella, seríais semejantes a esta especie que tanto se parece a los negros: el hombre de la selva. Vosotros creéis firmemente en el número y en el movimiento, fuerza y resultado inexplicables, incomprensibles, a cuya existencia puedo aplicar el dilema que os dispensaba hace poco de creer en Dios. Usted, que raciocina con tanta fuerza, ¿por qué no me dispensa de tener que demostrarle que el infinito debe ser, aquí y allí, conforme a sí mismo? Y que es necesariamente UNO. Dios sólo es infinito, pues está claro que no puede haber dos infinitos. Utilizando palabras hu-

manas: si algo que, aquí abajo, esté demostrado os parece infinito, tened la certeza de que ahí hay una de las caras de Dios. Mas prosigamos. Se han apropiado, ustedes, un lugar en el infinito del número, lo habéis acondicionado a vuestra conveniencia, creando, admitiendo que seáis capaces de crear algo, la aritmética, base sobre la cual descansa todo, incluso vuestra sociedad. Y, así como el número, que es lo único en que creen vuestros pretendidos ateos, organiza las creaciones físicas, la aritmética, que es el empleo del número, organiza el mundo moral. Tal numeración debería ser absoluta, como todo lo que es auténticamente fiel a sus orígenes; pero es puramente relativa, no existe en términos absolutos y de ella no puede dar la menor prueba tangible. Y si es cierto que esta numeración pone hábilmente en orden las sustancias organizadas, no lo es menos que, con relación a las fuerzas organizadas, que son finitas las unas e infinitas las otras, su impotencia es flagrante. El hombre, que concibe el infinito a través de su inteligencia, no sabe manejarlo a su antojo; sin lo cual sería Dios. Si es cierto que vuestra numeración es auténtica con relación a los detalles que percibe, no lo es menos que es falso con relación al conjunto que no percibe, ya que dicha nu-

meración se aplica a las cosas finitas y no al infinito. Si la naturaleza es fiel imagen de sí misma, ya sea dentro de las fuerzas organizadoras o en los principios que son infinitos, no lo es, en ningún caso, en los efectos finitos; de la misma manera que no encontraréis dos objetos idénticos en plena naturaleza: en el orden natural, dos y dos no harán nunca cuatro, pues se tendrían que juntar unidades exactamente iguales y usted sabe que es imposible encontrar dos hojas idénticas en un mismo árbol, ni dos árboles semejantes en la misma especie de arbustos. Este axioma de vuestra numeración, falso en la naturaleza visible, es igualmente falso en el universo invisible de sus abstracciones, cuya variedad se da incluso en vuestras ideas, que son las cosas del mundo visible, aunque se extiendan, en sus relaciones, mucho más allá de ellas mismas; de tal forma, las diferencias son aún más notables en tales casos que en otros. Todo se relaciona, en efecto, con el temperamento, con la fuerza, con las costumbres, con los usos de los individuos, tan diferentes entre sí, ya que los más insignificantes objetos son reflejo fiel de los sentimientos personales. Está claro que si el hombre ha podido crear unidades, ¿acaso no ha sido dando un peso y un

valor idéntico a pedazos de oro? Pues bien, junten un ducado de pobre y un ducado de rico y díganse, y díganse el Tesoro Público, que son dos cantidades iguales, pero a los ojos del pensador, uno de ellos tiene mayor valor moral que el otro; uno de ellos representa un mes de bienestar, mientras que el otro todo lo más que representa es un capricho efímero. Dos y dos no son cuatro más que a través de una falsa y monstruosa abstracción. La fracción no existe, tampoco, en la naturaleza, y lo que en ella designáis como un fragmento es, en realidad, una cosa finita en sí; ¿acaso no ha ocurrido a menudo, hay mil pruebas de ello, que la centésima parte de una sustancia tiene mayor fuerza que lo que llamáis un entero? Si la fracción no existe, pues, en el orden natural, menos existe en el orden moral, donde las ideas y los sentimientos pueden ser distintos, como lo son las especies del orden vegetal, que son, en todos los casos, enteros. La teoría de las fracciones es, todo lo más, una curiosa a complacencia de vuestro espíritu. El número, con sus pequeñísimas partículas y sus totalidades infinitas, es, por lo tanto, una fuerza, de la que sólo una pequeña parte os es dable conocer, y cuyo alcance os escapa. Os habéis construido una choza en el infinito de los números,

la habéis adornado con jeroglíficos, sabiamente alineados y dibujados, y habéis exclamado: ¡Aquí se encierra todo! Pero, ahora, pasemos del nombre puro al número corporizado. Vuestra geometría establece que la línea recta es el camino más corto para ir de un punto a otro, pero vuestra astronomía demuestra que Dios lo ha realizado todo empleando las curvas. He aquí, por lo tanto, en la misma ciencia, dos verdades igualmente evidentes y confirmadas: una, es el testimonio de vuestros sentidos, ampliados por el telescopio, y la otra es el testimonio de vuestro espíritu, y no cabe duda que ambas se contradicen. El hombre, entidad capaz de errar, afirma lo uno, y el obrero de los mundos, en el que no habéis podido encontrar nunca el menor fallo, lo desmiente. ¿Quién tomará una determinación entre la geometría rectilínea y la geometría curvilínea? ¿Entre la teoría de la recta y la teoría de la curva? En sus obras, el artista que sabe alcanzar milagrosamente el fin que se propone, no emplea la línea recta más que para cortarla y hacerse una curva, no siempre puede operar según sus deseos: una bala de cañón, que el hombre quiere lanzar en línea recta, describe una curva para alcanzar el objetivo, parábola imprescindible para cumplir su cruel misión.

Ninguno de nuestros sabios ha llegado a sacar la conclusión de que la curva es la ley principal de los mundos materiales y que la línea recta es la de los mundos espirituales: la una es la teoría de las creaciones finitas y la otra es la teoría del infinito. El hombre, que es el único, aquí abajo, que conozca el infinito, es el único, también, que pueda conocer la línea recta; él sólo tiene conciencia de la verticalidad colocada en un órgano especial. La inclinación hacia las creaciones curvilíneas, ¿no es acaso, en el hombre, la indicación de la impureza de su naturaleza, ligada todavía a las sustancias materiales que nos engendran? Y el amor de los grandes espíritus hacia la línea recta, ¿no denuncia en ellos un presentimiento de la realidad celeste? Entre estas dos líneas hay un abismo, como entre lo finito y lo infinito, como entre la materia y el espíritu, como entre el hombre y la idea, entre el movimiento y el objeto que se mueve, entre la criatura y Dios. ¡Pedid al amor divino sus alas y podréis franquear este abismo! En el más allá comienza la revelación del Verbo. Esas cosas que llamáis materiales, en todas partes poseen un profundo arraigamiento; las líneas no son sino el término de una solidez que engendra una fuerza de acción, que vosotros suprimís en

vuestros teoremas, cuya falsedad, con relación a la totalidad de los cuerpos, es notable; de ahí esa constante destrucción de todos los monumentos humanos que vosotros nutríis, inconscientemente, de propiedades actuantes. La naturaleza está formada de cuerpos, vuestra ciencia, en cambio, no combina más que apariencias. Por esto la naturaleza desmiente, a cada paso, todas vuestras leyes: ¿conocéis una sola que no haya sido desaprobada por un hecho? Las leyes de vuestra estática son abofeteadas por mil accidentes de la física, ya que un simple fluido derriba las más altas montañas, y esto prueba que las sustancias más pesadas pueden ser levantadas por sustancias imponderables. Vuestras leyes sobre la acústica y la óptica quedan anuladas por los sonidos y por la luz de un sol eléctrico, cuyos rayos tan menudo os agobian. Vosotros no sabéis cómo la luz se transforma en inteligencia, como tampoco sabéis por qué simple procedimiento, y con qué naturalidad, se transforma en rubí, en zafiro, en ópalo, en esmeralda, en el cuello de un pájaro de las Indias, mientras que la misma esmeralda, colgada en el cuello de un pájaro que viva en la nublada Europa, es gris y ennegrecida, mientras que aquí, en el seno de la naturaleza polar, se conserva blanca. No

podéis explicar si el color es una propiedad de que están dotados los cuerpos o si ello se debe únicamente al efecto que produce la afusión de la luz. Admitís el amargor del mar, sin haber comprobado que toda el agua del mar es salada. Habéis reconocido la existencia de varias sustancias que surcan lo que creéis que es el vacío y las cuales son completamente, inapresables, materialmente hablando, y que se armonizan unas con otras por encima de todos los obstáculos. Por añadidura, creéis en los resultados obtenidos por la química, pese a que ella sea incapaz de calcular el efecto de los cambios operados con el flujo y reflujo de dichas sustancias, que van y vienen, a través de vuestros cristales y de vuestras máquinas, sobre los inapresables filones del calor y de la luz, conducidas y exportadas por las afinidades del metal o del pedernal vitrificado. No obtenéis más que sustancias muertas de las que habéis expulsado la fuerza desconocida, sólo capaz de oponerse a las múltiples descomposiciones de aquí abajo, y cuya atracción, vibración, cohesión y polaridad no son más que puros fenómenos. La vida es el pensamiento de los cuerpos; éstos no son, en suma, más que el medio de fijación de aquélla, de centrarla en su marcha; si los cuerpos fueran seres

vivos, con fuerza propia de vida, serían causa y no morirían nunca. Cuando un hombre comprueba los resultados del movimiento general, que es absorbido por todas las creaciones según su capacidad de asimilación, lo proclamáis sabio por excelencia, como si la genialidad consistiera en explicar lo que es. El genio, por contrario, debe poner los ojos mucho más allá de los efectos. Los sabios se reirían si les dijerais: "Hay una relación entre dos seres, que esté el uno en la isla de Java y el otro, aquí, y que, en el mismo momento, podrían sentir una emoción semejante, tener conciencia de ella, interrogarse sobre ello y responder sin titubear y correctamente." Sin embargo, hay sustancias minerales que tienen afinidades entre sí, pese a lejanías idénticas a la ya citada. Vosotros creéis en la fuerza de la electricidad que contiene un imán, y negáis el poder de la que se desprende del alma. Según vosotros, la Luna, cuya influencia sobre las mareas es de todos conocida, no tiene ninguna sobre los vientos, ni sobre la vegetación, ni sobre los hombres; ella mueve el mar y corroe el vidrio, pero tiene que respetar a los enfermos; ella tiene relaciones indiscutibles con la mitad de la humanidad, mientras que con la otra mitad no tiene la menor relación. He aquí vuestras

famosas certezas. Pero vayamos más lejos. ¿Usted cree en la física? Pero el caso es que vuestra física comienza, como la religión católica, con un acto de fe. ¿Acaso no reconoce una fuerza externa, distinta de los cuerpos, y a los cuales la física comunica el movimiento? ¿Usted ve los efectos, no es eso? ¿Pero qué es esto? ¿Dónde está ella? ¿Cuál es su esencia, su vida? ¿Qué límites tiene? ¡Y usted niega a Dios!

"Así, la mayor parte de vuestros axiomas científicos, verdaderos, con relación a los hombres, son falsos respecto al conjunto. La ciencia es una y, sin embargo, ustedes la han troceado. Para conocer el auténtico sentido de las leyes fenomenales, ¿no será necesario conocer las correlaciones que existen entre los fenómenos y la ley del conjunto? En todas las cosas hay siempre algo que llama la atención y despierta nuestros sentidos; bajo esta apariencia, se mueve un alma: hay el cuerpo y hay la facultad. ¿Dónde enseñáis el estudio sobre las relaciones que ligan las cosas entre sí? En alguna parte. ¿No disponéis de nada que sea absoluto? Vuestros temas más reputados descansan sobre el análisis de las formas materiales, cuyo espíritu menospreciáis en todo instante. Existe una ciencia elevada que algunos

hombres descubren demasiado tarde, sin atreverse a confesarlo. Estos hombres han comprendido la necesidad de considerar a los cuerpos, no solamente por sus propiedades matemáticas, sino en su conjunto, también, en sus afinidades ocultas. El más grande de todos vosotros ha podido adivinar, en el ocaso de sus días, que todo era, a la vez, causa y efecto; que los mundos visibles estaban coordinados entre ellos y sometidos a unos mundos invisibles. ¡Y se ha dolido al haber tratado de implantar preceptos absolutos! Contando sus mundos, como granos de uva desparramados por el éter, el hombre ha explicado la coherencia a través de las leyes de la atracción planetaria y molecular; y vosotros 'habéis reverenciado a ese hombre... Pues bien, yo os digo: ese hombre se ha muerto sumido en la desesperanza. Suponiendo que las fuerzas centrífuga y centrípeta sean iguales, que él inventó para tener perfecto conocimiento del universo, y el universo se detenía, entonces admitía el movimiento, en un sentido indeterminado por lo menos; pero, suponiendo esas fuerzas desiguales, acto seguido asistíamos a la extrema confusión de los mundos. Sus leyes no eran, por lo tanto, absolutas, existía un problema aún más elevado que el principio sobre el que se asentaba su

falsa gloria. La trabazón entre los astros y la acción centrípeta de su movimiento interno, ¿no ha sido obstáculo para que indagara dónde estaba la cepa que sostenía su racimo? ¡Desgraciado! Sí, cuando más ensanchaba el espacio, más pesada se volvía su carga. ¿Os ha dicho cuál era el equilibrio que existía entre las partes o hacia dónde se dirigía el todo? Contemplaba la extensión, infinita para el hombre, por la que vagaban estos grupos de mundos, de los que sólo una parte muy pequeña puede ser captada por nuestros telescopios, pero cuya inmensidad se revela por la rapidez de la luz. Esta sublime contemplación le ha permitido percibir los mundos infinitos, que están plantados en el espacio como las flores en el prado, que nacen como los niños, crecen como los hombres y mueren como los ancianos; que viven asimilando las sustancias atmosféricas que utilizan como alimento, que tienen un principio de vida y un centro vivificador que les es propio, que se garantizan con sus respectivas áreas; que, a semejanza de los planetas, absorben y son absorbidos y que componen un conjunto dotado de vida y con destino singular. ¡Ante esto, este hombre ha temblado! Sabía que la vida la produce la unión de la cosa con su principio, que la muerte o la

inercia, y la gravedad, es producida por una ruptura entre un objeto y el movimiento que le es propio; entonces es cuando ha presentido el crujido de los mundos, que se desquebrajarían tan pronto como Dios les retirase su palabra. Y se ha dedicado a buscar en el Apocalipsis las huellas de esta palabra. Usted ha creído que estaba loco, pero, sépalo de una vez: lo que pretendía era hacerse perdonar por su sabiduría. Usted, Wilfrido, ha venido para rogarme que resuelva ciertas ecuaciones, que me eleve sobre una nube repleta de lluvia, que me sumerja en el fiordo y que reaparezca en forma de cisne. Si la ciencia o los milagros fueran la finalidad que persigue la humanidad, Moisés nos habría legado el cálculo de las fluxiones; Jesucristo hubiera hecho la luz sobre la oscuridad de vuestras ciencias; sus apóstoles os hubieran dicho de dónde surgen esos inmensos regueros de gas o de metal en fusión, pegados a núcleos que giran para solidificarse, buscando su puesto en el éter y que, a veces, irrumpen violentamente en un sistema, en cuanto se combinan con un astro, y lo golpean y lo rompen al chocar con él, o lo destruyen al inundarlo con sus gases mortíferos. En lugar de haceros vivir en Dios, san Pablo os hubiera explicado cómo el alimento es el lazo se-

creto entre todas las creaciones y el lazo evidente entre todas las especies animales. Hoy, el mayor milagro consistiría en descubrir la cuadratura del círculo, problema que usted debe juzgar de imposible solución y que ha sido, sin duda alguna, resuelto en la marcha de los mundos, con la intersección de alguna coordenada matemática, cuyos vericuetos no pueden ser vistos más que por los espíritus que se han elevado hasta las esferas superiores. Créame: los milagros están en nosotros y no fuera de nosotros. Así se han realizado los hechos naturales que los pueblos han tomado por sobrenaturales. ¿Habría sido injusto, Dios, al dar fe de su poder a unas generaciones y escondiéndoselo a otras? La virgen de bronce es de todos. Ni Moisés, ni Jacobo, ni Zoroastro, ni Pablo, ni Pitágoras, ni Swedenborg, ni los más oscuros mensajeros, ni los más esclarecidos profetas de Dios, no han demostrado mayor superioridad que la que usted pueda poseer. Pero hay trances en que los pueblos hacen gala de la fe. Si el objetivo de los esfuerzos humanos fuera la ciencia material, reconozca que las sociedades, estos inmensos hogares en los que los hombres están reunidos, no estarían siempre tan genial y providencialmente distribuidas. Si la civilización fuera el objetivo de

nuestra especie, ¿perecería la inteligencia?, ¿se limitaría al campo puramente individual? La grandeza de todas las naciones que fueron grandes estaba asentada sobre caciones excepcionales: en cuanto la excepción cesó, el poder murió. Los videntes, los profetas, los mensajeros, ¿no hubieran echado mano de la ciencia, en lugar de apoyarse en las creencias? ¿No hubieran llamado a los cerebros, en lugar de llamar a los corazones? Todos han venido para empujar a los pueblos hacia Dios; todos han proclamado la santa vía, diciéndoos, con palabra sencilla, lo que conducía al reino de los cielos; todos, ardiendo de amor y de fe, todos ellos inspirados en la palabra que vuela sobre las comunidades, las envuelve, les da vida y las hace ir hacia adelante, todos la emplearon sin el menor interés humano. Vuestros grandes genios, los poetas, los reyes, los sabios, están todos sumergidos en sus ciudades, y el desierto los ha cubierto con su manto de arena; mientras que los nombres de esos buenos pastores, siempre bendecidos, sobreviven a todos los cataclismos. Está claro que no podemos coincidir ni mínimamente. Estamos separados por un gran abismo, por muchos abismos; vosotros estáis del lado de las tinieblas y yo vivo en la verdadera luz. ¿Esta es la

palabra que deseabais? Os lo digo con el corazón alegre: esta palabra puede cambiaros. Sabedlo, pues: hay ciencias de la materia y ciencias del espíritu. Donde vosotros veis cuerpos, yo veo fuerzas que se entrelazan, creando un fuerte movimiento generador. Para mí el carácter de los cuerpos es el índice de sus principios y el signo de sus posibilidades. Estos principios engendran afinidades que no sabéis apresar y que dependen de centros neurálgicos. Las distintas especies, por las que corre la vida, son fuentes inagotables íntimamente relacionadas. Y cada una de ellas da frutos peculiares. El hombre es efecto y causa; es alimentado y, a la vez, da alimentos. Al nombrar al Dios Creador, lo empequeñecéis; él no ha creado, como creéis, ni las plantas, ni los animales, ni los astros; ¿acaso podía emplear varios medios a la vez? ¿Acaso no ha actuado siguiendo el principio de la unidad de la composición? Por lo tanto, ha facilitado los principios que debían desarrollarse, según su ley general, al aire de los medios en los que evolucionaban. Es, pues, una sola sustancia y el movimiento; una sola planta, un solo animal, pero con relaciones ininterrumpidas. Porque así es, en efecto, todas las afinidades están unidas por similitudes contiguas, y la vida de los mundos es

atraída hacia los centros por una aspiración incesante, hambrienta, como vosotros sois empujados por el hambre hacia la comida.

Para daros un ejemplo de afinidades ligadas a las similitudes, que es la ley secundaria sobre la que descansan las creaciones de vuestro pensamiento, la música, arte celeste, es la puesta en marcha de este principio: ¿no nos encontramos ante un conjunto de sonidos armonizados por el número? ¿Acaso el sonido no es una modificación del aire, comprimido, dilatado y repercutido? Ya conocéis la composición del aire: ázoe, oxígeno y carbono. Como no es posible obtener un sonido en el vacío, está claro que la música y la voz humana son el resultado de sustancias químicas organizadas que se mueven al unísono con las mismas sustancias que, dentro de vosotros, ha preparado su propio pensamiento, coordinadas por medio de la luz, la gran nodriza de nuestro globo: ¿habéis podido contemplar los montones de nitro que la nieve ha depositado? ¿Habéis podido ver las descargas del rayo y a las plantas aspirando en el aire los metales que necesitan? ¿Y no habéis llegado a la conclusión de que el sol funde y distribuye la sutil esencia que nutre todo lo que vive aquí abajo? Ya lo ha dicho Swedenborg:

¡la tierra es un hombre! Vuestras ciencias actuales, lo que os engrandece a vuestros propios ojos, no son más que datos miserables comparados con la luz que inunda las pupilas de los videntes. Cesad, cesad ya de interrogarme, que nuestros lenguajes son distintos. Si he utilizado, a ratos, el vuestro, ha sido para lanzar hacia vuestra alma un relámpago de fe, para daros un pedazo de mi capa y para arrastraros hacia las hermosas praderas de la plegaria. ¿Es Dios, acaso, el que debe rebajarse hasta vosotros? ¿No sois vosotros los que os tenéis que elevar hasta él? Si la razón humana ha apurado la escala de sus fuerzas, al extenderse sobre Dios para tratar vanamente de reconocerlo como tal, ¿no es evidente que hay que buscar otros caminos para encontrarlo? Estos caminos los tenemos en nosotros mismos. El vidente y el creyente tienen ojos más perspicaces que los de quienes sólo se dedican a mirar las cosas terrestres. Por eso aquéllos aperciben una aurora. Y oídme esta verdad: vuestras ciencias, aún las más exactas, vuestras meditaciones más atrevidas, vuestras más hermosas claridades, no son sino negros nubarrones. El santuario, del que brota la verdadera luz, está por encima de todo ello.

Serafita se sentó y guardó silencio, sin que su rostro, tranquilo y pálido, acusara el más leve rictus, como suele ocurrir a los oradores, tras sus enfurecidas intervenciones.

Wilfrido se inclinó hacia el señor Becker y le dijo al oído:

-¿Quién le ha dicho todo eso?

-No sé -respondió el pastor.

Serafita se pasó la mano por los ojos y, sonriéndose, dijo:

-Están ustedes muy pensativos esta noche, señores. Nos tratan a Minna y a mí, como a hombres a los que se habla de política o comercio, en lugar de tratarnos como muchachas a las que, tomando el té, debieran relatarles cuentos, tal como se estila en las veladas de Noruega. Veamos, señor Becker, cuénteme alguna saga que yo no conozca. La de Frithiof, por ejemplo, que es una crónica en la que usted cree y que me tiene prometida. Cuénteme esa historia del hijo de un campesino que poseía un barco que hablaba y que tenía un alma. ¡Yo he soñado siempre en la fragata Ellida! ¿No le parece que es a bordo de esa hada con velas donde tendrían que navegarlas muchachas?

-Puesto que volvemos a Jarvis -dijo Wilfrido, cuya mirada estaba prendida de Serafita, como los ojos de un ladrón, escondido en la sombra, quedan pegados al lugar donde se encuentra el botín que anhela sustraer-. Dígame -añadió-, ¿por qué no se casa usted?

-Ustedes nacen todos viudos o viudas -respondió ella-. Pero, en lo que a mí se refiere, mi casamiento ya estaba preparado cuando nací y estoy comprometida...

-¿A quién? -dijeron los tres a la vez.

-Déjenme que guarde mi secreto -respondió ella-. Les prometo invitarles a mi misteriosa boda, si nuestro padre da su consentimiento.

-¿Y será pronto?

-Eso espero.

Y luego se hizo un largo silencio.

-Ha llegado la primavera -dijo Serafita-. El ruido de las aguas y de los hielos rotos ya ha estallado. ¿No vienen conmigo a saludar la primera primavera de nuestro siglo?

Y se levantó, seguida de Wilfrido. Los dos se asomaron a una ventana que David había abierto de par en par. Tras el prolongado silencio del invierno, las aguas hervían debajo del hielo y su eco retumba-

ba en el fiordo como una música; pues eran sonidos que el espacio depura y que llegan a nuestros oídos como olas repletas de luz y de frescor.

-Cese, Wilfrido, cese de rumiar malos pensamientos que, si se realizan, le serían muy crueles de afrontar. ¿Quién no leería sus deseos en su chispeante mirada? ¡Sea bueno, haga un paso hacia el bien! ¿No es ir más allá del amar de los hombres, el saber sacrificarse completamente por la felicidad de la mujer querida? Obedézcame y lo conduciré hasta un camino por el que podrá obtener todas las grandezas con que sueña, y en las que el amor será real y verdaderamente infinito.

Estas palabras de Serafita sumieron a Wilfrido en profundas reflexiones.

-Esta muchacha -se dijo-, podría ser la profetisa que acaba de provocar la iluminación de mis ojos, cuya palabra ha atronado sobre el mundo, cuya mano ha esgrimido contra nuestras ciencias el hacha de la duda. ¿Acaso hemos velado durante algunos instantes?

He aquí lo que se preguntó Wilfrido.

-Minna -dijo Seraphitus, acercándose a la hija del pastor-, las águilas vuelan por encima de los cadáveres y las palomas lo hacen por donde hay ma-

nantiales risueños, a la sombra de verdes y apacibles prados. El águila se eleva hacia el cielo, la paloma baja de allí. Detente, no te aventures hacia regiones en las que no encontrarías ni manantiales ni sombra apacible. Si otras veces has podido contemplar el abismo sin caer en él, guarda ahora tus fuerzas para dedicarlas al ser que te amará. Vete, pobre muchacha, pues ya sabes que yo tengo mi novia.

Minna se levantó y, con Seraphitus, se acercó a la ventana donde estaba Wilfrido. Los tres oyeron el Sieg brincar bajo la presión de las tumultuosas aguas, que ya empezaban a rescatar los troncos de árbol presos en los hielos. El fiordo había recuperado su voz. Las ilusiones se habían disipado. Todos se quedaban admirados ante la naturaleza, que se liberaba de sus trabas y con sus sublimes compases parecía estar contestando aquel espíritu cuya voz lo acababa de despertar.

Cuando los tres huéspedes de este ser misterioso se marcharon, iban poseídos de un vago sentimiento, que no es el sueño, ni el entumecimiento, pero que a todo esto se parecía un poco; que no era el crepúsculo, ni la aurora, pero que da sed de luz. Todos estaban pensativos.

-Empiezo a creer que esta muchacha es un espíritu recubierto, escondido, por una forma humana - dijo el señor Becker. Wilfrido, repuesto, tranquilo y convencido, no sabía cómo luchar con fuerzas tan divinamente majestuosas.

Minna se decía:

-¿Por qué no quiere que lo ame?

V

LA DESPEDIDA

Cuando los espíritus meditativos quieren descubrir el secreto que encierra la marcha de las sociedades y dar unas leyes progresivas al movimiento de la inteligencia, hay que reconocer que el hombre, como punto de partida, es un fenómeno desesperante. Por grave que sea un hecho y por grandioso que fuera un milagro realizado públicamente, si pudieran existir los hechos sobrenaturales, la luz de este hecho, el rayo de este milagro se ahogaría en el océano moral, cuya superficie apenas se alteraría con un ligero remolino, recobrando en seguida el ritmo de sus fluctuaciones habituales.

¿Acaso es para hacerse oír, que la voz pasa por el hocico del animal? ¿Es la mano la que ha trazado, en el friso de la sala donde se regodea la corte, los afiligranados caracteres? Y, ¿es el ojo el que ilumina el sueño del rey? ¿El profeta explica el sueño? ¿La muerte, que se evoca, se yergue en las regiones luminosas donde reviven las facultades? ¿El espíritu aplasta la materia al pie de la escalinata mística de los siete mundos espirituales, amontonados los unos sobre los otros por el espacio y que navegan sobre las olas brillantes que resbalan sobre los pedañes del atrio celeste? Por muy profunda que sea la revelación interior y por muy tangible que sea la revelación exterior, Balaam sospecha en seguida tanto de su burra como de sí mismo y Baltasar y Faraón hacen comentar la palabra por dos videntes: Moisés y Daniel. El espíritu acude y se lleva al hombre a las alturas, levanta los mares y le enseña las profundidades, y las especies desaparecidas, da vida a los resecos huesos que salpican con su polvo el gran valle: ¡el Apóstol escribe el Apocalipsis! Veinte siglos más tarde, la ciencia humana aprueba al Apóstol y traduce en axiomas sus imágenes. ¿Qué importa? La masa sigue viviendo como vivía ayer, como vivía en los tiempos de la primera Olimpiada,

como vivía después de estallar la Creación, o en la víspera de la gran catástrofe. La duda lo cubre todo con sus espesas olas. Las mismas olas golpean al mismo tiempo el granito humano que hace las veces de mojones en el océano de la inteligencia. Tras preguntarse si es verdad que ha visto lo que ha visto, si ha oído las palabras oídas, si un hecho es un hecho, y si la idea es una idea, el hombre recupera su ritmo normal, se dedica a sus asuntos, obedece a no se sabe qué criado de la muerte, al olvido, que, con su manto negro, cubre una antigua humanidad, de la cual la que nace no tiene el menor recuerdo. El hombre no para de ir y venir, de andar, de vegetar, hasta el día en que el hacha cae sobre su cabeza. Y, si la potencia de estas olas y si la alta presión de estas aguas amargas impide cualquier progreso, quizá proteja también la muerte. Sólo los espíritus reparados por la fe, entre los espíritus superiores, pueden apercibir la escalinata mística de Jacobo.

Después de haber oído la respuesta de Serafita, al ser interrogada tan severamente, y haber visto cómo daba fe de su inmensa inspiración divina, cómo el órgano de una iglesia llena el sagrado recinto con sus mugidos y revela el universo musical, bañando con sus graves sonidos las más inaccesibles

bóvedas jugando, como la luz, con las flores de los capiteles, Wilfrido regresó a su casa profundamente descoranozado, al ver a toda aquella gente, hundida y sin recursos, derramada sobre desconocidas claridades que las manos de la muchacha lanzaban generosamente. Al día siguiente el recuerdo estaba aún fresco en él, pero ya estaba más tranquilizado; sus pasiones y sus ideas se despertaron frescas y fuertes. Se fue a desayunar a casa del señor Becker y lo encontró sumido en el Tratado de los encantamientos, que estaba hojeando toda la mañana, a fin de tranquilizar a su huésped. Con la infantil buena fe de los sabios, el pastor había ido plegando los cantos de las páginas en las que Jean Wier transcribía pruebas auténticas que demostraban la posibilidad de los acontecimientos ocurridos el día antes; ya que, para los doctores, una idea es un acontecimiento, y los acontecimientos más importantes no son, para ellos, más que una simple idea. A la quinta taza de té, la misteriosa velada de los dos filósofos se había transformado en una velada normal. Lo que parecían verdades celestes eran razonamientos más o menos bien asentados, pero susceptibles de ser examinados. Serafita les pareció una muchacha más o menos elocuente; había que tener en cuenta su

encantadora voz y su seductora belleza, su fascinante ademán, es decir: todos los recursos oratorios mediante los cuales un actor pone en una frase a todo un mundo de sentimientos y de pensamientos, mientras que la frase en sí no es, a menudo, más que un conjunto de palabras vulgares.

-¡Bah! -exclamó el buen ministro, haciendo una mueca filosófica, mientras extendía la mantequilla salada sobre su tostada-. La última palabra de estos hermosos enigmas se encuentra a seis pies bajo tierra -añadió el pastor.

-No obstante -dijo Wilfrido, poniendo azúcar en su té-, yo no comprendo cómo una chica de dieciséis años puede saber tantas cosas, pues, con su palabra, no ha dejado escapar el menor detalle de nada.

-Hay precedentes -respondió el pastor-. ¡Lea la historia de esa jovencita italiana que, a los doce años, ya hablaba cuarenta y dos lenguas antiguas y modernas; y la historia del monje que por el olor adivinaba el pensamiento! En la obra de Jean Wier y en una docena de otros tratados, que le prestaré, hay miles de pruebas.

-Completamente de acuerdo, querido pastor; pero, Serafita, es para mí una mujer cuya posesión debe ser divina.

-Toda ella es inteligencia -respondió dudosamente el señor Becker.

Y pasaron algunos días, durante los cuales la nieve de los valles se fundió insensiblemente; el verdor de los bosques despuntó con la energía de la hierba nueva, la naturaleza noruega parecía pararse de sus más bellas joyas para las bodas de un día. Durante este tiempo, en que la temperatura tibia autorizaba los paseos, Serafita se encerró en su soledad. La pasión de Wilfrido no podía por menos que agudizarse, ante la presencia de la mujer amada que no da la menor señal de vida. Cuando este raro ser recibió la visita de Minna, ésta constató en él los estragos de un fuego interior: su voz se había vuelto profunda y su tez empezaba a sonrosarse; y, si hasta entonces los poetas hubieran comparado su palidez a la de los diamantes, la de Wilfrido poseía el resplandor del topacio.

-¿La ha visto usted? -preguntó Wilfrido, que se paseaba alrededor del castillo sueco, esperando que Minna volviera.

-Lo vamos a perder -respondió la muchacha, con los ojos inundados de lágrimas.

-¡No se ría de mí, señorita! -gritó el extranjero, reprimiéndose, usted no puede amar a Serafita más que como una muchacha ama a otra muchacha, y no con el amor que me inspira a mí. ¡No sabe el peligro que correría si despertara justificadamente mis celos! ¿Por qué no puedo acercarme a ella? ¿Acaso es usted la que pone tantos obstáculos?

-¿No sé con qué derecho hurga usted en mi corazón? -respondió Minna, tranquila en apariencia, pero presa de un terror profundo en realidad-. Sí, yo lo quiero -dijo ella, recobrando el aplomo suficiente para confesar las inclinaciones de su corazón-. Pero mis celos, tan naturales cuando se ama, en este caso no tienen razón de ser. ¡Ay de mí! Estoy celosa de un sentimiento escondido que me corroe. Hay entre él y yo unos abismos que soy incapaz de saltar. Quisiera saber quién lo quiere más que yo. Ni siquiera las estrellas. ¡Y cuál de los dos se consagrará más pronto a la felicidad del otro! ¿Por qué no puedo yo declararle mi amor? ¡Frente a la muerte podemos confesar todas nuestras preferencias, y Seraphitus, señor, se muere!

-Se equivoca usted, Minna, la sirena que yo he mecido tan a menudo en el lecho de mis deseos, y que permitía que se la admirase, coquetamente echada sobre el diván, amena, débil y triste, no es un muchacho.

-¡Señor! -respondió Minna, turbada-, el que con su fuerte mano me guió por el Falberg, llevándome hasta el soeler acunado por el Gorrito-de-Hielo, allá -dijo la muchacha, señalando con la mano la cima del picacho-, no es tampoco una muchacha! ¡Si usted lo hubiera oído haciendo profecías! Su poesía era como la música del pensamiento. Una muchacha era incapaz de despertar mi alma con aquella voz tan grave y varonil.

-Pero, ¿tan segura está usted de ello?... -preguntó Wilfrido.

-¡No tengo más pruebas que las de mi corazón! -dijo la muchacha, confusa, interrumpiendo al extranjero.

-Pues bien, yo, que sé muy bien lo arraigado que está su amor hacia mí, le probaré que está usted equivocada -gritó Wilfrido, echándole a Minna una mirada terrible, que reflejaba un deseo y una voluptuosidad mortífera.

En aquel mismo instante, cuando las palabras se amontonaban en la boca del muchacho y que las ideas se mezclaban en su cabeza, Wilfrido vio salir del castillo a Serafita, acompañada de David. Aquella aparición lo tranquilizó.

-Vea usted misma -dijo él-, sólo una mujer puede mostrar tal gracia y tal blandura.

-Él sufre y se pasea por última vez -dijo Minna.

David, obedeciendo a un gesto de su ama, se alejó, y Wilfrido y Minna se acercaron a ella.

-Vamos hasta las cascadas del Sieg -les dijo aquel ser, como un enfermo expresa un deseo, que todos los que le rodean se apresuran a complacer.

Una tenue neblina blanca cubría los valles y las montañas del fiordo, cuyas cimas, resplandecientes como las estrellas, lo agujereaban, dándole la apariencia de una vía láctea en movimiento. El sol se dejaba ver a través de aquel humo terrestre, como un globo de hierro candente. Pese a las últimas diabluras del invierno, algunos soplos de aire tibio anunciaban la bella primavera del Norte, veloz alegría de la más melancólica de las naturalezas. El aire estaba impregnado por el aroma del abedul, adornado ya con sus doradas hojas, e inundado por los perfumes que desprendían los alerces, cuyas borlas

de seda se mecían suavemente, y de todas las brisas, el incienso y los suspiros de la tierra resucitada. El viento empezaba a disolver el velo de nubes que escondía, a ratos, la vista del golfo. Los pájaros cantaban. La corteza de los árboles, allí donde el sol no había podido borrar los senderos de escarcha, que se deslizaban por susurrantes regueros, alegraban la vista con sus fantásticas apariencias. Los tres andaban silenciosos por la playa. Wilfrido y Minna eran los únicos que contemplaban aquel mágico espectáculo, para ellos que aún conservaban en sus ojos la visión invernal de aquel mismo paisaje. Su compañero andaba pensativo, como si en el concierto de la naturaleza quisiera reconocer una voz. Llegaron al borde de las rocas, donde desembocaba el Sieg, por entre una larga avenida de viejos abetos, que la corriente del arroyo había dibujado en el bosque, y cuyas copas lo arropaban como las bóvedas de una catedral. Desde aquí se veía enteramente el fiordo y el mar res-plandecía en el horizonte como una inmensa hoja de acero. El cielo azul quedó completamente despejado. Por todas partes, en los valles, alrededor de los árboles, revoloteaban aún lucecillas, polvo de diamante barrido por la fresca brisa, y de sus ramas pendían engarces de gotas he-

ladas. El torrente rugía a sus pies. De su capa de agua se desprendía un vapor que el sol matizaba con mil colores y haciendo brotar de ella el fuego de miles de prismas, cuyos reflejos se entrechocaban. Aquel muelle salvaje estaba alfombrado por varias especies de liquen, como una tela irisada por la humedad, parecida a una magnífica colgadura de seda. Los brezos ya habían florecido y coronaban las rocas con sus guirnaldas hábilmente trenzadas. Todo el follaje, bajo el influjo de la frescura de las aguas, mecía su cabellera en el espacio; los brezos movían su encaje, acariciando los pinos, inmóviles como ancianos preocupados. Aquella lujuriosa visión ofrecía agradables contrastes: la gravedad de las antiguas columnatas que semejaban los bosques extendidos sobre la montaña y la capa de agua del fiordo extendida a los pies de los tres espectadores y en la que el torrente ahogaba su furor y el mar, encuadrando la página escrita por el más grande de los poetas, el azar, al que es debido esta mezcolanza de la creación, tan desordenada en apariencia. Jarvir era un punto perdido en medio de este paisaje, en aquella inmensidad, sublime como todo lo que, al tener una vida efímera, ofrece una rápida imagen de la perfección; ya que, por una ley determinada, que

sólo es fatal para nosotros, las creaciones aparentemente finitas, este amor de nuestros corazones y de nuestras miradas, no viven más que una primavera. En lo alto de aquella roca, los tres seres podían creer que eran los únicos habitantes de la tierra.

-¡Qué voluptuosidades! - exclamó Wilfrido. -La naturaleza también tiene sus himnos -dijo Serafita-. ¿No es deliciosa esta música? Confiéselo, Wilfrido, ninguna de las mujeres que usted ha conocido no ha podido construirse un refugio tan hermoso. Aquí, uno siente aflorar sentimientos que los espectáculos de la ciudad raramente inspiran, y que me incitan a echarme sobre la fresca hierba y a no moverme de aquí, donde con la mirada puesta en el cielo, el corazón dilatado, y perdida en la inmensidad, me dejaría cautivar por el suspiro de una flor, recién abierta, y por los gritos del eider, impaciente por sentirse crecer las alas, y recordando los deseos del hombre, que es hijo de todos los deseos. Pero, ¡todo, esto, Wilfrido, es poesía para mujeres! Usted descubre un voluptuoso pensamiento en esta humeante extensión líquida, a través de este bordado de nubes, en el que la naturaleza se pavonea como una novia coqueta y en esta atmósfera en la que perfuma su verde cabellera para sus himeneos. Usted quisiera ver la

forma de una náyade en esta gasa de vapores y, según usted, yo debería escuchar la voz viril del torrente.

-¿Acaso el amor no está aquí, como la abeja en el cáliz de la flor? -respondió Wilfrido, el cual, por vez primera, veía en la muchacha las huellas de un sentimiento terrestre y creyó llegado el momento de expresarle su candente ternura.

-¿Siempre? -preguntó, riendo, Serafita, a quién Minna había dejado sola, que estaba escalando unas rocas en cuya cima había visto unas saxífragas azules.

-¡Siempre, sí -insistió Wilfrido-. Escúcheme -añadió él, echándole una mirada dominadora que se estrelló contra una armadura de diamante-. Usted no sabe lo que yo soy, lo que yo puedo y lo que yo quiero. ¡No rechace mi último ruego! ¡Sea mía y disfrute de esa inmensa felicidad que usted cobija en su corazón! Sea mía, para que yo pueda tener una conciencia pura, para que una voz celeste se oiga dentro de mí y me inspire las más altas empresas que haya concebido el hombre, en lugar del odio inspirado contra las naciones, y que realizaré, por su bien, si usted está a mi lado. ¿Qué mejor misión podría usted asignar al amor? ¿En qué mejor misión puede

soñar una mujer? Sepa que he venido a estos parajes, meditando un gran proyecto.

Se impuso un corto silencio entre los dos.

-¿Y sería capaz de sacrificar -dijo ella-, tanta grandeza a una muchacha simple, que usted amará y que le acompañará en una vida tranquila?

-¡No me importa nada! ¡Lo que me importa es usted! -respondió él, prosiguiendo su perorata-. Usted debe conocer mi secreto. He recorrido todo el Norte, este gran taller donde se forjan las razas nuevas, que se extienden sobre la Tierra como capas de agua humanas encargadas de remozar las envejecidas civilizaciones. Yo quería comenzar mi obra por uno de estos puntos y conquistar el imperio que dan la fuerza y la inteligencia sobre el pueblo, forjarla en el combate, empezar la guerra, extenderla como un incendio, devorar a Europa, gritando libertad a unos, pillaje a otros; gloria al uno y placer al otro; pero conservando, en mí, la faz del Destino, implacable y cruel, andando como la tempestad que va recogiendo por la atmósfera las partículas que le son necesarias para componer el rayo, comiendo hombres, como la plaga voraz. Así, yo hubiera conquistado Europa, pues ésta se encuentra en instantes críticos: espera el Mesías nuevo que debe asolar

el mundo para poder rehacer las sociedades. Europa no creará más que en quien la destrozará y la pisoteará. Un día, los poetas y los historiadores habrían justificado mi existencia, me habrían glorificado, me habrían prestado sus ideas, a mí, para quien esta inmensa burla, escrita con sangre, no es sino la realización de una venganza. ¡Pero, querida Serafita, lo que he observado me ha hecho asquear el Norte, la fuerza es demasiado ciega y yo sueño y estoy sediento de las Indias! Mi duelo con un gobierno egoísta, cobarde y mercantil me seduce mucho más. Además, es mucho más fácil despertar la imaginación de los pueblos que están al pie del Cáucaso, que convencer al espíritu de los países helados en que nos encontramos. Me acucia la tentación, pues, de atravesar las estepas rusas, llegar a las puertas de Asia y recorrerla hasta el Ganges, cubriéndolo todo con mi avasalladora ola humana, y allí derrotar la potencia inglesa. Siete hombres realizaron, en otras épocas, un plan semejante. ¡Rejuveneceré el arte, como hicieron los sarracenos, que Mahoma arrojó sobre Europa! No seré un rey mezquino, como los que gobiernan hoy unas antiguas provincias del imperio romano, riñendo con sus propios súbditos por un simple litigio fiscal. ¡No, nada detendrá ni el

rayo de mis miradas, ni la tempestad de mis palabras! Mis pies cubrirán un tercio del mundo, como los de Gengis-Khan, y mi mano cogerá Asia, como ya la tomó la de Aureng-Zeyb. ¡Sea mi compañera, siéntese, bello y blanco rostro, sobre un trono! ¡Nunca he puesto en duda el éxito; pero si está usted en mi corazón, estaré seguro de él!

-Yo ya he reinado -dijo Serafita, sin dar importancia a las impetuosas palabras de Wilfrido.

Estas palabras resonaron como el hachazo que da el hábil leñador, al pie del árbol, que se derrumba bajo sus golpes. Sólo los hombres saben qué grado de rabia puede despertar una mujer en su alma, cuando ésta, ante la demostración de fuerza, de inteligencia y de superioridad, inclina su caprichosa cabeza y dice: "¡Esto no es nada!" o cuando, hastiada, ella sonrío y dice: "¡Eso ya lo sabía!", porque, al fin, para ella la fuerza es una nimiedad.

-¿Cómo? -gritó Wilfrido, desesperado-, las riquezas de las artes, las riquezas de los mundos, el esplendor de una corte...

Ella lo detuvo, con una ligera inflexión de sus labios, y dijo:

-Seres más poderosos que usted me han ofrecido mucho más.

-Entonces, ¿es que acaso no tienes alma, si no te seduce la perspectiva de consolar a un gran hombre, que es capaz de sacrificarlo todo para vivir contigo en una casita al borde de un lago?

-Pero, aclaró ella, a mí ya se me ama con un amor sin límites.

-¿Quién te ama? -exclamó Wilfrido, acercándose frenéticamente hacia Serafita, como si fuera a precipitarla en las humeantes cascadas del Sieg.

Ella lo miró y, extendiendo el brazo, le enseñó a Minna, que acudía blanca y rosada, bonita como las flores que traía en la mano.

-¡Niño! -dijo Seraphitus, saliendo a su encuentro.

Wilfrido no se movió de la roca, inmóvil como una estatua en su pedestal, extraviado en sus pensamientos, como queriendo dejarse arrastrar por el Sieg, como uno de aquellos árboles que desfilaban ante sus ojos y que el golfo se tragaba incansablemente.

-Las he cogido para usted -dijo Minna, ofreciendo el ramillete al ser querido- Una de estas flores -añadió, sacándola del ramillete-, es parecida a la que cogimos en lo alto del Falberg.

Seraphitus paseó su mirada por la flor y luego la posó sobre Minna.

-¿Por qué esto? ¿Acaso dudas de mí?

-No -respondió la muchacha-, mi confianza en usted es infinita. Es para mí más bello que la bellanaturaleza que nos rodea y me parece más inteligente que la humanidad entera. Cuando le he visto, he creído que rezaba a Dios. Quisiera...

-¿Qué es lo que quieres? -la interrumpió Seraphitus, lanzando sobre la muchacha una mirada que reflejaba los infranqueables abismos que los separaban.

-Quisiera sufrir con usted... sufrir por usted...

-He aquí -se dijo Seraphitus-, la más peligrosa de las criaturas. ¿Acaso es un gesto criminal el querer presentártela, oh, Dios mío? ¿No te acuerdas de lo que te dije allí, en lo alto? -agregó él, dirigiéndose a la muchacha y mostrándole la cima del Gorrito-de-Hielo.

-Ya se ha vuelto terrible otra vez -se dijo Minna, estremecida.

El rugimiento del Sieg acompañó los pensamientos de estos tres seres, que permanecieron reunidos durante unos instantes en aquella saliente

plataforma de rocas, pero separados, en realidad, por los abismos del mundo espiritual.

-Pues bien, Seraphitus, enséñemelo -dijo Minna, con una voz plateada como una perla y dulce-. Enséñeme lo que debo hacer para no amarle. Pero, ¿quién podría dejar de admirarle? Si el amor es algo que no se rinde nunca.

-¡Pobre niña! -dijo Seraphitus, palideciendo-. No se puede amar así más que a un solo ser.

-¿Quién? -preguntó Minna.

-Ya lo sabrás -respondió él, con una voz débil, como la de alguien que se dispone a expirar.

-¡Socorro! -gritó Minna-. ¡Que se nos muere!

Wilfrido acudió rápidamente, y viendo aquel ser tendido graciosamente sobre un fragmento de gneiss, cubierto éste por una capa de lustrosos líquenes, esos musgos salvajes que el sol satina, dijo:

-¡Qué guapa es!

-He aquí la última ocasión que se me presenta para admirar esta bella naturaleza en movimiento -dijo ella, sacando fuerzas de flaqueza para levantarse.

Serafita se fue hasta el borde de la roca, desde donde podía admirar, floridos, verdosos, animados, los espectáculos que ofrecía aquel sublime paisaje,

que hasta hacía poco había dormido bajo una túnica de nieve.

-¡Adiós -dijo ella-, hogar ardiente de amor, en el que todo se mueve ardorosamente, desde el centro a los extremos, que se parecen a la cabellera de una mujer, y con los que puedes trenzar la coleta desconocida, gracias a la cual sigues ligado, en el indiscernible éter, al pensamiento divino.

"Ved a quien, doblegado ante el surco regado con su sudor, se levanta para interrogar al cielo; a la que recoge a unos niños para nutrirlos con su leche; o el que anuda las cuerdas en plena tempestad; o la que, en el regazo de una roca, espera el retorno del padre. Ved todos los que, tras una existencia gastada en ingratas tareas, tienden su mano. A todos ellos, ¡paz y ánimo! y ¡adiós!

"¿Oís el grito del soldado que muere, desconocido de todos, el clamor del hombre engañado, que llora en el desierto? A todos: ¡Paz y ánimo! A todos: ¡Adiós! a los que morís por los reyes de la tierra. ¡Adiós, también, a los pueblos sin patria, adiós a los pueblos sin tierras, a los unos que anhelan lo otro y a todos los que desean lo mismo! ¡Adiós, a ti, sobre todo, que no tienes donde inclinar tu cabeza, sublime proscrito! ¡Adiós, queridos inocentes, arrastra-

dos por los pelos por haber amado demasiado! ¡Adiós, santas madre, que protegéis en vuestro seno a vuestros hijos que agonizan! ¡Adiós, santas mujeres heridas de muerte! ¡Adiós, los pobres! ¡Adiós, mártires del pensamiento, que os conduce hacia la verdadera luz! ¡Adiós, esferas estudiosas, en las que oigo las quejas del genio ofendido y el suspiro del sabio, iluminado para su desdicha demasiado tarde!

"He aquí el angelical concierto, la brisa de perfumes, el incienso del corazón exhalado por los que rezan, que os consuelan, derramando la luz divina y el bálsamo celeste en las almas tristes. ¡Ánimo, coro del amor! Vosotros, a los que los pueblos gritan: "¡Consoladnos, defendednos!" ¡Animo y adiós! ¡Adiós, granito, que te volverás flor; adiós, flor, que te volverás paloma; adiós, paloma, que serás mujer; adiós, mujer, que serás sufrimiento; adiós, hombre, que serás creencia; adiós, a vosotros, que seréis todo amor y plegaria!

Hundido por el cansancio, este inexplicable ser se apoyó por vez primera en Wilfrido y en Minna, para volver a su casa. Wilfrido y Minna experimentaron la misma sensación: se sintieron poseídos por una fiebre desconocida. Poco después, aparecía David, que llegaba llorando.

-¿Se nos va a morir?, ¿por qué la habéis traído hasta aquí? -les gritó desde lejos.

Serafita se fue con el anciano, que parecía haber vuelto a recuperar las fuerzas de sus años jóvenes. Y el anciano emprendió el vuelo hacia el castillo sueco, como un águila que lleva a su nido a una oveja blanca.

VI

EL CAMINO QUE CONDUCE AL CIELO

Al día siguiente de haber presentido Serafita su fin y haberse despedido del mundo, como un prisionero contempla su celda antes de abandonarla para siempre, ella sintió unos dolores que la obligaron a observar la completa inmovilidad de quienes sufren graves dolencias. Wilfrido y Minna fueron a verla y la encontraron acostada en un diván cubierto de pieles. Su alma, todavía envuelta por la carne, resplandecía y daba a su cuerpo una blancura divina. Los progresos del espíritu iban minando la última barrera que la separaba del infinito, la enfermedad, acercándose a aquella hora de la vida que se llama muerte. David lloraba viendo sufrir a su ama, que

no quería escuchar sus consuelos. El anciano era tan poco razonable como un niño. El señor Becker quería que Serafita se cuidara, pero todos los intentos eran vanos.

Una mañana ella llamó a los dos seres que más había querido, y les dijo que aquel día sería el último de sus malos días. Wilfrido y Minna, aterrorizados, no supieron qué decir: estaban seguros de que iban a perderla para siempre. Serafita sonrió, con esa sonrisa de los que saben que se van hacia otro mundo mejor, inclinó la cabeza, como una flor demasiado cargada de escarcha, que muestra por última vez su cáliz y entrega al aire sus últimos perfumes; la melancolía con que ella los miraba se la inspiraban ellos; ella no pensaba ya en ella para nada, y estas sensaciones tanto Wilfrido como Minna las sentían en lo más profundo de sí mismos, y sufrían de no poder expresarle su dolor, en el que se mezclaba su agradecimiento. Wilfrido se quedó de pie, callado, inmóvil, perdido en una contemplación lejana, que nos hace ver, aquí abajo, la inmensidad suprema de las alturas. Alentada por la debilidad de un ser tan poderoso, o movida, quizás, por el miedo a perderla, Minna se inclinó sobre él para decirle:

-Seraphitus, déjame que vaya contigo.

-¿Acaso puedo prohibírtelo?

-Entonces, ¿quiere decir esto que no me quieres bastante para quedarte conmigo?

-Aquí, yo no podría amara nadie ni nada.

-¿Qué es lo que amas, pues?

-El cielo.

-¿Y eres digno del cielo, tú, que desprecias así a las criaturas de Dios?

-Minna, ¿podemos amar dos seres a la vez? ¿Sería un ser querido, si no llenara él sólo nuestro corazón? ¿No debe ser él el primero, el último, el único? ¿La que es todo amor, acaso no lo abandona todo por su amado? Su familia no es más que un recuerdo y no tiene más que un familiar: ¡él! Su alma ya no es de ella, sino de él. Si ella conserva en ella misma algo que no le viene de él, ella no lo ama. Amar ti-
biamente, ¿es acaso amar? La palabra del ser querido la vuelve alegre y su sangre riega sus venas como púrpura más roja que la propia sangre; su mirada es una luz que la inunda toda ella, que se funde en ella. Donde está él todo es hermoso. Da calor a las almas, todo lo ilumina. Cerca de él no se tiene frío, ni es nunca de noche. No está nunca ausente, está siempre en nosotros, que pensamos en él, y para él. Es así, Minna, como yo amo.

-¿A quién? -interrogó Minna, dominada por unos celos devoradores.

-¡A Dios! -respondió Seraphitus, cuya voz brilló en las almas como un fuego de libertad que se enciende montaña tras montaña. ¡A Dios, que no traiciona nunca! ¡A Dios, que no nos abandona nunca y que colma nuestros deseos, que es el único que puede calmar la sed de sus criaturas con una alegría constante y de un pureza infinita! ¡A Dios, que no se cansa nunca y que sonrío sin cesar! ¡A Dios, que, constantemente, riega nuestra alma con sus tesoros, que todo lo purifican, donde nada es amargo, y todo es armonía y llama eterna! ¡A Dios, qué entra en nosotros para florecer nuestras entrañas, para satisfacer nuestros anhelos, que no abusa de nosotros, aún cuando sabe que somos todos suyos, y que se da enteramente a nosotros, que nos encanta, que nos multiplica en él! ¡En ese Dios! ¡Te quiero, Minna, puesto que tú puedes pertenecerle! ¡Te quiero, porque si vas hacia él, serás mía!

-Pues bien, guíame -dijo ella, arrodillándose-. ¡Tómame de la mano, que no quiero separarme más de ti!

-¡Guíanos, Serafita! -gritó Wilfrido, que, bruscamente, se reunió con Minna-. ¡Sí, guíanos, porque

tú nos has dado sed de luz y sed de palabra; mi corazón, a causa de tu amor, está sobresaltado, y sólo a tu lado podré conservar tu alma en la mía; di lo que quieres que haga y le haré. Si no puedo conseguirte, quiero conservar en mí todos los sentimientos que de ti iré recibiendo. ¡Si no puedo unirme a ti más que contando con mis únicas fuerzas, me consagraré a ellas, como el fuego se consagra a lo que devora! ¡Habla!

-¡Ángel! -gritó este ser incomprensible, envolviendo a los dos con una mirada que parecía un manto de azur-. ¡Ángel, tuyo será el reino de los cielos! -añadió Serafita.

Y se hizo un gran silencio, tras el increíble impacto que aquella exclamación causó en las almas de Wilfrido y de Minna. Era como el primer compás de una música celeste.

-Si queréis acostumbraros a andar por el camino que conduce al cielo, sabed que los comienzos son muy duros -dijo aquella dolorida alma. Dios quiere que se le ame por lo que es. Os quiere enteros, sin restricción, y cuando os entreguéis a él, ya no os abandonará más. Os voy a dar las llaves del reino en el que brilla su luz, allí estaréis siempre en el seno del padre y en el corazón del esposo. Ningún centi-

nela defiende las proximidades del reino; podéis entrar en él por donde queráis; nada está guardado: ni su palacio, ni sus tesoros, ni su cetro. Él dice a todos: "Tomadlos". Pero, hay que desear ir hasta allí, de verdad. Y, como para emprender un viaje hay que abandonar su casa, decir adiós a los amigos, a su padre, a su madre, a su hermana y a sus hermanos pequeñitos, y decirles un adiós eterno, pues ya no volveréis más, como los mártires en marcha hacia el patíbulo no volvían sobre sus pasos; en fin, tenéis que despojaros de los sentimientos y de cosas a los que los hombres acostumbran a tener apego; pues de no ser así, no podríais dedicaros enteramente a vuestro viaje. Haced por Dios lo que hacíais para vuestros ambiciosos proyectos, o lo que hacéis dedicándoos a un arte, o lo que habéis hecho cuando amabais a una criatura más que a él, o cuando ibais en pos de un secreto de la ciencia humana. ¿Acaso Dios no es la ciencia, el amor, la fuente de todo poesía? ¿Acaso su tesoro no puede excitar la codicia? ¡Su tesoro es inagotable, su poesía es infinita, su amor es inmutable, su ciencia es infalible y sin misterio! No deseéis nunca nada y os lo dará todo. En su corazón encontraréis bienes incomparablemente superiores a los que habéis dejado en la

tierra. Lo que os digo es la verdad: tendréis su poder y usaréis de él a vuestro antojo, como usáis de lo que es de vuestro amante o de vuestra amante. ¡Ay de mí! La mayoría de los hombres dudan, están faltos de fe, de voluntad y de perseverancia. Si algunos se ponen en camino, en seguida se ponen a mirar hacia atrás y vuelven sobre sus pasos. Pocas criaturas saben escoger entre estos dos extremos: o quedarse o marcharse, o el fango o el cielo. Todos y cada uno de ellos vacilan. En la debilidad está el comienzo del extravío, la pasión lo conduce hacia la mala vía, el vicio, que se vuelve costumbre y atasca al hombre, que no puede progresar hacia mejores regiones. Todos los seres conocen una vida primera en la esfera de los instintos, en la que trabajan en pro de la renuncia a los tesoros terrestres, tras haber sufrido lo indecible para acumularlos. ¿Cuántas veces se vive en este primer mundo, antes de abandonarlo, debidamente preparado, para acometer otras pruebas en la esfera de las abstracciones donde el pensamiento se ejerce sobre las falsas ciencias, y donde el espíritu se satura de la vana palabra humana? Ya que, cuando la materia se agota, entonces surge el espíritu. ¿Cuántas formas del ser prometido al cielo ha aniquilado antes de alcanzar a compren-

der el precio del silencio y de la soledad, cuyas estepas estrelladas son el atrio de los mundos espirituales? Tras haber experimentado el vacío y la nada, los ojos se vuelven hacia el buen camino. Hay que gastar otras existencias, entonces, para llegar al sendero donde brilla la luz. La muerte es la etapa de este viaje. Las experiencias se realizan, en este punto, en sentido inverso: a menudo es necesaria toda una vida para adquirir las virtudes que son lo contrario de los errores entre los que el hombre ha vivido precedentemente. Así, primero llega la vida en la que se sufre, y cuyas torturas despiertan la sed del amor. Luego viene la vida en la que se ama y en que la afección hacia las criaturas es el comienzo del amor al Creador, y donde las virtudes del amor, sus mil mártires, su angélica esperanza, sus alegrías que engendran dolor, su paciencia, su resignación, exciten el apetito de las cosas divinas. Después viene la vida, en la que, a través del silencio, se buscan las huellas de la palabra, y en donde se alcanza la humildad y la caridad. Y, acto seguido, la vida del deseo. Y la vida de plegaria. ¡Aquí está el eterno Mediodía, aquí están las flores, aquí están las cosechas! Las cualidades adquiridas, que se desarrollan en nosotros lentamente, son lazos invisibles que

ligan cada uno de nuestros existers, y que sólo el alma recuerda, ya que la materia no puede acordarse de ninguna cosa espiritual. Sólo el pensamiento posee la tradición de lo anterior. Este legado perpetuo del pasado al presente y del presente al porvenir, es el secreto de los genios humanos: los unos poseen el don de las formas y los otros el don de los números, y algunos otros el don de las armonías. Es un progreso permanente en el camino de la luz. Sí, cualquiera que posea uno de estos dones alcanza una diminuta parcela del infinito. La palabra, de la que sólo os revelo aquí algunas notas, ha sido repartida por la tierra, reduciéndola a puro polvo, y sembrándola en sus obras, en sus doctrinas y en sus poesías. Si un impalpable grano brilla sobre una obra, exclamáis: "¡Esto es grande, esto es auténtico, esto es sublime!" Tan poca cosa os hace vibrar y merma el presentimiento del cielo. A unos la enfermedad que nos separa del mundo, a los otros la soledad que nos acerca a Dios, y a éste de la poesía; en fin, todo aquello que os obliga a replegaros sobre vosotros mismos, que os golpea y que os aplasta, que os eleva o que os rebaja, todo es una repercusión del mundo divino. Cuando un ser trenza un surco recto, le basta para que los otros surcos lo

sean: un solo pensamiento surcado, una voz que se oye, un sufrimiento vivo, un eco en vosotros de la palabra, por débil que sea, cambia vuestra alma. Todo desemboca en Dios, y andando recto ante uno es como hay mayores probabilidades de encontrarlo. Y, cuando llega el feliz día en que conseguís poner el primer pie en el camino y que comienza vuestra peregrinación, la tierra no comprende lo que está ocurriendo, ya que no os entendéis con ella, ella está en vosotros. Los hombres que alcanzan el conocimiento de estas cosas y que pronuncian algunas notas de la verdadera palabra, estos hombres son los que no encuentran dónde dejar descansar su cabeza, los que son perseguidos como bestias salvajes y los que perecen, a menudo, en los patíbulos ante el pueblo reunido y resplandeciente de alegría, mientras que los ángeles les abren las puertas del cielo. Vuestro destino es, por lo tanto, un secreto entre vosotros y Dios, como el amor es un secreto entre dos corazones. Vosotros seréis el tesoro escondido sobre el que andan los hombres hambrientos de oro, sin sospechar lo que yace bajo sus pies. Entonces, vuestra existencia es activísima; cada uno de vuestros actos tiene un sentido que conduce a Dios, como en el amor todas vuestras acciones y

vuestros pensamientos están inspirados por la criatura amada; mas, el amor y sus alegrías, el amor y sus placeres limitados por los sentidos, es la imagen imperfecta del amor infinito que os une al celeste novio. Toda alegría terrestre acarrea angustias y disgustos; para que el amor no sea repugnante, es necesario que la muerte lo cercene cuando está en su apogeo, cuando aún no habéis empezado a verlo transformado en cenizas; pero, aquí, Dios transforma nuestras miserias en delicias, la alegría se multiplica por sí misma, crece y no tiene límites. Así, en la vida terrestre, el amor pasajero se termina con constantes tribulaciones, mientras que, en la vida espiritual, las tribulaciones de un día se terminan en alegrías infinitas. Vuestra alma ha alcanzado la alegría eterna. Se siente a Dios muy cerca de uno, en uno mismo; da a todas las cosas un sabor santo, ilumina vuestra alma, os contagia su dulzura, os ayuda a despegar de la tierra, por vuestro propio esfuerzo, y os deja que ejerzáis su poder. Hacéis en su nombre las obras que él os inspira: secáis las lágrimas, actuáis como él, ya no hacéis nada sin contar con él, amáis a las criaturas como las ama él: con un amor sin fin; quisierais ver acercarse a él a todas las criaturas del mundo, como un amante quisiera

ver a todos los pueblos del mundo obedecer al ser querido. La última vida, en la que se resumen todas las demás, hacia la que convergen todas las fuerzas y en la que los méritos deben abrir la puerta santa al ser perfecto, es la vida de la alegría. ¿Quién os hará comprender la grandeza, la majestad y las fuerzas de la plegaria? Que mi voz atrone en vuestros corazones y que los cambie. ¡Sed ahora mismo el que seríais tras las duras pruebas! Hay criaturas privilegiadas, los profetas, los videntes, los mensajeros, los mártires, todos aquellos que sufren por la palabra o que la han proclamado; estas almas franquean de un salto las esferas humanas y se elevan de golpe a la plegaria. Así, los que son devorados por el fuego de la fe. Sed una de esas osadas parejas. Dios acepta la temeridad y gusta de ser conquistado con violencia y no se niega nunca a quien ha llegado hasta él. Sabedlo, el deseo, este torrente de vuestra voluntad es tan potente en el hombre que un solo chorro puede forzar la decisión, un solo grito basta a veces para imponer la fuerza de la fe. ¡Sed uno de esos seres vigorosos, anhelantes y repletos de amor! Sed victoriosos en la tierra. ¡Que la sed y el hambre de Dios se apoderen de vosotros! ¡Corred hacia él como el ciervo sediento corre hacia la fuente! El

deseo os dará alas; las lágrimas, flores del arrepentimiento, serán como un bautismo celeste del que vuestra naturaleza saldrá purificada. ¡Arrojaos en las olas de la plegaria!

El silencio y la meditación son los medios más eficaces para ir por este camino. Así podrá operarse la separación necesaria entre la materia, que os ha rodeado durante tanto tiempo con sus tinieblas, y el espíritu que nace en vosotros y que os ilumina, pues entonces en vuestra alma todo será claridad. Vuestro destrozado corazón está completamente inundado de luz. Y en vosotros no sentís ya unas convicciones, sino resplandecientes certezas. ¡El poeta expresa, el sabio medita, el justo actúa; pero el que ya se encuentra al borde de los mundos divinos, reza; y su rezo es, a la vez, palabra, pensamiento y acción! Sí, su plegaria encierra todo esto, lo contiene todo, y termina de esculpir vuestra propia naturaleza revelándoos el espíritu y el sentido de vuestra marcha. Blanca y luminosa muchacha de todas las virtudes humanas, arca de la alianza entre la tierra y el cielo, dulce compañera que tiene algo de león y algo de paloma, la plegaria os dará la llave de los cielos. Osada y pura como la inocencia, fuerte como todo lo que es puro y simple, esta hermosa e invencible

reinase apoya sobre el mundo material, es más: se ha apoderado de él; ya que, al igual que el sol, lo aprisiona con un círculo de luz. El universo pertenece a quien lo quiere tomar, al que sabe, al que puede rezar; pero hay que querer, saber y poder; en una palabra, poseer la fuerza, la sabiduría y la fe. De esta manera la plegaria que nace de tantas pruebas es el crisol donde se funden todas las verdades, todas las fuerzas y todos los sentimientos. Es el fruto del desarrollo laborioso, progresivo, incesante, de todas las propiedades naturales animado por el soplo divino de la palabra, ella despliega actividades encantadoras y representa el último culto: que no es ni el culto material, que se representa a través de imágenes, ni el culto espiritual, que se manifiesta a través de fórmulas; es el culto del mundo divino. Nosotros ya no rezamos, el rezo se enciende en nosotros mismos, es una facultad que se ejerce por sí misma; ha conquistado este tipo de actividad que la coloca por encima de las formas; ella liga así el alma de Dios, con quien ustedes se unen como la raíz de los árboles se une a la tierra; vuestras venas dependen del principio de las cosas y vosotros vivís de la misma vida que los mundos. La plegaria os ofrece la convicción exterior haciéndoos penetrar en el mun-

do material mediante la sincronización de todas vuestras facultades con las sustancias elementales; ella os da la convicción interior desarrollando vuestra esencia y mezclándola a la de los mundos espirituales. Para poder llegar a rezar así, debéis despojaros completamente de la carne, lograr en el fuego del crisol la pureza del diamante, pues esta comunicación no se obtiene más que con el descanso absoluto, con el apaciguamiento de todas las tempestades. Sí, la plegaria, auténtica aspiración del alma enteramente separada del cuerpo, transforma todas las fuerzas y las aplica a la constante y perseverante unión de lo visible y de lo invisible. Al poseer la facultad de rezar sin cansarse, con amor, con fuerza, con certeza, con inteligencia, vuestra naturaleza espiritualizada se refuerza en seguida de una singular potencia. Como un viento impetuoso, como el rayo, ella atraviesa y participa en el poder de Dios. Vosotros tenéis la agilidad del espíritu; en un instante, hacéis acto de presencia en todas las regiones, como la palabra, voláis de un extremo a otro del mundo. Se trata de una feliz armonía, en la que participáis; de una luz, que veis; de una melodía, cuyos compases están en vosotros. En tal estado, sentiréis cómo se desarrolla vuestra inteligencia,

crecer, y su vista alcanzar distancias prodigiosas: para el espíritu no hay lugar ni existe el tiempo. El espacio y la duración son proporciones creadas para la materia, y el espíritu y la materia no tienen nada de común. Aunque estas cosas se desarrollan en la calma y el silencio, sin agitación, sin movimiento externo, toda la acción está en la plegaria, pero es una acción viva, despojada de toda sustancialidad, y reducida a manifestarse, como el movimiento de los mundos, con una fuerza invisible y pura. Ella se presenta a nosotros tal la luz, y da vida a las almas que se encuentran bajo sus rayos, como la naturaleza se comporta bajo el sol. Ella resucita por doquier la virtud, purifica y santifica todos los actos, puebla la soledad, nos da una muestra de las delicias eternas. Una vez que habéis gustado las delicias de la embriaguez divina, engendrada por vuestros trabajos interiores, entonces, ¡ya se ha dicho todo! Una vez que poseéis el sistro sobre el que canta Dios, ya no lo abandonaréis más. De ahí procede la soledad, en la que viven los espíritus angélicos, y su desprecio de lo que provoca las alegrías humanas. Yo os lo digo: se han separado de los que deben morir; si comprenden sus lenguajes, ya no comprenden las ideas; ellos se extrañan de sus movimientos, de lo

que se llama política, leyes materiales y las sociedades; para ellos ya no hay ningún misterio, no hay más que verdades. Los que con sus ojos ya han alcanzado la puerta santa y que, sin echar un solo vistazo hacia atrás, y sin expresar el menor pesar, contemplan los mundos al tiempo que penetran en sus destinos, mientras éstos se callan, esperan y sufren sus últimas luchas; la más difícil de éstas es la última, la virtud suprema es la resignación: estar en exilio y no quejarse, perder el gusto de las cosas de aquí abajo y sonreír, pertenecer a Dios y permanecer entre los hombres. Oís muy bien la voz que os grita: ¡Anda! ¡Anda! A menudo, en las visiones celestes, los ángeles descienden y os envuelven con sus cantos. Hay que asistir a su regreso a la colmena sin lloros ni murmuraciones. Quejarse significaría derrumbarse. La resignación es el fruto que madura en la puerta del cielo. ¡Qué poderosa y hermosa es la sonrisa tranquila y la frente pura de la criatura resignada! ¡Su frente está radiante de luz! ¡El que vive en su mismo aire se vuelve mejor! Su mirada es penetrante, y enternece. Es más elocuente con su silencio que el profeta con su palabra, y triunfa con su sola presencia. Ella afina el oído, como el perro fiel que espera a su amo. Más fuerte que el amor,

más viva que la esperanza, más grande que la fe, ella es aquella adorable muchacha que, acostada en el suelo, guarda la palma durante unos instantes, mientras deja la huella de sus pies blancos y puros. Y, cuando se habrá marchado, los hombres acudirán en masa y gritarán: "¡Mirad!" Dios la mantiene como una figura a cuyos pies se arrastran las formas y las especies de la animalidad, buscando su camino. A ratos, ella se sacude la luz de su cabellera; ella habla y se la oye, y todos dicen: "¡Milagro!" A menudo ella triunfa en nombre de Dios; los hombres, asustados, reniegan de ella y le dan muerte; ella se desprendió de su espada y sonrió a la hoguera, después de haber salvado tantos pueblos. ¿Cuántos ángeles perdonados han ido del martirio al Cielo? El Sinaí y el Gólgota no están en parte alguna; el ángel es crucificado en todas partes, en todas las esferas. Los suspiros llegan a Dios desde todos los lugares. La tierra en donde nos encontramos no es más que una de las espigas de la cosecha, la humanidad es una de las especies en el inmenso campo donde se cultivan las flores del cielo. En fin, por todas partes Dios es semejante de sí mismo y, por doquier, rezando, se llega fácilmente hasta él.

Tras estas palabras, que caían de sus labios como de los de otra Agar en el desierto, pero que al alcanzar el alma la sacudían como flechas lanzadas por el verbo de Isaías, este ser se calló bruscamente, como si estuviera apurando sus últimas fuerzas. Ni Wilfrido ni Minna se atrevieron a hablar. Y, de pronto, ÉL se levantó para morir.

-Alma de todas las cosas, ¡oh, Dios mío!, tú que yo quiero sólo por lo que eres. ¡Tú, Juez y Padre, sondea el ardor que no puede compararse más que con tu infinita bondad! ¡Dame tu esencia y tus facultades para que yo sea mejor que tú! ¡Tómame para que yo no sea mí mismo! ¡Si mi materia no aprovecha para otra cosa, haz con ella la hoja de un arado o la espada victoriosa! ¡Y si no soy bastante puro, devuélveme al horno! Concédeme algún martirio resplandeciente, en el que yo pueda proclamar tu palabra. Rechazado, bendeciré tu justicia. ¡Si el exceso de amor obtiene en un instante lo que se ha negado a gente dura, tras pacientes trabajos, sácame de tu carro de fuego! ¡Que me des el triunfo o nuevos dolores, seas bendito! Pero, ¿acaso no es triunfo, también, el sufrir por ti? ¡Coge, apresá, arranca, llévame! ¡Si así lo deseas, recházame! Tú eres el adorado que no sabe hacer el daño. ¡Ay! -gritó él, tras

una pausa-, los lazos se rompen. ¡Espíritus puros, rebaño sagrado, salid de los abismos, volad sobre la superficie de las olas luminosas! ¡Ha sonado la hora, venid, reuníos todos! Cantemos en la puerta del santuario y nuestros cantos disiparán las últimas nubes. Unamos nuestras voces para saludar la auro-
ra del día eterno. ¡He aquí el alba de la verdadera luz! ¿Por qué no puedo llevarme a mis amigos?
¡Adiós, pobre tierra! ¡Adiós!

VII

LA ASUNCIÓN

Estos últimos cantos no fueron expresados ni por la palabra, ni por la mirada, ni por el gesto, ni por ninguno de los signos que utilizan los hombres para comunicarse sus pensamientos, sino como el alma que se habla a sí misma; ya que, en el instante en que Serafita se despojaba de su verdadera naturaleza, sus ideas ya no eran las esclavas de las palabras humanas. La violencia de su última plegaria había roto aquellos lazos. Como una blanca paloma, su alma permaneció en el cuerpo unos instantes, sobre aquel cuerpo cuyas sustancias agotadas iban a aniquilarse.

La aspiración del alma hacia el cielo fue tan contagiosa, que Wilfrido y Minna, viendo las radiantes chispas de la vida, no vieron a la muerte.

Se habían postrado de rodillas cuando Él se había levantado, cara a su oriente, y compartieron su éxtasis.

¡El temor del Señor, que crea al hombre una segunda vez y lo libera de su limo, había contagiado sus corazones!

Sus ojos se cerraron ante las cosas de la tierra y se abrieron ante las claridades del cielo.

Aunque embargados por el temblor de Dios, como lo fueron algunos de aquellos videntes que los hombres llaman profetas, permanecieron como ellos, al encontrarse en un rayo en el que brillaba la gloria del ESPÍRITU.

El velo de la carne que les había escondido la divina sustancia, se fue evaporando insensiblemente. Aún aguardaron la llegada del crepúsculo de la aurora naciente, cuyas débiles luces los preparaban para la verdadera luz, a oír la palabra viva sin por ello morir.

En aquel estado, los dos empezaron a concebir las inconmesurables diferencias que separan las cosas de la tierra de las cosas del cielo.

La VIDA aquella, al borde de la cual estaban, abrazados el uno contra el otro, iluminados y temblando como dos niños se abrazan huyendo de un incendio, aquella vida no ofrecía ningún porvenir a sus sentidos.

Las ideas que les sirvieron para tener una visión de la realidad, comparadas a las cosas entrevistas, fueron lo que los sentidos aparentes del hombre pueden ser para su alma: el envoltorio material de una esencia divina.

El ESPIRITU estaba por encima de ellos, embalsamaba sin olor, era melodioso sin tener que recurrir a los sonidos; allí, donde se encontraba la pareja, no había ni superficies, ni ángulos, ni aire.

No se atrevían ni a contemplarlo ni a interrogarlo. Estaban a su sombra, como bajo los ardientes rayos de sol del trópico, sin osar levantar los ojos por miedo a perder la vista.

Sabían que estaban cerca de él, sin poder explicarse cómo, por qué medios, se habían sentado, como en un sueño, en la frontera de lo visible y de lo invisible. Ni tampoco cómo no podían ver lo visible y en cambio percibían lo invisible.

Ellos se decían: "¡Si nos toca, nos moriremos!" Pero el ESPIRITU se encontraba en el infinito, y

ellos ignoraban que ni el tiempo ni el espacio no existen ya en el infinito, que estaban separados de él por un gran abismo, aunque en apariencia pareciera que estaban cerca de él.

Sus almas no estaban preparadas para asimilar enteramente el conocimiento de las facultades de esta vida, por lo que no pudieron recibir más que unos rumores confusos, a tenor de su menguada capacidad de percepción.

De otro modo: cuando se oyó retumbar la PALABRA VIVA, cuyos lejanos sonidos llegaron a sus orejas y cuyo sentido entró en su alma como la vida se funde con los cuerpos, un solo acento de esta palabra los habría absorbido como un torbellino de fuego consume un montón de paja.

No vieron más que lo que su naturaleza, sostenida por la fuerza del espíritu, les permitió que vieran; y oyeron más que lo que podían oír.

Pese a estos temperamentos, tuvieron un escalofrío cuando estalló la voz del alma en pena, el canto del ESPÍRITU, que esperando la vida, la imploraba a gritos.

Este grito les heló hasta la médula de los huesos.

El ESPÍRITU llamó a la PUERTA SANTA.

-¿Qué es lo que quieres? -preguntó un CORO, cuyo interrogatorio retumbó por los mundos.

-Ir hasta Dios.

-¿Has vencido?

-He vencido la carne con la abstinencia, he vencido la palabra falsa con el silencio, he vencido la falsa ciencia con la humildad, he vencido el orgullo con la caridad, he vencido la tierra con el amor, he pagado mi tributo al sufrimiento, y me he purificado en la fe, he deseado la vida mediante la plegaria: espero adorando y estoy resignado.

No se oyó la menor respuesta.

-¡Que Dios sea bendito! - respondió el ESPÍRITU, creyendo que iba a ser rechazado.

Sus lágrimas resbalaron y cayeron como gotas de escarcha sobre los dos testigos arrodillados, que temblaron ante la justicia de Dios.

De pronto sonaron las trompetas de la victoria conseguida por el ÁNGEL en la última prueba, los ecos retumbaron por los espacios como un sonido ininterrumpido, llenándolos y haciendo temblar el universo, que Wilfrido y Minna sintieron empequeñecerse bajo sus pies. Presos de la angustia causada por la aprensión de aquel misterio que debía realizarse, la pareja se estremeció.

Se notó, en efecto, un gran movimiento, colmo si las legiones eternas se pusieran en marcha, disponiéndose en espiral. Los mundos eran presos de toda suerte de torbellinos, como nubes empujadas por el viento desencadenado. La mutación fue rapidísima.

De pronto los velos se rasgaron y vieron en todo lo alto el más brillante de todos los astros, que se descolgó y cayó como el rayo, chispeando a su paso por el espacio como el relámpago y haciendo palidecer todo cuanto hasta entonces se había tomado por la LUZ.

Era el mensajero encargado de anunciar la buena nueva, y cuyo casco llevaba como penacho una llama de vida. Y tras de él dejaba unos surcos que se rellenaban en seguida con olas de luz que el astro iba sembrando.

Había una palma y una espada, él tocó el ESPÍRITU con su palma. El ESPÍRITU se transfiguró y sus blancas alas se desplegaron silenciosamente.

La comunicación de la LUZ, que cambiaba el ESPÍRITU en SERAFÍN, el revestimiento de su forma gloriosa, armadura celeste, provocaron tales

irradiaciones que los dos videntes fueron fulminados.

Como los tres apóstoles ante los que se apareció Jesús, Wilfrido y Minna volvieron a sentir su peso terrenal, que frenaba la intuición completa de LA PALABRA y de LA VERDADERA VIDA.

Entonces comprendieron la desnudez de sus almas y pudieron darse cuenta de la escasa claridad en que se estaban moviendo, al compararse con la aureola del serafín, en la que se encontraban, viniéndola a manchar vergonzosamente.

Un ardiente deseo de volver a sumergirse en el fango del universo se apoderó de ellos, y sufrir sus pruebas, a fin de poder, un día, repetir triunfalmente ante la PUERTA SANTA las palabras del radiante serafín.

Aquel ángel se arrodilló ante el SANTUARIO, que al fin podía contemplar cara a cara, y señalándolos, dijo:

-Permitidles que entren y vean más cosas. Amarán al Señor y proclamarán su palabra.

Ante aquel ruego, un velo cayó. Entonces, como si la fuerza desconocida que aplastaba los dos videntes hubiera momentáneamente borrado sus fuerzas corporales, o que hubiera empujado su espí-

ritu hacia fuera, ellos sintieron en su entraña cómo se equilibraban lo puro y lo impuro.

Los lloros del serafín se extendían a su alrededor como un vapor que disimulaba, a sus ojos, los mundos inferiores, y, envolviéndolos, los transportó, imponiéndoles el olvido de los significados terrestres, poniendo a su alcance el poder de comprender el sentido de las cosas divinas.

La verdadera luz apareció, iluminando las creaciones, que les parecían áridas, cuando vieron el manantial del que los mundos terrestres, espirituales y divinos extraían el movimiento.

Cada uno tenía su centro hacia el que tendían todos los puntos de la esfera. Estos mundos eran, a su vez, otros tantos puntos que convergían hacia el centro de su especie. Cada especie tenía su centro en las grandes regiones celestes, que estaban en comunicación con el inagotable y llameante motor de todo lo que es.

Así, desde el mayor hasta el más pequeño de los mundos, y desde el más pequeño de los mundos hasta la más diminuta porción de los seres que la componían, todo era individual y, sin embargo, todo era uno.

¿Cuál era el anhelo de este ser, fijado en su esencia y en sus facultades, que lo transmitía sin perderlas, que las manifestaba fuera de él, sin separarse de sí, que concretaba fuera de él todas aquellas creaciones fijadas en su esencia y mudables en todas sus formas? Los dos invitados a aquella fiesta admiraban el orden y la disposición de los seres y su fin inmediato. Sólo los ángeles iban más allá, conocían los medios y comprendían el fin.

Pero lo que los dos elegidos pudieron contemplar, y cuyo testimonio directo iluminó sus almas para siempre, fue la prueba de la acción de los mundos y de los seres y la conciencia del esfuerzo con el que forjaban el resultado.

Oyeron las distintas partes del infinito, que formaban una melodía viva; y, cada vez que el compás se dejaba oír como si fuera una inmensa respiración, los mundos arrastrados por este unánime movimiento se inclinaban hacia el Ser inmenso, el cual, desde su impenetrable centro, lo sacaba todo fuera de él y lo volvía a recuperar, atrayéndolo hacia sí.

Esta incesante alternativa de voces y de silencio parecía la medida del himno santo, que retumbaba y se prolongaba por los siglos de los siglos.

Wilfrido y Minna comprendieron entonces algunas de las misteriosas palabras de aquel que se había aparecido a cada cual en una forma que le fue asequible, a uno como Seraphitus, al otro como Serafita. Y lo comprendieron cuando vieron que allí todo era homogéneo.

La luz engendraba la melodía, la melodía engendraba la luz, los colores eran luz y melodía, y el movimiento era un número dotado de la palabra; en fin, todo era, a la vez, sonoro, diáfano, móvil; de manera que, como cada cosa se penetraba en otra, la extensión era llana, sin obstáculo, y podía ser recorrida por los ángeles en toda la profundidad del infinito.

Ellos reconocieron la puerilidad de las ciencias humanas de las cuales él les había hablado.

Ante sus ojos apareció la visión sin línea de horizonte, un abismo hacia el que los empujaba un acuciante deseo; pero, atados a su miserable cuerpo, ellos poseían el deseo, pero estaban desprovistos de poder.

El serafín replegó ligeramente sus alas para emprender su vuelo, sin volver la vista para nada: ya estaba completamente separado de la tierra. Se lanzó hacia el espacio: la inmensa envergadura de su

centelleante plumaje tapó a los dos videntes como una sombra bienhechora, que les permitió levantar la vista y admirarlo volando hacia su gloria, acompañado por el alegre arcángel.

Tomó altura como un sol radiante que sale de la entraña de las olas; pero, más majestuoso que el astro y prometido a más hermosos destinos, porque no podía estar encadenado a una vida circular como las creaciones inferiores; siguió la línea del infinito y se dirigió directamente hacia un centro único, para recibir, en sus facultades y en su esencia, el poder de gozar por el amor, y el don de comprender por medio de la sabiduría.

El espectáculo que, de pronto, descubrieron ante sus ojos, aplastó a los dos videntes por su inmensidad. Se sentían como dos puntos cuya pequeñez no podía compararse más que a la menor fracción que el infinito de la divisibilidad permite concebir al hombre, una vez confrontada con el infinito de los números que sólo Dios es capaz de considerar, igual que se considera a sí mismo.

¡Qué humillación y qué grandeza en aquellos dos puntos: la fuerza y el amor, que el primer deseo del serafín trenzaba como dos anillos, para unir la

inmensidad de los universos inferiores a la inmensidad de los universos superiores!

Comprendieron que lazos invisibles ataban los mundos materiales a los mundos espirituales. Acordándose de los sublimes esfuerzos consentidos por los más bellos genios humanos, encontraron el principio de las melodías al oír los cantos del cielo, que daban la sensación de los colores, de los perfumes, del pensamiento, y que recordaban los innumerables detalles de todas las creaciones, como un canto de la tierra resucita los más íntimos recuerdos del amor.

Habiendo alcanzado un grado inaudito de exaltación en sus facultades, a un punto tal que no puede calibrarse, pudieron posar su mirada, durante unos instantes, sobre el mundo divino. Allí es donde se desarrollaba la fiesta.

Miríadas de ángeles llegaban, en un mismo vuelo, sin la menor confusión, todos iguales y todos desiguales a la vez, simples como la rosa de los prados, inmensos como los mundos.

Wilfrido y Minna no los vieron llegar, ni tampoco cuando se marcharon. Sin embargo, de pronto, los ángeles sembraron el infinito con su presencia, así como las estrellas brillan en el indiscernible éter.

El centelleo de sus diademas reunidas se encendió en los espacios, como los fuegos del cielo cuando el día asoma detrás de nuestras montañas.

De sus cabelleras salían olas de luz y sus movimientos producían estremecimientos ondulados, parecidos a las olas de un maravilloso mar fosforescente.

Los dos videntes vieron al serafín, oscuro, en medio de las legiones inmortales, cuyas alas eran como el inmenso penacho de los bosques agitado por el sople de la brisa.

En seguida, como si todas las flechas del arquero hubieran sido disparadas a la vez, los espíritus, de un sople, expulsaron los vestigios de su antigua forma y, a medida que se elevaba, el serafín iba volviéndose puro; hasta que ya no parecía ni sombra de lo que había sido: unas líneas de fuego sin sombra.

Se iba alzando poco a poco, y a medida que cruzaba los círculos, uno tras otro, iba recibiendo un don nuevo, y el signo de su purificación se transmitió a la esfera superior hacia la que se elevaba purificándose.

Todas las voces clamaban y el himno se propagaba, de mil maneras:

"¡Bienaventurado el que se eleva vivo! ¡Ven, flor de los mundos! ¡Diamante salido del fuego del dolor! ¡Perla sin tacha, deseo sin carne, lazo nuevo de la tierra y del cielo, hazte luz! ¡Espíritu triunfador, reina del mundo, vuela hasta tu corona! ¡Vencedor de la tierra, toma tu diadema! ¡Sé nuestra!"

Las virtudes del ángel resplandecían de nuevo con una belleza sin igual.

Su primer deseo, en el cielo, apareció infantil, como si brotase otra vez su infancia.

Como otras tantas constelaciones, sus acciones se adornaron con su resplandor.

Sus actos de fe brillaron como el jacinto del cielo, que es el color del fuego sideral.

¡La caridad le echó sus perlas orientales, las bellas lágrimas recogidas!

El amor divino lo envolvió con sus rosas, y su piadosa resignación, con su blancura, lo limpió de cualquier vestigio terrestre.

Ante los ojos de Wilfrido y Minna pronto no hubo más que un puntito llameante, que jugueteaba constantemente con el viento, y cuyo movimiento se perdía en la melodiosa aclamación con la que se celebraba su llegada al cielo.

Aquellos celestes compases hicieron llorar a los dos desterrados. Y, de pronto, un silencio de muerte, que se extendió como un velo negro desde la primera hasta la última esfera, sumió a Wilfrido y a Minna en una angustiosa espera.

En aquel mismo instante el serafín desaparecía en el santuario, para recibir allí el don de la vida eterna.

Entonces se operó un movimiento de profunda adoración, que llenó a los dos videntes de una sensación en la que el éxtasis iba hermanado con el terror.

Ambos sintieron que en las esferas divinas, en las esferas espirituales y en el mundo de las tinieblas todo era prosternación. Los ángeles hincaban la rodilla para celebrar su gloria, los espíritus hincaban la rodilla para dar fe de su impaciencia; en los abismos se hincaba la rodilla con estremecimientos de terror.

Un inmenso grito de alegría brotó, como brota un manantial por vez primera, con sus múltiples ramilletes de perlas líquidas, que el sol transforma en diamantes, cuando el serafín reapareció resplandeciente y gritó:

-¡ETERNO! ¡ETERNO! ¡ETERNO!

Los universos lo oyeron y lo reconocieron; penetró en ellos como Dios lo hace y tomó posesión del infinito.

Los siete mundos divinos se emocionaron al oír su voz y le respondieron.

Entonces, se notó otro gran movimiento, como si los astros enteros purificados se elevaran en medio de cegadoras claridades eternas.

¿Quizás el serafín había recibido por primera misión la de atraer hacia Dios a todas las creaciones penetradas por la palabra?

Pero la ALELUYA ya retumbaba en las mentes de Wilfrido y de Minna, como las últimas ondulaciones de una música finita.

Las luces celestes ya se estampaban como los matices de un sol que se vierte sobre unas mantillas de púrpura y de oro.

Lo impuro y la muerte recobraban su presa.

Volviendo a los lazos de la carne, de los que momentáneamente el espíritu los había separado gracias a un sueño sublime, los dos mortales se sentían como si despertaran de una noche repleta de brillantes sueños, cuyo recuerdo caracolea por el alma, pero cuya conciencia es extraña a cualquier

cuerpo, y que el lenguaje humano no puede expresar.

La noche profunda, en cuyos limbos se mecían, era la esfera en la que evoluciona el sol de los mundos visibles.

-Bajemos hasta allá abajo -dijo Wilfrido a Minna.

-Hagamos lo que él nos ha dicho -respondió ella-. Después de haber visto los mundos en marcha hacia Dios, ahora conocemos el buen camino. Nuestras diademas están allá arriba.

Cayeron en los abismos y volvieron a penetrar en el polvo de los mundos inferiores. Vieron la Tierra como un paraje subterráneo, cuyo espectáculo estaba iluminado por la luz que ellos traían en su alma y que aún los envolvía, y que, al disiparse, repetía vagamente las armonías del cielo. Este espectáculo era el mismo que otras veces habían sorprendido los ojos interiores de los profetas. Eran ministros de distintas religiones, pretendidamente verdaderas las unas y las otras, reyes consagrados por una fuerza unos y por el terror otros, guerreros y grandezas repartiéndose los pueblos, sabios y ricos por encima de una masa ruidosa y sufrida, que trituraban con sus pies: todos iban acompañados por

sus sirvientes y sus mujeres, todos iban vestidos de túnicas de oro, de plata, de azur, cubiertos de pedrerías arrancadas a las entrañas de la tierra o robadas al fondo de los mares, y en cuya conquista la humanidad había penado, sudado y blasfemado. Pero estas riquezas y estos esplendores, edificados con sangre, no parecían, a los dos proscritos, más que viejos harapos.

-¿Qué hacen ahí, alineados e inmóviles? -les gritó Wilfrido.

Nadie respondió.

-¿Qué hacen ahí, alineados e inmóviles?

Nadie respondió.

Wilfrido les impuso las manos, gritándoles:

-¿Qué hacen ahí, alineados e inmóviles?

En un movimiento unánime y decidido, todos entreabrieron sus vestidos y mostraron sus cuerpos disecados, devorados por los gusanos, corrompidos, pulverizados, roídos por horribles enfermedades.

-Vosotros arrastráis las naciones a la muerte -les dijo Wilfrido-. Vosotros habéis adulterado la tierra, desnaturalizado la palabra, prostituido la justicia. ¡Después de haberos comido la hierba de los prados, ahora matáis las ovejas! ¿Acaso os creéis a salvo mostrando vuestras llagas? Avisaré a mis

hermanos, a aquellos que todavía pueden oír la Voz, para que puedan ir a beber en los manantiales que habéis escondido.

-Guardemos nuestras fuerzas para rezar -le dijo Minna-. Que a ti no te corresponde ni la misión de los profetas, ni la del reparador, ni la del mensajero. Apenas si hemos llegado a las orillas de la primera esfera. Tratemos, pues, de atravesar los espacios sobre las alas de la plegaria.

-¡Tú serás mi amor entero!

-¡Tú serás toda mi fuerza!

-Hemos barruntado los altos misterios y, aquí abajo, el uno y el otro somos el único ser a través del cual la alegría y la tristeza nos sea abordable a cada uno de nosotros. Recemos y andemos, puesto que ya conocemos el camino.

-Dadme la mano -dijo la muchacha-; si andamos juntos el camino será menos pesado y menos largo.

-Solamente contigo sería capaz de atravesar la gran soledad sin exhalar una queja -respondió el muchacho.

-Y juntos iremos al cielo -dijo ella.

Las nubes se fueron acumulando y formaron un dosel oscuro. De pronto, los dos amantes se encontraron arrodillados ante un cuerpo que el viejo

David protegía contra la curiosidad de unos y otros y que él quería enterrar solo.

Fuera estallaba, en su magnificencia, el primer verano del siglo XIX. Los dos amantes creyeron oír una voz en los rayos de sol. En las flores recién abiertas respiraron un espíritu celeste y, dándose la mano, se dijeron:

-El inmenso mar que brilla allá abajo es la imagen de lo que hemos visto allá arriba.

-¿Adónde vais? -les preguntó el señor Becker.

-Queremos ir hasta Dios -le respondieron-.
Venga con nosotros, padre.

Ginebra y París, diciembre 1833 - noviembre 1835.